



P. Aretino

# LA CORTESANA

Lectulandia

Ambientada en Roma, llamada la nueva Babilonia, el protagonista es un joven llamado Maco de Siena, terriblemente enfermo y postrado en la cama con fiebre. El padre desesperado, jura que su hijo se convertiría en monje si el Señor logra que se recupere. Milagrosamente, Maco se recupera y es enviado a la capital, donde se encuentra con el Maestro Andrés, quien se ofrecerá para actuar como pedagogo, pero donde también se encontrará con los ojos de la hermosa Camilla Pisana.

**Lectulandia**

Pietro De Aretino

# **La cortesana**

ePub r1.0

Titivillus 19.12.2017

Título original: *La cortigiana*  
Pietro De Aretino, 1534  
Traducción: J. M. Llanas Aguilaniedo

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# PEDRO ARETINO

LA CORTESANA  
ORIGINAL COMEDIA EN CINCO ACTOS



Escrita en Venecia el año 1534, traducida por primera vez al castellano en 1900, por J. M. Llanas Aguilaniedo.

## AL LECTOR



Como curiosidad bibliográfica, digna de ser conocida por nuestro público, el editor del presente libro puso en mis manos *La Cortigiana*, de Pedro Aretino, encargándome su traducción. En una época en que la corte de Roma ofrecía al mundo, en vez de la ejemplaridad que fuera de desear, el espectáculo del vicio, la bajeza y licencia; ingenio tan vivo, tan despierto y agudo como el del Aretino, tenía que fijarse necesariamente en ello, tomándolo como asunto para su sátira dura, que nada perdonaba, y en la cual pocos le aventajaron.

Formando parte de aquella caterva de cincuecentistas que tantas y tan especiales cosas nos legaren, Pedro Aretino, un bastardo, dejó en sus escritos la huella de su personalidad complicada, mezcla discordante en que alternan el escepticismo, la gramática parda la impiedad y poca aprensión del pícaro, con la devoción del creyente, las supersticiones propias de la época, el espíritu de rectitud y justicia del hombre honrado; las crudezas y sensualismo del individuo que dedica cincuenta años de su vida a la práctica independiente y desenfadada del amor libre.

Era un *perdis*, un *perdis* con ingenio maravilloso; mimado de los grandes, a cuyas expensas vivió, cosa corriente en unos tiempos en que las letras se sostenían, en términos generales, gracias al parasitismo de los autores.

Las facultades creadoras se asociaban a la adulación para realizar la vida en mejores condiciones; el burgués limitado ha sido siempre liberal con el que halaga su vanidad; el ingenio se apoyaba en la adulación encubierta; ésta obtenía de aquél, galas con que vestirse, y así unidos mejoraban su vida. Un hongo y un alga, separados sobre una piedra lisa, languidecen o mueren; puestos en contacto y aprovechando cada cual los productos que al otro le sobran, viven bien y forman una entidad fisiológica tan resistente como el liquen; la literatura, o al menos la existencia de los que a ella se dedican, ha sido casi siempre un caso de simbiosis más o menos manifiesta.

Por un lado, Pedro Aretino escribía obras meritísimas; por otro, adulaba con finura a los grandes o ejercía un verdadero chantaje con otros a quienes su pluma ponía en cuidado.

Sacaba de todas partes; todo era poco para aquel bohemio caritativo, que daba a los pobres el caudal salvado del burdel y de la taberna, donde lograba, además del naufragio de la bolsa, el de su cuerpo, ambulante muestrario de cuchilladas.

Como se ha escrito bastante a propósito de sus obras, sobre todo en italiano y en francés, aunque esta no sea una razón para dejar de hablar de ellas a nuestro público, ensayando siquiera los estudios de literatura comparada a que se prestan, acabo este proemio para dejar paso a la comedia, cuya versión hice, inspirado en la buena intención de dar a conocer con la mayor fidelidad posible obras que tanta

*resonancia tuvieron en otro tiempo, respetando las crudezas del lenguaje y abusando tal vez de la traducción literal, para no separarme un punto del espíritu que las dictó.*

J. M. LLANAS AGUILANIEDO.

# PERSONAJES

UN FORASTERO.

UN GENTILHOMBRE.

MICER MACO.

UN SENÉS, *criado suyo.*

EL MAESTRO ANDRÉS.

UN PÍCARO, *vendedor de historias.*

EL ROJO, CAPPÁ, *palafraneros de Parabolano.*

FLAMINIO, VALERIO, *camareros de Parabolano.*

EL SEÑOR PARABOLANO, *enamorado.*

UN PESCADOR.

SACRISTÁN *de San Pedro.*

SEMPRONIO, *viejo.*

ALVIGIA, *alcahueta.*

GRILLO, *criado de Micer Maco.*

ZOPPINO.

GUARDIÁN *de Araceli.*

EL MAESTRO MERCURIO, *médico.*

TOÑA, *mujer de Arcolano.*

ARCOLANO, *panadero.*

UN JUDÍO.

BARRACHEL y ESBIRROS.

BLASA, *criada de la señora Camila.*

# AL GRAN CARDENAL DE TRENTO

---

PEDRO ARETINO



DE los milagros que hace la bondad de Dios, son testimonio los votos que se le ofrecen; de aquellos que del valor de los hombres dimanar, dan fe las estatuas que se les consagran; y del afecto que la cortesía de los príncipes otorga e los buenos ingenios, nos hablan las obras que se les dedican; así, dedicada por mí, va a vos *La Cortesana*, que debéis tener en aprecio, tanto porque el mundo, honrándoos yo como a Cardenal y Señor, se ilustrará con vuestros méritos, como porque leyendo en ella parte de la vida de Cortes y Señores estaréis orgulloso de vos mismo, considerándoos tan alejado de sus costumbres; y os holgaréis al veros en ella tan distinto de vuestros iguales, bien así como la niña al jugar con la negra que la acompaña, se regocija viendo a ésta arrastrar su tiznada desgracia en todos sus actos, en tanto a cada movimiento aparece ella más gentil y graciosa. Del mismo modo, tantos gentilhombres como os sirven, tantos virtuosos como os celebran, tantos caballeros como os cortejan, acabarán de conocer (oyendo ajenas andanzas) de qué calidad sea el hombre a quien adoran, como al fin hubo de conoceros el diabólico Lutero, contra la maldad del cual toda la fe cristiana que vive bajo el Rey de los romanos, ha tomado por escudo vuestra bondad, cuyo consejo en toda real acción hace clarividente al que dudaba, asegura al que estaba en peligro. Y así como vos no podíais poseer la gracia de mejor Rey que Fernando, así Su Majestad no pudo entregar su persona en prenda a otro mejor ministro que al gran reverendísimo de Trento. Si en efecto sois tal, ¿no debo esperar que con liberal mano toméis el don que a tan alto personaje presenta una tan ínfima persona como la mía?

# PRÓLOGO

## RECITADO POR UN FORASTERO Y UN GENTILHOMBRE

FORASTERO

Por vida de Antonio de Leva Magno, que este sitio está famoso y soberbiamente engalanado; cierto, alguna gran fiesta debe de celebrarse aquí. Preguntaré a aquel gentilhombre que pasea. ¡Hola, hola! Señor, ¿sabréis decirme a qué obedece tan pomposo aparato?

GENTILHOMBRE

Es para una comedia que debe recitarse ahora.

FORASTERO

¿Quién la ha compuesto, la divinísima marquesa de Pescara?

GENTILHOMBRE

No; su inmortal estilo pone en el número de los dioses a su esclarecido consorte.

FORASTERO

¿Es de la señora Verónica de Correggio?

GENTILHOMBRE

Tampoco es suya; emplea la excelencia de su ingenio en más gloriosas tareas.

FORASTERO

¿Será de Luis Alamanni?

GENTILHOMBRE

Luis celebra los méritos del Rey Cristianísimo, pan cotidiano de toda virtud.

FORASTERO

¿Es de Ariosto?

GENTILHOMBRE

¡Ay! El Ariosto fuese al cielo cuando ya no quedaba en la tierra más gloria para él.

FORASTERO

Pesar habrá el mundo de ello; pues aparte de sus virtudes, era la suma bondad.

GENTILHOMBRE

Dichoso él si hubiera sido la maldad suma.

FORASTERO

¿Por qué?

GENTILHOMBRE

Porque nunca hubiera muerto.

FORASTERO

Seguramente. Mas decidme, ¿es cosa del gentilísimo Molza, o del Bembo, padre de las musas, el primero entre los primeros?

GENTILHOMBRE

Ni del Bembo, ni de Molza; pues uno escribe la historia de Venecia, y el otro el elogio de Hipólito de Médicis.

FORASTERO

¿Es de Guidiccione?

GENTILHOMBRE

No; no empeña él su milagrosa pluma en tales bagatelas.

FORASTERO

Sin duda, debe ser de Ricco<sup>[1]</sup>, del cual, una muy grave, fue recitada al Papa y al Emperador.

GENTILHOMBRE

No es suya; que ahora se ocupa en más dignos estudios.

FORASTERO

Ya estoy viendo que será obra de algún bergante, *qua pars est*; porque Dios hace que los poetas nos lluevan como los luteranos; sí la selva de Baccano fuera teta de laurel, bastaría apenas para coronar a los que crucifican al Petrarca, haciéndole decir con sus comentarios cosas tales, como no se las haría confesar el potro. Fortuna para Dante, el haber logrado con sus diabluras tener a raya las fieras, si no a estas horas estaría él también crucificado.

GENTILHOMBRE

Ja, ja, ja.

FORASTERO

Será tal vez de Julio Camilo.

GENTILHOMBRE

No la ha hecho él; ocúpase en mostrar al Rey la gran máquina de los milagros de su ingenio.

FORASTERO

¿Y del Tasso?

GENTILHOMBRE

El Tasso espera poder agradecer la cortesía del príncipe de Salerno. Para decírtelo de una vez, es invención de Pedro Aretino.

FORASTERO

Aunque supiera iba a morir de disgusto, querría verla; pues estoy cierto de escuchar sentencias y cosas, que ni de Profetas y Evangelistas. ¿Tal vez aludirá a alguien?

GENTILHOMBRE

Se hace lenguas de la bondad del Rey Francisco, con un fervor increíble.

FORASTERO

¿Quién no elogia a Su Majestad?

GENTILHOMBRE

Alaba también al Duque Alejandro, al Marqués del Vasto y a Claudio Rangone, piedra preciosa del valor y de la prudencia.

FORASTERO

Tres flores no hacen guirnalda.

GENTILHOMBRE

Y al muy liberal Maximiano Stampa.

FORASTERO

¿Halláis que hable de alguno más?

GENTILHOMBRE

Sí; de Lorena, Médicis y Trento.

FORASTERO

Verdaderamente ensalza a todos aquellos que lo merecen. Mas ¿por qué no dijisteis el Cardenal Lorena, el Cardenal de Médicis y el Cardenal de Trento?

GENTILHOMBRE

No quería asesinarles el nombre con el calificativo de Cardenal.

FORASTERO

Es gracioso. Ja, ja, ja. Decidme, ¿de qué trata?

GENTILHOMBRE

Presenta dos acciones simultáneamente. En primer término aparece micer Maco, de Siena, que ha venido a Roma para cumplir los deseos de su padre, que se ha propuesto hacerle Cardenal. Dásele a entender que nadie puede llegar a Cardenal, si antes no se hace cortesano. Y en vista de ello, toma al maestro Andrés por pedante, creyéndole maestro de hacer cortesanos. Kste tal lo pone en una caldera haciéndole creer que le mete en moldes a propósito, y después de verse y creerse desfigurado y descompuesto, reconstituido de nuevo, quiere a toda Roma para sí del modo que oiréis. Con micer Maco se mezcla cierto señor Parabolano, de Nápoles (uno de aquellos Acursios y Sarapicas, que sacándolos de los establos y palafrenes^ la descarada Fortuna les pone a gobernar el mundo), el cual, enamorándose de Livia, mujer de Lucio Romano, y cuidando de no revelar a nadie su secreto, descúbrelo soñando en ocasión en que es oído por el Rojo, su palafrenero favorito. Este le traiciona, haciéndole creer como aquella de quien está enamorado, está a su vez prendada de él; y dándole a entender que es la nodrizn de Livia, le presenta a la alcahueta Alvigia, quien le pone en situación de satisfacer sus deseos con la mujer del panadero Arcolano, haciéndosela pasar por Livia. La comedia os lo irá diciendo por su orden, que yo no lo recuerdo punto por punto.

FORASTERO

¿Dónde ocurre tan entretenida burla?

GENTILHOMBRE

En Roma; ;no la veis aquí?

FORASTERO

¿Esta es Roma? Dios me valga; ;nunca la habría reconocido!

GENTILHOMBRE

Tened en cuenta que acaba de purgar sus pecados por roano de los españoles, y no le hubiera venido mal, a no haber sido el remedio peor que la enfermedad. Echémonos a un lado, y si vierais salir más de cinco veces los personajes a escena, no os riáis, porque no bastarían las cadenas que los molinos tienen para sujetar a los locos de hoy día. Aparte de esto, en modo alguno os maravilléis si el estilo cómico no se observa con el orden que se requiere, pues se vive en Roma de bien distinta manera a como en Atenas se vivía.

FORASTERO

¿Quién lo duda?

GENTILHOMBRE

Aquí está micer Maco. Ja, ja, ja.



# ACTO PRIMERO

## *Escena primera*

MICER MACO y EL SENES

MICER MACO

En resolución: Roma es el rabo del mundo.

SENES

La cabeza, quisisteis decir.

MICER MACO

Tanto monta. Mas si no llego a venir...

SENES

Se aguaba la fiesta.

MICER MACO

Si no me resuelvo, digo, a venir, nunca hubiera creído fuese mejor que Siena.

SENES

¿No os decía yo que Roma era Roma? Pero vosr en Siena están la guardia con lo bravos, el estudio con los doctores, la fuente Branda, la fuente Becci, la plaza donde los hombres se reúnen, la fiesta del 15 de Agosto, los carros con cirios y candelillas, los surtidores, la caza de toros, el *palio*<sup>[1]</sup> y pastas y dulces a todo trapo con los mazapanes de Siena.

MICER MACO

Sí; pero no dices que allí quiere bien el emperador.

SENES

No respondéis a derechas.

MICER MACO

Calla; una mona allá arriba en aquella ventana. ¡Mona, mona!

SENES

¿No os da vergüenza dar voces a un mico desde la calle? Sin duda queréis que la gente os siga como a loco, sin saber si sois o no de Siena.

MICER MACO

Escucha; está hablando un papagayo.

SENES

No es, sino pico, señor.

MICER MACO

Es un papagayo, mal que te pese.

SENES

Es un ave de muchos colores, como la que vuestro abuelo compró, creyendo mercar un papagayo.

MICER MACO

Llevé, sin embargo, las plumas al platero y dijo que ensayadas resultaban ser de papagayo de lo más ñño.

SENES

Sois un animal, perdonadme, en creer al platero.

MICER MACO

¿A que te pego?

SENES

No os enojéis.

MICER MACO

Se me antoja enojarme, se me antoja. Y si no me aprecias peor para ti.

SENES

Os quiero.

MICER MACO

¿Cuánto?

SENES

Un ducado.

MICER MACO

Te vuelvo mi afecto, ¿sabes?

## *Escena II*

EL MAESTRO ANDRÉS, *pintor*; MICER MACO y EL SENÉS

MAESTRO ANDRÉS

¿Buscáis amo?

MICER MACO

Bien sabéis que soy yo el amo.

SENES

Dejadme hablar a mi que entiendo la parla de Roma.

MICER MACO

Habla, pues.

MAESTRO ANDRÉS

Responded si queréis acomodo.

SENES

Micer Maco, hombre docto, rico y de Siena.

MAESTRO ANDRÉS

A propósito. Os haré dar cinco carlinos<sup>[1]</sup> al mes sin más trabajo que almohazar cuatro caballos y dos mulas, llevar agua y leña a la cocina, barrer la casa, ir al estribo y limpiar los vestidos; el tiempo restante podréis emplearlo en pasearos.

MICER MACO

Si he de decir la verdad, yo he venido aquí expresamente para...

SENES

Hacerse cardenal y acomodarse con...

MICER MACO

El rey de Francia.

SENÉS

Con el Papa; ¿no os digo que me dejéis hablar a mí?

MAESTRO ANDRÉS

¡Ja, ja, ja!...

MICER MACO

¿De qué os reís, buen hombre?

MAESTRO ANDRÉS

Ríome de que vais tras una fábula. Para poder llegar a cardenal es preciso, ante todo, hacerse cortesano. Y yo soy el maestro que enseña cortesanía. He sacado a Mgr. de la Storta, al reverendísimo de Baccano, al preboste de Montemari, al patriarca de la Mallana y mil otros. Y si le place, sacaré también a V. S., pues tiene V. S. cara de hacer honor al país.

MICER MACO

¿Qué dices tú, Senes?

SENES

Me agrada; eso me entra, me conviene.

MICER MACO

¿Cuándo me pondréis mano?

MAESTRO ANDRÉS

Hoy, mañana o cuando plazca a V. S

MICER MACO

Ahora mismo.

MAESTRO ANDRÉS

Que me place. Voy por el libro en el cual se aprende a hacerse cortesano y vuelvo a V. S. volando. ¿Dónde os hospedáis?

MICER MACO y SENES

En casa de Cecotto el Genovés.

MAESTRO ANDRÉS

Hablad uno a uno, que el hablar los dos a un tiempo no es correcto.

MICER MACO

Este holgazán me hace errar.

SENES

Yo no soy holgazán, recordad que mi deseo era irme soldado y vos no quisisteis me pusiera en tal peligro.

MAESTRO ANDRÉS

Calmaos, que holgazán en Roma es nombre de día de fiesta<sup>[2]</sup>. Me voy y vuelvo al momento.

MICER MACO

¿Cómo os llamáis?

MAESTRO ANDRÉS

El Maestro Andrés, más sereno que el cielo. Me encomiendo a V. S.

MICER MACO

Id con Dios.

SENES

Volved pronto.

MAESTRO ANDRÉS  
Al punto soy con vosotros.

### ***Escena III***

MICER MACO y el SENÉS

MICER MACO  
*Sic fata volunt.*

SENES  
¿Así tratáis de desbastaros, diciendo profecías?

MICER MACO  
¿Qué charlas ahí?

SENES  
Decid *vuestra señoría*. ¿No oísteis decir al maestro, «encomiéndome a V. S.»?

MICER MACO  
Encomiéndome a V. S. Con la gorra en la mano, ¿verdad?

SENES  
Sí, señor. ¡Estirad el cuerpo y las piernas, acomodaos gallardamente la ropa, escupid con gracia... ¡Muy bien! Andad a grandes pasos... ¡Bravo, bravísimo!

### ***Escena IV***

PÍCARO (*vendiendo historias*), MICER MACO y SENÉS

PÍCARO  
¡La linda historia! ¡Historias!

MICER MACO  
Calla, ¿qué grita aquél?

SENES  
Debe estar loco.

PÍCARO  
La linda historia, historias, historias; la guerra del turco en Hungría, los sermones de fray Martín, el Concilio... Historias, historias; los sucesos de Inglaterra, la pompa

del Papa y del Emperador, la circuncisión del Vaivoda<sup>[1]</sup>, el saqueo de Roma, el sitio de Florencia, la entrevista de Marsella con sus conclusiones... ¡Historias, historias!

MICER MACO

Corre, vuela, trota. Senes; toma un julio y cómprame la leyenda de los cortesanos, para poderme hacer cortesano por mí mismo, antes de que venga el maestro. Mas no vayas a tomarme la delantera, ¿entiendes?

SENES

No, diablo. ¡Eh! ¡El de los libros, el de las oraciones... el de los papeles! ¡Eh, tú! Así te rompas el bautismo. Ea, ya ha doblado la esquina; voy a alcanzarlo.

MICER MACO

Anda, hombre, anda.

### *Escena V*

EL SEÑOR MACO (*solo*).

¡Oh, qué calles, apenas se ve en ellas un guijarro! ¡Hola! Veo en aquella ventana de allá arriba una señora bellísima; debe ser sin duda la duquesa de Roma. Siento que voy a enamorarme; si me hago cardenal, si llego a ser cortesano, no se me escapará de las manos. Me mira; vaya si me mira... ¡a que la echo el gancho!... Ya viene el senes. ¿Dónde está la oración?

### *Escena VI*

SENÉS y MICER MACO

SENES

Vedla aquí; leed el título.

MICER MACO

*Vida de los turcos*, compuesta por el obispo de Nocera...<sup>[1]</sup> Amén reventaras... ¿Qué tengo yo que ver con los turcos? Como no sea para limpiarme con ellos... No te menté tal cosa. Ea, quita.

SENES

Pedile los cortesanos y me dio eso, añadiendo: «Di a tu amo si quiere *El mal francés*, de Strascino de Siena.

MICER MACO

¿Qué mal francés? Te parece si soy hombre para tenerlo?

SENES

¿Tan gran crimen es tenerlo?

MICER MACO

Mira, vamos, vamos a casa; te voy a matar.

SENES

Me volveré contra vos, señor.

MICER MACO

Vete; nada quiero ya contigo; tomaré a Grillo.

## *Escena VII*

EL ROJO y CAPPÀ

ROJO

Nuestro amo es el bribón más gentil, el pillo más redomado, el asno más venerable de Italia. Mil años ha que debiera estar haciendo compañía a Sarapica, si Dios le diera su merecido; y encima hay que hablarle como a persona divina.

CAPPÀ

Cierto; quien sostuviera que no es un bergante mentiría como bellaco. ¿Qué me dices de la piojosa traza que ha inventado para los criados que con él se acomodan? «Veréis qué talos va conmigo por un mes —les dice— y yo probaré en ese tiempo vuestra manera de servir. Si os conviene quedaréis en mi casa, y si no me convenís, iréis con la música a otra parte». Al cabo del mes, les dice: «Idos, que no me servís».

ROJO

Entiendo la astucia. De esta manera resulta bien servido, sin pagar salario ninguno.

CAPPÀ

Es cosa para reírse y renegar del cielo al propio tiempo ver lo que pasa cuando, apoyado en dos de sus servidores, se hace ajustar las calzas; si le aprietan desigualmente o los herretes no atacan uno con otro, los gritos llegan a las estrellas.

ROJO

¿Dónde te dejas el papel perfumado que se hace traer entre dos platos de plata, no limpiándose con él si antes otro no lo prueba?<sup>[1]</sup>

CAPPA

¡Ja, ja! Muérome de risa en la iglesia cuando le veo pasar por cada Avemaría que dice el paje que está delante, un Padrenuestro del rosario que en las manos tiene; y para tomar agua bendita él sobre dicho paje se besa el dedo, y, metiéndolo en el agua, se lo alarga con una reverencia muy española hasta la punta del suyo, santiguándose acto seguido el traidor.

ROJO

¡Ja, ja! Como aquel prior de Capua, que cuando iba a orinar hacía que un paje le desnudara la bragueta y otro le sacara el rruiseñor; y cuando tocaban a peinarle la barba, hacía tener el espejo a uno de sus camareros; si por desgracia algún pelo levantaba más que otro, ponía al barbero de oro y azul.

CAPPA

¡Ja, ja! Dime, ¿has notado las tonterías que hace al limpiarse los dientes después de comer?

ROJO

¿Cómo si las he notado? Disfruto viendo la diligencia que emplea en ese menester; después de haberse entretenido tres horas en lavárselos y probarlos con la servilleta y el dedo, por cualquier chocarrería que oiga, abre la boca cuanto puede; de este modo se ven los dientes blancos. Y no es cosa de callar tampoco aquel majestuoso pasear suyo, aquel retorcerse los pelos de la barba, aquel mirar con ojos lascivos...

CAPPA

Lo que debíamos hacer era abrirle una noche la cabeza de un hachazo; así despachábamos.

ROJO

Y de ese modo los demás aprenderían a vivir con la barba sobre el hombro. Pero he ahí a Valerio, me temo nos haya oído; vayámonos de aquí.

### ***Escena VIII***

VALERIO (*solo*).

¡Ah, borrachos, traidores, bribones! Huís, ¿eh? Oí, sin embargo, lo que hablabais; idos en buen hora; hacéis bien en tratar al amo como le tratáis; lucido está con los tales; y que el Rojo, sobre todo, no está bien quisto del señor. Harto más valen que él las ropas que al año le da. Pero para llegar a ser favorito de estos señores hay que hacerles y decir de ellos las peores cosas posibles, Al que paloma se hace, halcones se

lo comen.

## *Escena IX*

FLAMINIO y VALERIO

FLAMINIO

¿Qué pláticas son esas que traes contigo?

Estoy indignado por las bellaquerías que acabo de oír al señor de Cappa y al Rojo. Si no fuera por dar pesadumbre a las horcas que les esperan, desde luego había de darles su merecido. Y todo viene como consecuencia de esos amores. Hecho un criado sabedor de tus apetitos, se te constituye al momento en amo.

FLAMINIO

¿Quién lo duda? Pero ¿crees sea ese el único Rojo que por aquí tenemos? Con mis propios oídos, a uno a quien tú conoces, oí decir atrocidades de su amo, él cual siendo un hombre como pocos los hay, por no dejar de parecerse a los demás señores, le quiere más que a sí mismo. ¿Por qué razón estos señores cortesanos no tomarán mejor a su servicio a los virtuosos y nobles que a los ignorantes y plebeyos?

VALERIO

Un gran maestro quiere ante todo libertad para hacer y decir sin reparos lo que le plazca; quiere tener en su casa como en su cama los manjares que el gusto le pide sin que nadie haya de entrometerse en ello, y cuando ya no sabe lo que quiere, entretiéndose en apalear, vituperar y atormentar a su modo a quien le sirve, cosa que no puede hacer con un virtuoso, ni con un bien nacido. Un noble preferiría mendigar antes que verse en la necesidad de limpiar un bacín; y un virtuoso primero reventaría que callar ante los deseos deshonestos que acometen de tanto en tanto a los señores. Convengamos en que si alguien desea lograr fortuna en la corte tiene que llegar sordo, ciego, mudo, asno, buey y cabrito.

FLAMINIO

Procede esto de que la mayor parte de los grandes son de tan obscura extirpe, que no pueden ver a aquellos que de sangre ilustre nacieron; esforzándose en realizar hechos y conquistar apellidos que les enaltezcan.

VALERIO

¿Es posible haya quien pueda llegar en punto a nobleza al señor Constantino, el que fue déspota de la Morea y príncipe de Macedonia, gobernador de Fano actualmente?

FLAMINIO

Dejemos estas divagaciones, que el toque está en tener fortuna. Escucha; ¿qué tiene el amo, que no hace sino suspirar?

VALERIO

Imagino que debe estar enamorado.

FLAMINIO

Esto sólo nos faltaba. Vamos a pasear un rato por Belvedere.

VALERIO

Vamos.

### *Escena X*

#### EL SEÑOR PARABOLANO Y EL ROJO

PARABOLANO

¿De dónde vienes?

ROJO

De *Campodifiore*.

PARABOLANO

¿Con quién has estado?

ROJO

Con Frappa, Sguarcia, Tartaglia y Targa; leí el cartel que manda don Ceremonia de Moneada, al señor Lindezza de Valencia; fui después por la calle de la Paz y vi a la señora que hablaba de ir a no sé qué viña; quise dar un par de cuchilladas al que hablaba con ella y me detuve.

PARABOLANO

Otra llama me abrasa el corazón.

ROJO

Si fuera yo mujer, antes que dárselo a un señor, me pondría un ascua encima. Dos días hace perecíaís por ella y ahora os apesta; cuánta verdad es que los señores no saben lo que quieren.

PARABOLANO

No charles más: toma estos diez escudos, compra con ellos lampreas y llévaselas a aquel gentilhomme de Siena, que aloja en casa de Cecotto.

ROJO

¿Aquel tonto?

PARABOLANO

Tonto o sabio haz lo que te digo; bien sabes el honor que en su casa de Siena se me hizo.

ROJO

Mejor era llevarle un par de gozques.

PARABOLANO

¿Cuándo has oído tú que los perros sean buenos de comer, bergante?

ROJO

Cuatro alcachofas harían ya un buen presente.

PARABOLANO

¿Dónde están las alcachofas en este tiempo?

ROJO

Hacedlas nacer.

PARABOLANO

Anda; compra lo que te he encargado y dile que las coma de mi parte, y que mañana iré a visitarle, porque hoy estoy muy ocupado en palacio.

ROJO

No le desagradarían diez tortugas; un gran presente para los amigos.

PARABOLANO

¿Son acaso las tortugas obsequio digno de mí, bestia? Despacha; llévale las lampreas y a ver si llegan a veinte las palabras que sabes decirle.

ROJO

Más de treinta le diré. Gran lástima es no se me haya enviado a mí como embajador del Sah de Persia al Papa. Diría entonces, Serenísimo, Reverendísimo, Excelentísimo, Majestad, Santidad, Paternidad, Magnificencia, Omnipotencia y Reverencia, hasta *viro Domino*, y haría una cortesía así..., y otra así...

PARABOLANO

*Altaria fumant*. Quítame este hábito y llévalo a casa; voy a ver los caballos y el jardín.

### *Escena XI*

## EL ROJO (*sólo, con el hábito del señor*).

PARABOLANO

Quiero ver si me están bien las ropas de seda. ¡Cuánto diera yo ahora por tener un espejo donde mirarme con toda esta galantería a cuestas! ¡Qué cierto es, que la buena capa ennoblece al ladrón! Si estos señores anduvieran tan mal vestidos como nosotros, valientes figuras de micos, de babuínos sacarían.

Es cosa de maravillarse cómo no se han decidido ya a desterrar los espejos, para no ver en ellos su innoble catadura.

Por cierto muy tonto sería yo si no hiciese ahora mismo un *leva ejus* con la prenda y los escudos. La mayor de las limosnas es robar a un señor.

Pero matemos dos pájaros de un tiro, engañando también a aquel pescador.

Columbro, en efecto, desde aquí, a un vendedor de pescado, que no obstante su aire de hombre práctico, puede muy bien ser tonto de remate.

### *Escena XII*

#### EL ROJO y EL PESCADOR

ROJO

Esta vestimenta me embaraza. Estoy habituado a andar con la capa afectando gravedad y gallardía, pero no acabo de hacerme a ello. ¡Hola, pescador!

PESCADOR

Para serviros.

ROJO

¿No tienes más lampreas que éstas?

PESCADOR

Otras tenía, pero acabo de llevárselas ahora mismo al despensero de Fray Mariano, que tiene invitados a cenar al Moro, a Brandino, al Proto, a Troja y a todos los tragones de palacio.

ROJO

De aquí en adelante, todas las que cojas guárdalas para mí. Soy el despensero de N. S., y si te portas bien, serás el proveedor de palacio.

PESCADOR

Esclavo de V. S.: descuidad.

ROJO

¿Cuánto quieres por éstas?

PESCADOR

Lo que quiera dar V. S.

ROJO

Di, no obstante, lo que sea.

PESCADOR

Diez ducados de carlinos si a V. S. le place.

ROJO

En ocho están de sobra bien pagados.

PESCADOR

Si V. S. los quiere como obsequio, no repare en que yo sea un pobre hombre, pues, en efecto, tengo el ánimo generoso; no se hable más de ello.

ROJO

No ha de quedar así, que lo cortés no quita a lo valiente, y a cada cual lo suyo. Pero ¿acabará mi criado de venir con la mula? Verás como me trae el potro andaluz que cuesta cuatro horas de ensillar. Malhaya yo, si no le cojo ahora en algún burdel.

PESCADOR

No se enoje V. S. por ello; yo lo llevaré y mi hijo quedará cuidando aquí.

ROJO

Acepto el servicio. ¡Cuerpo de...! que si lo encuentro vagando por la ciudad, se ha de acordar. Venid acá, buen hombre.

PESCADOR

Aquí me tenéis.

ROJO

¿Eres colonnés u orsino?<sup>[1]</sup>

PESCADOR

Soy de quién vence; bolesco<sup>[2]</sup>.

ROJO

¿De qué país eres?

PESCADOR

Florentino; nacido en Puerta Pinti; fui tabernero en el Chiassolino, pero hice quiebra por una desgracia, en la cual me hizo caer un as<sup>^</sup> que llamado por mí con toda el alma, no tuvo a bien oírme.

ROJO

Ja, ja; ¿cómo te llamas?

PESCADOR

El Fraccenda, para serviros; tengo tres hermanos en *Borgoalanoce*, a la disposición de V. S.

ROJO

He de encargarte un par de calzas con mi distintivo.

PESCADOR

Esto me basta... ¡Oh!, no os molestéis... tanto da...

ROJO

Por fortuna, nuestro mayordomo está junto a la puerta de San Pedro; haré que te pague él, pues a decir verdad, llevo poco dinero; espérame, que voy a hablarle.

PESCADOR

Despachadme pronto.

### *Escena XIII*

EL ROJO (*solo*).

Anda, confía en los que te venden favores; debía matarlo a bastonazos; ladrón, trapacero, traidor.

### *Escena XIV*

#### EL ROJO y EL SACRISTÁN DE SAN PEDRO

ROJO

Aquel pobrete que veis allá, tiene la mujer espiritada en la hostería de la Luna, con diez espíritus a cuestras; ruego a V. R., por el amor de Dios, le ponga en la columna; y advierta V. S. que el infeliz está medio lelo y todo asombrado.

SACRISTÁN

En cuanto acabe con este amigo, a quien voy a decir cuatro palabras, con mucho gusto. Haced que venga.

### *Escena XV*

## EL ROJO, PESCADOR y SACRISTÁN

ROJO  
¿Seor Faccenda?

PESCADOR  
Aquí estoy. ¿Qué manda V. S.?

SACRISTÁN  
En cuanto haya dicho más palabras a aquél, haré por despacharte. Espera por aquí.

PESCADOR  
Como disponga V. S.

### *Escena XVI*

#### EL ROJO y EL PESCADOR

ROJO  
Aquí tienes cinco julios<sup>[1]</sup>; dáselos en prenda al calcetero, a quien veré en Roma y le acabaré de pagar.

PESCADOR  
¡Oh!... Es mucha molestia para V. S.; tomaréis las lampreas una vez estéis en palacio.

ROJO  
¿Para qué? Bien ves cómo tengo que hacer de criado mientras mi criado hace de señor... Adiós.

PESCADOR  
Escuchad, señor despensero; ¿qué calza va marcada con vuestro distintivo?

ROJO  
Marca la que quieras, es lo mismo. Adiós.

### *Escena XVII*

PESCADOR (*solo*).  
¡Qué latrocinio! Ocho escudos me paga por lo que le hubiera dado en cuatro; qué

despensero tan inteligente; ja, ja, ja; desde que lleva vestido de seda, le parece ser el *seiscientos*<sup>[1]</sup>.

### *Escena XVIII*

#### SACRISTÁN y PESCADOR

SACRISTÁN  
¿No oyes?

PESCADOR  
Servidor. Aquí estoy.

SACRISTÁN  
Perdóname si te he molestado.

PESCADOR  
¿Qué molestia? Hasta París iría por serviros.

SACRISTÁN  
Deseo aliviar tu pena.

PESCADOR  
Caridad grande es hacerme bien, y demorar mi viaje al sepulcro, porque, en efecto, tengo cinco hijos que caben todos en un cesto.

SACRISTÁN  
¿Cuántos son?

PESCADOR  
Diez.

SACRISTÁN  
Muchos me parecen diez.

PESCADOR  
Verdaderamente, es una gran cosecha en estos tiempos.

SACRISTÁN  
Son carga pesada, ¿eh?

PESCADOR  
No, monseñor; la lamprea es comida ligera.

SACRISTÁN

Pobrecillo. Tú deliras.

PESCADOR

¿Delirar yo? Preguntádselo al médico.

SACRISTÁN

¿Cogió los espíritus de día o de noche?

PESCADOR

Seis tomé yo anoche y cuatro esta mañana; no tengo ya miedo a los espíritus; V. S. me pague, que tengo que hacer.

SACRISTÁN

Ciertamente, tu padre te echó encima su maldición.

PESCADOR

Harta maldición fue dejarme mendigo.

SACRISTÁN

Preciso será decir la misa de San Gregorio.

PESCADOR

¿Qué diablos tienen que ver las lampreas con la misa de San Gregorio? Pagadme si os place, que me haréis con ello gran merced.

SACRISTÁN

Cogedlo, sacerdotes; tenedlo, hacedle la señal de la cruz, *in adjutorium altissimi*.

PESCADOR

¡Ah, perros!

SACRISTÁN

*Et homo factus est.*

PESCADOR

¡Ah, maricas!

SACRISTÁN

¿Muerdes?

PESCADOR

¿Con los puños, ladrones?

SACRISTÁN

*Et in virtute tua salvum me fac, Acqua santa.*

PESCADOR

Dejadme, traidores; ¿endemoniado yo?, ¿yo endemoniado?

SACRISTÁN  
¿Dónde entrarás?

PESCADOR  
Donde Hércules; en el culo he de entraros, pillos.

SACRISTÁN  
*In ignem eternum.*

PESCADOR  
¡Me arrastraréis, malos clérigos...!

SACRISTÁN  
Lleváoslo adentro. *Conculcabis leonem et draconem.*

### ***Escena XIX***

EL SEÑOR PARABOLANO (*solo*).

Ni caballos, ni jardines, ni otra distracción alguna me quitan del corazón el tenaz pensamiento que allí me tiene esculpida la imagen de Livia. Véome por ella en tal extremo, que se me trueca en veneno la comida, el reposo en ansiedad, el día en tinieblas, y la noche, que debiera tranquilizarme, de tal modo me aflige, inspirándome un terrible odio contra mí mismo, que prefiero morir a vivir en semejante estado. Pero aquí viene el Maestro Andrés; si me oyó no me faltarán canciones; mejores que me refugie en casa.

### ***Escena XX***

EL MAESTRO ANDRÉS (*con un libro en la mano*) y el ROJO

MAESTRO ANDRÉS  
Ja, ja; ya he hallado distracción. Aquí está el Rojo; ¿qué tenemos, socio?

ROJO  
Te ríes y me río; ¡ja! ¡ja!... Una hazaña divina; un pescador, ja, ja. Ya te lo contaré más despacio; tengo prisa por llevar esto que me veis al brazo, y asimismo estas lampreas; la mitad las tendrá aquel a quien van destinadas; las restantes pienso comérmelas yo en la reverendísima taberna. Adiós.

MAESTRO ANDRÉS  
A tu disposición.

### ***Escena XXI***

EL MAESTRO ANDRÉS (*solo*).

Quise buscarle amo al senes, y me he acomodado con él como pedagogo. Llévome este libro para hacerle, por su intermedio, cortesano; ¡ja! ¡ja! hay que metérselo dentro para que Agosto le halle correcto y agradable. A mi padre se la pegara yo<sup>[1]</sup> si a mi padre le viniera en gana enloquecer, cuanto más a un senes. Mejor obra es pagar los caballos al que quiere mandar el cerebro por la posta, que curarse de una buena porción de frailes y clérigos; porque tan pronto como en la cabeza se amengua el meollo, llénase de Estados, grandezas y tesoros.

No cambiara con el tal, su grado, el difunto perrero Sarapica, y se arroba, sin embargo, en éxtasis cuando doy asentimiento a sus sueños; buen tipo para emparejar con Gradasso, el enano de los Mediéis.

Si consigo rematar su locura, me deberá más gratitud que los tesoreros del morbo gálico al leño de Indias. ¡Con qué gracia pasea!... A fe mía que he de hacerle inscribir en el catálogo de mentecatos, para que se haga solemne conmemoración de él, en alabanza y gloria de la... iba a decir encadenable Siena.

### ***Escena XXII***

MAESTRO ANDRÉS y MICER MACO

MAESTRO ANDRÉS  
Salud y gracia.

MICER MACO  
Dios os guarde. ¿Dónde está el libro?

MAESTRO ANDRÉS  
Aquí lo tiene V. S.

MICER MACO  
Me muero si no me dais ahora mismo una lección.

MAESTRO ANDRÉS  
Urbano estáis.

MICER MACO

Hacéis mal en decirme villanías.

MAESTRO ANDRÉS

¿Os he dicho alguna por ventura llamándoos urbano?

MICER MACO

Sí; porque nunca lo fui ni lo fue ninguno de los de mi casa. Ea, comenzad.

MAESTRO ANDRÉS

Ante todo, el cortesano ha de saber blasfemar, debe ser jugador, envidioso, putañero, hereje, adulator, maldiciente, ingrato, ignorante, asno; debe saber mentir, hacer la ninfa y ser agente y paciente.

MICER MACO

Despacio, despacio; vamos a ver: ¿Qué quiere decir agente y paciente? No entiendo esta jerga.

MAESTRO ANDRÉS

Significa marido y mujer.

MICER MACO

Creo entender. Mas ¿cómo se llega a ser hereje? Este es el caso.

MAESTRO ANDRÉS

Observad.

MICER MACO

Observo con mis cinco sentidos.

MAESTRO ANDRÉS

Cuando alguien os diga que en la Corte existen la bondad, discreción, amor y conciencia, decid: No lo creo.

MICER MACO

No lo creo.

MAESTRO ANDRÉS

Muy bien. Al que tratase de haceros creer que es pecado infringir la cuaresma, decidle: «Yo me río de eso».

MICER MACO

Yo me río de eso.

MAESTRO ANDRÉS

En suma: a quien os hable bien de la Corte, respondedle: «Sois un embustero».

MICER MACO

Mejor será que diga mentes como un bellaco.

MAESTRO ANDRÉS

Será más inteligible y más breve.

MICER MACO

¿Por qué blasfeman los cortesanos, maestro?

MAESTRO ANDRÉS

Por aparentar ser experimentados, y en atención a la crueldad de Acursio y de quien dispensa el poder de la Corte, los cuales, dando ingreso a vagos y haciendo penar a tanto buen servidor, reducen a tal desesperación a los cortesanos, que están todos por decir a cada paso abronuncio<sup>[1]</sup> al bautismo.

MICER MACO

¿Cómo se consigue ser ignorante?

MAESTRO ANDRÉS

Siendo un búfalo.

MICER MACO

¿Y envidioso?

MAESTRO ANDRÉS

Sintiendo el bien ajeno.

MICER MACO

¿Cómo se llega a ser adulator?

MAESTRO ANDRÉS

Alabando cualquier indignidad.

MICER MACO

¿Cómo se miente?

MAESTRO ANDRÉS

Contando milagros.

MICER MACO

¿Cómo se hace la ninfa?

MAESTRO ANDRÉS

Esto os lo enseñará cualquier cortesanelo bribón de los que se pasan días y días esclavos de la limpieza de una capa o de un sayo frisado, permaneciendo horas enteras ante el espejo arreglándose los rizos o untándose la vieja cabeza; de aquellos

que con el habla toscana, el *Petrarchino*<sup>[1]</sup> en la mano, con un *sí a fe*, con un *juro a Dios* y un *beso la mano*, se creen el *totum continens*.

MICER MACO

¿Cómo se habla mal?

MAESTRO ANDRÉS

Diciendo la verdad; diciendo la verdad.

MICER MACO

¿De qué modo logra uno hacerse el desconocido?

MAESTRO ANDRÉS

Haciendo como si nunca hubierais visto a cualquiera que os haya prestado algún servicio.

MICER MACO

¿Cómo se llega a ser asno?

MAESTRO ANDRÉS

Eso podéis preguntarlo, aunque sea a las escaleras de Palacio. Y basta con esto como primera lección. En la segunda trataremos del Coliseo.

MICER MACO

Esperad. ¿Qué es el Coliseo?

MAESTRO ANDRÉS

El tesoro y el consuelo de Roma.

MICER MACO

¿En qué manera lo es?

MAESTRO ANDRÉS

Mañana os lo diré; después veremos al maestro Pasquino.

MICER MACO

¿Quién es el maestro Pasquino?

MAESTRO ANDRÉS

Uno que ha atacado por detrás a señores y monseñores.

MICER MACO

¿En qué arte se ocupa?

MAESTRO ANDRÉS

Trabaja en el torno de la poesía.

MICER MACO

También soy yo poeta, retórica y vulgarmente, y podría recitaros un bello epigrama en mi alabanza.

MAESTRO ANDRÉS

¿Quién lo hizo?

MICER MACO

Un hombre de bien.

MAESTRO ANDRÉS

¿Quién es ese hombre de bien?

MICER MACO

Yo mismo.

MAESTRO ANDRÉS

Ja, ja; decidlo, pues, que ya os escucho.

MICER MACO

*Hanc tua Penelope musam meditaris avenam.  
Nil mihi rescribas, nimium ne crede colori.  
Cornua cum Lunæ recubans sub tegmine fagi  
Tityre tu patulæ lento tibi mittit Ulysses.*

MAESTRO ANDRÉS

¡Socorro, socorro... al ladrón, al ladrón!

MICER MACO

¿Por qué gritáis socorro de esa manera?

MAESTRO ANDRÉS

Porque un loco heroico os lo ha robado.

MICER MACO

¿Quién es ese loco *loico*?

MAESTRO ANDRÉS

Un valiente que desafiaba a cañonazos a su mayordomo. Seguid, sin embargo.

MICER MACO

*Arma virumque*, etc.

MAESTRO ANDRÉS

Si queréis darlo a la estampa y dedicarlo al honor de Bolonia, yo os escribiré la vida del autor, buen camarada.

MICER MACO  
*Ago vobis gratia.*

MAESTRO ANDRÉS  
Ea, vámonos a casa para ordenarlo todo; pero ¿dónde está el criado?

MICER MACO  
El senés es un vago; Grillo parece hombre de bien; quiero a Grillo y no al senés.  
Entrad.

### *Escena XXIII*

PESCADOR (*recién salido de la columna*).

Roma doma. Anda, sigue creyendo que es el Paraíso; ¡cielos! ¡Qué abominaciones son éstas! Aquí se engaña a un florentino; imaginaos lo que harían ron un senes. Estoy rabiando y a punto de reventar; dos horas me han tenido en la columna como endemoniado, con toda la gente alrededor, pelándome, pisoteándome y haciéndome pedazos. Quién quería que golpeará la puerta, y quién, que apagase la lámpara, y quién..., mal rayo lo parta. Ea, quedad con Dios, que a mí no me engañará ya Roma. Paso por el dispensero, aunque me parece no le estafaba en el mercado que le hacía; pero si encuentro al sacristán y a aquellos descarados clérigos... al cuerpo... a la sangre de... que he de patearles las narices, molerles los huesos y sacarles los ojos; maldita sea Roma, quien en ella vive y la quiere y los cree. Y he de decirlo, a su podrido despecho; creía yo que el castigo que la ha dado Cristo por mano de los españoles la hubiera mejorado; peor está, y más depravada que nunca.



## ACTO SEGUNDO

### *Escena primera*

CAPPA (*solo*).

Quien nunca entró en la taberna, no puede imaginar las excelencias de tal paraíso; a él me ha llevado mi Rojo de mi alma, comiéndonos entre los dos cinco lampreas, que han puesto en el quinto cielo mis tragaderas.

¡Oh, taberna santa! ¡Oh, taberna milagrosa! Santa digo, porque allí ni afanes ni trabajos llegan; milagrea, considerando los asadores, que dan vueltas por sí mismos. Ciertamente, la cortesía y buena crianza de allí nos vienen; de la taberna, donde abundan las reverencias y los *sí, señor; no, señor*. Nunca el gran Turco fue obedecido como los que en ella comen; y debiera colocárselas junto a las tiendas de perfumeros para que a nadie apestara la algalia.

¡Oh, suave, oh, dulce, oh, divina música que sale de los asadores recamados de tordos, perdices y capones; cuánto consuelo traéis a mi alma! ¿Quién duda, que si yo no tuviera hambre a todas horas, había de adormecerme plácidamente, oyéndote resonar en la taberna?

Muy dulce es charlar y oír lo que se cuenta, mas nunca tanto como oírlo en ella; y la razón es ésta; allí ni se llora, ni se suspira, ni le matan a uno disgustos. Si el César que triunfó bajo los arcos, que acá y acullá se ven, hubiera triunfado en tiempo de paz por las tabernas, sus soldados le habrían adorado<sup>^</sup> como adoro yo las lampreas. Nunca en mis días combatí, que yo sepa; mas por una lamprea me mataría con Bevilacqua; no siento envidia, si un palafrenero, igual mío, atrapa mil escudos de entrada; pero el ánimo se me viene a los dientes, cuando el bellacón se come una lamprea.

Voy ahora a avisar al sastre, pues el señor quiere vestir mañana; no se ha conocido mayor tonto.

### *Escena II*

MAESTRO ANDRÉS y MICER MACO

MAESTRO ANDRÉS

Parecéis un príncipe con ese traje.

MICER MACO

Me hacéis reír.

MAESTRO ANDRÉS

¿Vuestra señoría tiene bien en la memoria lo que yo le he enseñado?

MICER MACO

Desde luego; sé imitar a todo el mundo, sé imitarlo.

MAESTRO ANDRÉS

Haced un poco el duque, como los farsantes cuando semejan cardenales disfrazados.

MICER MACO

¿De esta manera, con el embozo en la cara?

MAESTRO ANDRÉS

Sí, señor.

MICER MACO

¡Ay de mi! ¡Caíme por no saber hacer el duque a tientas...!

MAESTRO ANDRÉS

¡Arriba, majaderito, lindo mío!

MICER MACO

Haced que abran un par de agujeros en la capa si queréis que haga el duque. Sabed que estuve a punto de hacer un voto para poder levantarme.

MAESTRO ANDRÉS

Debisteis hacerlo. Decidme ahora, ¿cómo se responde a los señores?

MICER MACO

Sí, señor; no, señor.

MAESTRO ANDRÉS

Galante. ¿Y a las señoras?

MICER MACO

Beso la mano.

MAESTRO ANDRÉS

Bueno, ¿y a los amigos?

MICER MACO

Sí, a fe.

MAESTRO ANDRÉS

Gentil. ¿A los prelados?

MICER MACO  
Juro a Dios.

MAESTRO ANDRÉS  
¿Qué os parece, eh? ¿Cómo se manda a los criados?

MICER MACO  
Trae la mula, dame acá ese traje, sacude el lecho y arregla el aposento, porque por el cuerpo, que no digo, del cielo, he de darte tantos golpes que te mate.

### *Escena III*

GRILLO, MICER MACO y MAESTRO ANDRÉS

GRILLO  
Acabo de oiros señor; Maestro Andrés, dignaos darme licencia, porque no quiero acomodarme con este animalote.

MICER MACO  
No hagas caso, Grillo; estoy braveando para aprender a ser cortesano.

GRILLO  
Respiro.

MAESTRO ANDRÉS  
Ja, ja. Vamos a ver el camposanto, el obelisco, San Pedro, la Pina, los Bancos y Torre de Nona,

MICER MACO  
¿Suena Torre de Nona por la tarde?

MAESTRO ANDRÉS  
Sí; con las cuerdas del tormento.

MICER MACO  
¡Cáspita!

MAESTRO ANDRÉS  
Después iremos al puente de Sixto y a todos los burdeles de Roma.

MICER MACO  
¿Está el burdel extendido por toda Roma?

MAESTRO ANDRÉS

Y por toda Italia.

MICER MACO

¿Qué iglesia es ésta?

MAESTRO ANDRÉS

San Pedro; entrad con devoción.

MICER MACO

*Laudamus te, benedicimus te.*

MAESTRO ANDRÉS

Muy bien.

MICER MACO

*Et in terra pax bonæ voluntatis; entremos; venid, Maestro. Hosanna in excelsis.*

#### ***Escena IV***

ROJO (*solo*).

La buena fortuna me persigue, como persiguen las bubas y otros quebrantos a quien se mete con Beatriz. No hablemos de los diez escudos que van por delante, ni de las lampreas estafadas al pescador<sup>^</sup> que son una bagatela. Se me ha declarado, gracias a Dios y a mi buen porte, una suerte tan grande que no la cambiaría por la de un obispo. Mi señor amo está enamorado, manteniendo el secreto de este amor más guardado que su dinero. He advertido estos días que habla consigo mismo, suspira y está muy pensativo, y que Cupido hace anatomía de su corazón; una o dos veces he abierto la boca para decirle: ¿qué sentís, mi amo? pero me he callado. ¿Qué sucede? Esta noche andando yo (que soy presuntuoso como fraile en procesión) por casa, púseme con el oído pegado a la puerta del aposento de mi amo; le oí hablar en sueños y pareciéndole sin duda estar en dulces coloquios con su amiga, decía: «Livia, me muero; yo ardo; perezco de amor, Livia»; y con una larga retahíla de palabras, encomendábasele rendidamente.

Volviendo luego a sus razonamientos, continuaba: «¡Oh, Lucio; qué dichoso eres en gozar de la mujer más bella que existe...!». Y tomaba a Livia, diciendo: «Alma mía, corazón mío; sangre querida, dulce esperanza, etc.». En esto oí gran movimiento en el lecho; me imagino que debieron venir los húngaros.

Volví a mi cama, y revolviendo en la imaginación todo aquello, pensé la manera de jugarle una burla que me proporcionara ocasión de saquearle a mi gusto.

Y ya había casi olvidado mis propósitos con tantas cosas como hoy he hecho; el rato que estuve solazándome por ahí, la broma del pescador y la comida de lampreas

en la reverendísima taberna, con Cappa. La cuestión, ahora, es la siguiente: iré a encontrar a Alvigia, que corrompería a la propia castidad; sin ella no podemos hacer nada; y con su licencia acometeré la magnánima empresa de burlar al asno, miserable y archimemo de mi señor. Los podridos gran-maestros, creen de buena fe cuanto se les dice, acerca de ser amados por duquesas y reinas; harto más fácil me será engañarlo, que acabar mal en la corte.

Ea, vámonos en busca de Alvigia. ¡Oh, qué fiesta se prepara!

### *Escena V*

SEÑOR PARABOLANO (*solo*).

¡Extraña locura la vida en este mundo! Cuando me hallaba en baja esfera, siempre el acicate de subir, me estimulaba los ijares; y ahora que puedo llamarme afortunado, tan singular fiebre me atormenta, que ni piedras ni hierbas ni palabras la pueden amenguar. Oh, amor, ¡qué no podrás tú! Ciertamente la naturaleza, envidiosa de la paz de los mortales, dispuso crearte, a ti, peste irremediable de hombres y dioses. ¡Qué me importa, oh, fortuna, ser tu amigo, si amor me ha quitado el corazón que por tu merced tenía en el cielo, y ahora está hundido en el abismo? ¿Qué he de hacer, sino llorar, suspirar como una mujer, y por una mujer? Volveré a mi aposento, que no obstante acabo de dejar, y tal vez saldré de cuidado por el procedimiento, por el cual logran salir de él mil otros infelices amantes.

### *Escena VI*

FLAMINIO y SEMPRONIO

FLAMINIO

¿Poner a Camilo en la Corte? ¿Para qué?

SEMPRONIO

Para que aprenda virtud y cortesía y pueda por medio de ellas llegar a adquirir una reputación provechosa.

FLAMINIO

¿Cortesanía y virtud en la Corte? ¡Oh, oh!

SEMPRONIO

En mi tiempo no se hablaban sino en ella.

FLAMINIO

En vuestro tiempo los asos iban a la escuela. Vosotros, los viejos, os guiáis siempre por las reglas de los tiempos antiguos; estamos en los modernos, voto al diablo.

SEMPRONIO

¿Qué me cuentas, Flaminio?

FLAMINIO

El evangelio, Sempronio.

SEMPRONIO

¿Es posible que el mundo se haya pervertido tan pronto?

FLAMINIO

El mundo ha encontrado mucho más cómodo hacerse malo que bueno; es lo que yo digo.

SEMPRONIO

¿Estoy soñando? Me pasmas.

FLAMINIO

Si queréis salir de dudas, contadme las excelencias de vuestros tiempos y yo os referiré parte de las desdichas del mío, porque todas, sería temeraria empresa.

SEMPRONIO

Con gusto. En mi tiempo, apenas llegado uno a Roma, se le encontraba amo al momento; y según su edad, condición y voluntad, se le daban oficio, aposento, cama y un criado; pagábasele el gasto de caballo, lavandera, barbero, médico, medicinas, el de vestido una o dos veces al año, y los beneficios que vacaban se repartían honradamente, siendo todos remunerados de manera que no se oía queja alguna en la banda. Y si alguno sentía afición por las letras o la música, pagábasele maestro.

FLAMINIO

¿Más aún?

SEMPRONIO

Vivían con tanto amor y caridad entre sí unos y otros, que no se conocía desigualdad de nación, pareciendo antes que todos eran hijos de unos mismos padres; todos se alegraban del bien del compañero, como del propio bien. En las enfermedades servíanse unos a otros como en una religión.

FLAMINIO

¿Queda más por decir?

SEMPRONIO

Bastante; y no creáis que trato de engañarme a mí mismo por haber servido en la Corte.

FLAMINIO

Escuchad ahora mis palabras, cortesano del Papa Juan. En estos tiempos nuestros, llega uno a Roma adornado de todas aquellas cualidades que puedan desearse en el que va a servir en la Corte, y antes que sea admitido en un tinelo, le cuesta revolver Roma con Santiago. En mi tiempo, a cada dos se les da un criado; ¿cómo es posible que medio hombre sirva a un hombre entero? ítem más, cinco o seis personas se acomodan en un aposento de diez pies de largo por ocho de ancho; el que no gusta de dormir en el suelo se compra o se proporciona una cama, a la ventura. En mi tiempo los caballos corren gran riesgo de convertirse en camaleones si no paga uno la avena y el heno, con la propia bolsa. En mi tiempo hay que vender lo de casa para vestirse, y el que no tiene de donde sacar, pobre y desnuda va la filosofía. En mi tiempo, si por ventura uno enferma en servicio del amo, se le hace un gran favor con buscarle sitio en Santo Spirito<sup>[1]</sup>. En mi tiempo, lavanderas y barberos, tenemos que pagarlos nosotros, y los beneficios que vacan se dan a gentes que no figuraron nunca en la Corte, o bien se parten en tantos pedazos, que no toca a ducado por cada uno, y estaríamos mejor que el Papa, si tal ducado no le hubiéramos de litigar diez años. Tampoco se le pagan hoy maestros a quien quiere aprender virtud; y padece persecuciones el que la aprende a sus expensas; porque los señores, no quieren cerca de sí personas más doctas que ellos. Y en nuestro tiempo, si por nosotros fuera, nos comeríamos los unos a los otros y con tal odio nos hallamos frente a un mismo pan y a un mismo vino, que en comparación de él, es aire el que guardan los caldos a quien fue el causante de su desgracia y destierro.

SEMPRONIO

Si es así, Camilo se quedará conmigo.

FLAMINIO

Quédese con vos, si ya no queréis enviarlo a la corte para que se haga ladrón.

SEMPRONIO

¿Cómo ladrón?

FLAMINIO

El ser ladrón aquí, es cosa vieja, pues el hurto menor que hace la corte, es robar veinticuatro años de vida a un óptimo gentilhomme, cual micer Vicente Bovio, por ejemplo, que después de haber envejecido en ella, como premio a tan larga servidumbre, ha sacado un par de lutos. Mas el que dudara de su bondad, convenciérase de ella fijándose en que nada tiene de sus amos; porque no se engrandecen más que los ignorantes, plebeyos, parásitos y rufianes.

Pues a renglón seguido de ladrón, viene el hacerse traidor. ¿Quieres más? Con

cierto rascar los pies a los incurables, se consuman homicidios, que no hay quien descubra luego.

SEMPRONIO

Hablemos de otra cosa.

FLAMINIO

Crueldad incomprensible es la de la corte, donde no se desea otra cosa sino que muera este o el otro; y si ocurre que llegue a sanar uno cuyo beneficio ambicionabais, todos los males de estómago y de costado, cuantas fiebres ha sufrido durante su enfermedad, los sentís caer sobre vos. Por cierto, malvada cosa es desear la muerte de quien nunca te ha ofendido.

SEMPRONIO

Verdad.

FLAMINIO

Oid esto. Nuestros amos han dado en la treta de comer una sola vez al día, alegando que dos comidas matan; y fingiendo hacer colación por la noche, comen opíparamente *solus peregrinus* en su aposento.

Hacen esto, no tanto por parecer sobrios, como por perder de vista a cualquier virtuoso que pudiera ir sustentándose a su mesa.

SEMPRONIO

Se cuentan, no obstante, prodigios del de Médicis.

FLAMINIO

Una hoja no hace primavera.

SEMPRONIO

Cierto.

FLAMINIO

Aparte todo eso, es para morir de risa verles encerrarse en secreto so pretexto de estudiar; ja, ja, ja.

SEMPRONIO

¿De qué ríes?

FLAMINIO

De que estando en cónclave *utriusque sexus*, son la muchacha y el criado, por cierto agradables y guapos, quienes les leen filosofía. Pero hablemos de la esplendidez de su comida. El cocinero de Ponzetta, que hacía tortillas de tres huevos para cada dos personas, con objeto de que a los comensales les parecieran mayores estrujábalas en la prensa donde se ponen, para que conserven sus pliegues, los

birretes de eclesiásticos; y extendidas luego en platos más sucios que lo estaba por la parte del cuello la capa de Julián Leño, llegaba el viento y esparcías las por el aire cayendo sobre las cabezas de los invitados, a guisa de diademas.

SEMPRONIO

Ja, ja, ja.

FLAMINIO

El despensero de Malfetta (aquel pródigo prelado que muñéndose de hambre dejó tantos miles de ducados a León), habiendo una vez gastado un bayoco<sup>[1]</sup> más de la cuenta en un sáballo, viose obligado por el reverendo monseñor, a quedarse con él; concertó entonces el despensero con la demás gente de la casa pagar entre todos y a tanto cada uno el sáballo, y puesto en la mesa para recrearse con él, el obispo corrió al olor, diciendo: caqui tenéis lo que me corresponde; dejadme comer también a mí».

SEMPRONIO

Ja, ja, ja.

FLAMINIO

He oído, aunque no hago mía la especie, que el revisor de Santa María-in-pórtico, medía la menestra a su familia, y les contaba los bocados, dando tanto los días faustos^ y tanto los infaustos.

SEMPRONIO

Ja, ja, ja.

FLAMINIO

Olvidábaseme decir que en vuestro tiempo eran mayordomos los hombres; ahora lo son las mujeres.

SEMPRONIO

¿Cómo las mujeres?

FLAMINIO

Las mujeres, sí, señor; en casa de... prefiero no decirlo, cuéntase que las madres de no sé qué cardenales, bautizan el vino, pagan los salarios, despiden a los criados, y lo hacen, en una palabra, todo. Y cuando los reverendísimos hijos se desmiden en el coito o en la comida, les arman una de todos los demonios. Del padre de un gran prelado sé que cobra para sí la renta de su monseñor, dándole a él un tanto al mes para vivir.

SEMPRONIO

Ea, quédate con Dios, que ya sé a qué atenerme; mejor es, por lo visto, estar en el infierno que en la Corte de hoy día.

FLAMINIO

Cien veces, porque en el infierno el alma solamente es la atormentada; y en la Corte el alma y el cuerpo.

SEMPRONIO

Volveremos a hablar de esto; estoy resuelto a ahogar a Camilo con mis propias manos, antes que hacerle cortesano. Voy ahora al Banco de Agustín Chisi por el dinero de mi oficio. Adiós.

### *Escena VII*

EL ROJO y ALVIGIA

ROJO

¿Dónde vas con esa priesa?

ALVIGIA

De aquí para allá, toda atribulada.

ROJO

¿Es posible que alcancen tribulaciones a quien es la dueña de Roma?

ALVIGIA

No; pero mi maestra...

ROJO

¿Qué tiene tu maestra?

ALVIGIA

Está en la hoguera.

ROJO

¿Cómo diablo en la hoguera?

ALVIGIA

¡Ay, triste de mí!

ROJO

¿Qué ha hecho?

ALVIGIA

Nada.

ROJO

¿Por lo visto se tuesta a las personas por nada?

ALVIGIA

Un poquito de veneno que dio al compadre, por voluntad de la comadre, es causa de que Roma pierda tan cumplida vieja.

ROJO

No se saben hoy apreciar las gracias.

ALVIGIA

Diz que hizo echar al río una niña parida por una señora amiga suya, según es costumbre hacerlo.

ROJO

Cuentos.

ALVIGIA

Y que hizo romperse la crisma escalera abajo, con no sé qué trampa, a cierto celoso maldito.

ROJO

Un casco de fruta no le hubiera jugado broma semejante.

ALVIGIA

¡Ah! Bien se ve que eres hombre recto. La pobre me deja heredera de todo lo que tiene.

ROJO

Que me place. ¿Y qué te deja, si puede saberse?

ALVIGIA

Alambiques para destilar, hierbas cogidas en luna llena, aguas para quitar pecas, unciones para hacer desaparecer manchas de la cara, una botella de lágrimas de amantes, aceite para resucitar lo que no quiero decir...

ROJO

Dilo, boba.

ALVIGIA

La carne.

ROJO

¿Qué carne?

ALVIGIA

La de... ya me entiendes.

ROJO  
¿La de la bragueta?

ALVIGIA  
Sí.

ROJO  
Ja, ja.

ALVIGIA  
Me deja apretaderas para encoger pechos demasiado descolgados; me deja el electuario para preñar y parir, y además un frasco de orina virgen.

ROJO  
¿Para qué se emplea semejante orina?

ALVIGIA  
Bébase en ayunas por la madre, y es excelentísima para la regla; me deja papel nonato<sup>[1]</sup>, cuerdas de ahorcados injustamente, polvos para matar celosos, encantos para enloquecer, oraciones para hacer dormir y recetas para rejuvenecer; me deja, además, un espíritu encerrado...

ROJO  
¿Dónde?

ALVIGIA  
En un orinal

ROJO  
Ja, ja.

ALVIGIA  
¿Qué significa, ja, ja, tonto? En un orinal, sí, señor; y es un espíritu familiar que hace encontrar lo hurtado; te dice si tu amiga te ama o no, y si llama al duende; me deja también el unguento que lleva sobre el agua y sobre el viento al árbol de las hechiceras.

ROJO  
Dios le tenga en cuenta, para bien de su alma, lo que te deja.

ALVIGIA  
Dios lo haga.

ROJO  
No llores, que por llorar no la traerás de nuevo al mundo.

ALVIGIA

Acabaré por desesperarme, pues cuando pienso que hasta los aldeanos la honraban, se me abre el corazón. Y no hace mucho que la vi beberse hasta seis envites de vino en el Pavo, el jarro siempre en alto, sin desmerecer por ello lo más mínimo.

ROJO

Dios le haga bien; que al menos no era de estas melindrosas que a todo hacen dengues.

ALVIGIA

Nunca hubo vieja de tan grande aliento y que menos se cansara.

ROJO

¿Qué te parece?

ALVIGIA

En la carnicería, en la tocinería, en el mercado, en el horno, en el río, en la estufa, en la feria, puente de Santa María, puente de cuatro cabras y puente de Sixto, siempre, siempre tocábala llevar la voz cantante, y era tenida en concepto de Salomona, de Sibila y de Crónica por esbirros, taberneros, faquines, cocineros, legos, y por todo el mundo; iba como una dragona por las horcas a sacar los ojos a los ahorcados, y, como esforzada, a sacar las uñas a los muertos a la hora de la media noche.

ROJO

No obstante, la muerte la quiso para sí.

ALVIGIA

¡Y qué religión la suya! La vigilia de Pentecostés no comía carne. La de Navidad ayunaba a pan y vino; durante la Cuaresma, con un huevo fresco por todo alimento, conducíase como una ermitaña.

ROJO

En fin; que a diario hemos de ver quemar y ahorcar gente por ahí; no están hoy seguros ningún hombre, ninguna mujer de bien.

ALVIGIA

Hablas con mala intención, pero dices la verdad.

ROJO

Si se hubieran contentado con despuntarle las orejas y santiguarle la frente, podía pasar.

ALVIGIA

Va lo creo que podía pasar; y aunque fuera llevar la mitra que la llevó hará tres años, el día de San Pedro mártir; y quiso antes andar en el asno, que en el carro, y no se curó de las pinturas de la mitra porque no dijera la vecindad que lo hacía por vanagloria.

ROJO

Quien se humilla se exalta.

ALVIGIA

¡Pobrecilla! Era hermana jurada de los clérigos del buen vino, que fueron descuartizados Dios sabe cómo.

ROJO

Otra bellaquería aquella.

ALVIGIA

Ya lo creo.

ROJO

En fin, dejemos las cosas coléricas y hablemos de otras alegres, que si tú quieres dar de ti todo lo que sabes y puedes, los dos podremos sacar la barba del lodo. Mi amo está muerto por Livia, mujer de Lucio.

ALVIGIA

Podía haber picado un poco más alto.

ROJO

Y no obstante ocultar con gran cuidado este su amor, me lo ha revelado.

ALVIGIA

¿Cómo?

ROJO

En sueños.

ALVIGIA

Ja, ja. Di qué es lo que quieres.

ROJO

Quiero darle a entender, fingiendo no saber nada de su pasión, que Livia está perdidamente enamorada de él, y vencida de este amor, te ha revelado su secreto, confiándose a ti, que eres su nodriza.

ALVIGIA

Ya te entiendo; entra, que hemos de hacerle descubrir lo que tenía oculto.

ROJO

Vales más para mi intento, que un físico para quien ha tomado ya las píldoras.

ALVIGIA

Entra, bobo.

ROJO

Un beso, reina de las reinas.

ALVIGIA

Déjame, loco.

### ***Escena VIII***

MICER MACO y MAESTRO ANDRÉS  
*(que salen de San Pedro).*

MICER MACO

¿Dónde nacen aquellas piñas de bronce tan gruesas?

MAESTRO ANDRÉS

En los pinares de Rávena.

MICER MACO

¿De qué es aquella nave con aquellos santos que se ahogan?

MAESTRO ANDRÉS

De mosaico.

MICER MACO

¿Dónde se hacen aquellos obeliscos?

MAESTRO ANDRÉS

En territorio de Pisa.

MICER MACO

Aquel camposanto lleno de muertos, ¿que quiere decir?

MAESTRO ANDRÉS

No lo sé.

MICER MACO

Tengo sed.

MAESTRO ANDRÉS  
¡Loado sea Dios! Me lo habéis sacado de la boca.

MICER MACO  
*Venite adoremus.*

### ***Escena IX***

SEÑOR PARABOLANO (*solo*).

¿Callaré? ¿Hablaré? En el callar está mi muerte; en hablar su desdén, porque escribiéndole cuanto la quiero, tendrá por mengua ser de tan baja persona como yo amada; y callando mi fuego, ocultar tanta pasión me conducirá al último extremo.

### ***Escena X***

VALERIO y PARABOLANO

VALERIO

No por usar presunción cortesana, sino por cumplir mi deber de fiel servidor, trato de inquirir la causa de vuestro decaimiento para hallarle remedio, si es preciso con mi propia sangre.

PARABOLANO  
¿Eres tú, Valerio?

VALERIO

Yo soy, señor; que percatado de que amor hace con vos lo que acostumbra a hacer con todo gentil espíritu, deseo saberlo todo para ayudar con mi lealtad a vuestros nuevos deseos.

PARABOLANO  
De otra cosa se trata.

VALERIO

Si es otro el motivo; ¿por qué ocultármelo a mí que tengo en mayor aprecio vuestro contento que los ojos de la cara? Y si es amor, ¿os falta el ánimo de tal manera que vengáis a creer difícil poder disfrutar de una mujer? ¿Qué habrán de hacer entonces los que aman faltos de todas aquellas dotes de que vos tenéis rico caudal?

PARABOLANO

Si los parches de palabras sensatas curaran ajenas llagas, tú habrías ya curado las mías.

VALERIO

Ea, señor; salid de ese nuevo error, y no penéis tomando sobre vos el cuidado de consolar a los que envidian vuestra grandeza; porque en corriéndose la nueva de la melancolía que os consume, ¿qué alegría cobrarán con ello vuestros amigos, qué por los servidores, ni qué gloria la patria?

PARABOLANO

Pongamos que estuviera enamorado ¿qué remedio me propondrías tú?

VALERIO

Os buscaría una alcahueta.

PARABOLANO

¿Y después?

VALERIO

Por intermedio de ella enviaría una carta a la mujer que tanto amáis.

PARABOLANO

¿Y si no la admite?

VALERIO

Nunca rehúsan cartas ni presentes las mujeres.

PARABOLANO

¿Qué te parece que debo escribirla?

VALERIO

Lo que amor os dicte.

PARABOLANO

¿Y si lo lleva a mal?

VALERIO

¿Llevarlo a mal, decís? Ya no son tan crueles las mujeres. Pasó aquel tiempo en que costaba diez años de sufrimientos obtener una palabra; para hacerles aceptar una carta necesitábase hasta nigromancia, y al fin, concedida la cita, era preciso gatear por cualquier tejado, a riesgo de romperse el bautismo, o estarse un día y media noche en una fría celda en lo más crudo del invierno, o bajo un monte de heno cuando el mundo ardía de calor. ¿Y dónde me dejáis las escalas de cuerda, que sólo de pensar el peligro en que se ponen los que por ellas suben se me eriza el cabello?

PARABOLANO

¿Qué quieres inferir de todo eso?

VALERIO

Infiero que en nuestros días se entra por la puerta grande, en pleno día, y son tan venturosos los amantes, que los mismos maridos se encargan de acomodarlos. Porque las guerras, pestes, carestías y los tiempos que por sí inclinan a la molicie, han corrompido de tal manera a toda Italia, que primos y primas, cuñados y cuñadas, hermanos y hermanas se mezclan entre sí sin miramientos, como si la vergüenza ni la conciencia no hubiesen nunca existido en el mundo. Y si no fuera porque a mí mismo me da rubor, os citaría tantos nombres coma pelos tengo en la cabeza. Así que, señor, no pongáis en términos de desesperación vuestro deseo, que puede confiar en satisfacerse con mayor seguridad de éxito que el Azote de Príncipes<sup>[1]</sup> al con fiar en la cortesía del general del emperador en Italia.

PARABOLANO

Esta seguridad que me dais en nada aminora mi pena.

VALERIO

Ea, presto, resucitad aquella audacia que siempre ha guiado vuestros pasos en las difíciles empresas. Volvamos a casa y pensemos en el modo de mandar la carta; tal vez sepa yo pergeñar cuatro renglones de amorosas frases en obsequio vuestro.

PARABOLANO

Vamos allá, que ni fuera ni dentro hallo modo de sosegar el corazón.

## *Escena XI*

EL MAESTRO ANDRÉS (*solo*).

Mientras micer Pazguato bebía, se nos ha enamorado de Camila Pisana, a quien ha visto en la ventana de la cámara. Y este es uno de los casos en que Cupido se convierte en doctor, que es lo único que faltaba.

El mismo llanto había de reír si le oyera cantar: tiene todo el estilo del Abad de Gaeta coronado sobre el Alifante; ha compuesto algunos versos, ladrones como ellos solos; tales que en su comparación, Cinotto, el Casto de Bolonia y el presbítero Marco de Lodi, resultan Virgilio y Homeros; a falta de otra muestra, esta carta en prosa podrá darnos una idea de ello. Deseo saber lo que el muy simple escribe a la señora Camila.

*Carta de micer Maco.*

«Salve, reina; tened misericordia de mí, porque vuestros odoríferos ojos y vuestra marmórea frente que destila melifluo maná me matan, de modo que aquí y allá el oro y las perlas me distraen de amaros. Nunca se vieron tales esmaragdicas mejillas y cabellos de leche y púrpura, que livianos juguetean con vuestro pródigo seno, donde alojan dos pechos a manera de turgentes y armónicos meloncitos. Estoy en camino de hacerme cardenal, y después cortesano, señora. Por lo tanto, hallad tiempo y lugar en que pueda deciros los sufrimientos de mi corazón, el cual se conforta al mismo tiempo en los líquidos cristales de vuestra amazapanada boquita, *et fiat voluntas tua*, porque *omnia vincit Amor*.

*Maco, que está por vos en gran tormento,  
un niño quiere haceros al momento».*

Estas palabras estomagarían al mismo fraile que se comía los birretes.

¡Y qué firma ha puesto al pie!

¿Puede Dios consentir que cada cosa en el mundo se trueque en su contraria? ¿Quién podría creer que de Siena, ciudad honrada, noble, cortés y llana de ingenio, haya salido un estúpido como micer Maco? Párteseme el corazón al considerarle nacido en tan espléndida tierra. Porque, aparte los hombres famosos que han sido y son en ella, sus dos Academias, la Grande y la Intronata, han embellecido a la misma poesía, dando esplendor a la lengua. Y^ quedé pasmado oyendo lo que ayer contó de ellas Jacobo Eterno, el cual ha unido a las letras griegas, latinas y vulgares que tiene, la suma bondad. Pero no hay sino locos por doquier, y aun de peor liga que micer Mondababosas, que sin duda se ha propuesto hacerse canonizar por loco. Helo aquí, que viene.

## ***Escena XII***

MICER MACO y MAESTRO ANDRÉS

MICER MACO

¿Con quién departís, maestro?

MAESTRO ANDRÉS

Con vuestras boberías.

MICER MACO

¿Con mis poesías?

MAESTRO ANDRÉS

Sí, señor.

MICER MACO

¿Qué os parecen?

MAESTRO ANDRÉS

*Cecus non judicat de coloris.*

MICER MACO

Podéis llevarle también este estrambote; leedlo fuerte.

MAESTRO ANDRÉS

Que me place.

«Oh, estrellita de amor, oh, ángel del Orto,  
cara de leño, y rostro de Oriente,  
por vos, peor estoy que nave en puerto;  
duermo a la noche, a tempestad y al viento:  
viniéronnos de Francia tus bellezas;  
tan cierto como que Judas se ahorcó,  
hágome por tu amor yo cortesano;  
no ansío otro placer más soberano».

MICER MACO

¿Qué decís?

MAESTRO ANDRÉS

¡Oh! ¡qué versos sentenciosos, llenos, deslizantes, dulces, doctos, suaves, finos,  
amorosos, vagos, claros, limpios, amenos, tersos, sonoros, nuevos y divinos!

MICER MACO

¿Os pasman, eh?

MAESTRO ANDRÉS

Me pasman, elevan y desesperan; pero es un latín falso.

MICER MACO

¿Cuál, «que nave en puerto»?

MAESTRO ANDRÉS

Sí.

MICER MACO

Es licencia poética, hombre.

MAESTRO ANDRÉS

El quid del caballo no está en la grupa, queréis decir, sin duda.

MICER MACO

Sí, maestro. Idos ahora, que yo también me marchó.

MAESTRO ANDRÉS

En buen hora vayáis.

### ***Escena XIII***

MAESTRO ANDRÉS (*solo*).

Estoy a dos dedos de creer que éste, con ser tonto de capirote, simple de solemnidad y bolo de veinticuatro quilates, llegará a ser el favorito de esta corte; cuan sabio anduvo Giannozzo Pandolfini cuando dijo: «Soy feliz, pues he sido ponderado ante León como loco», queriendo dar a entender que con los príncipes hay necesidad de fingir locura, ser loco y vivir como tal; bien lo entendió micer Gimignano de Módena, doctor, que deseando ganar por Giannino de Correggio un pleito a Mantua, la cual llevaba tanta habilidad a la lid como el doctor justicia, tiró de podadera ante el duque.

Hay que convenir en que la mayor injuria que puede hacersele a un señor es comportarse en su presencia como sabio.

Volviendo, pues, a nuestro poeta, todavía le queda por andar antes que llegue a cardenal, según el voto, sobre el Camello, desde que el Alifante —del cual fue pedagogo Juan Bautista del Águila, orífice antes, camarero del Papa después, por medio de la cuñada, etc.—, fuese con buen viento.

Vayamos ahora a encontrar a Zoppino y a llevarle como embajador de la señora, a micer, para darle las gracias por la carta maravillosa y el estupendo estrambote.

### ***Escena XIV***

EL ROJO (*solo*).

¡Qué Alvigia ésta! No se vio otra tal; ¡oh, qué zorra! Más ánimos tiene que Desiderio, que reía mientras estaba en el tormento; verdad que ella se excusaba diciendo, no quiero o no puedo, temo el peligro en que me pone traicionar a personaje tan alto; mas entendióme pronto y aun antes que yo le contara el caso; gracias a ella vamos ya por buen camino y tratará de hablar al señor como enviada de Livia.

Ahí está Papabolano, ¡Oh, qué cara de Pascua para uno que tiene hambre y se avergüenza de ir a comer al tinelo!

Dios os dé salud y alegría.

## *Escena XV*

### EL SEÑOR PARABOLANO y EL ROJO

PARABOLANO

La muerte sólo puede alegrarme; la muerte, que es de la misma condición que la mujer, pues huye de quien la llama y sigue a quien la huye.

ROJO

No os desesperéis.

PARABOLANO

Antes quiero hacerlo; pluguiese a Dios transformarme en tu persona y a ti en mi.

ROJO

¡Oh, Cristo! ¿Qué oigo?, ¿por qué no habrá de lograrse esta dicha?

PARABOLANO

No lo desearías ciertamente si hubieras de experimentar lo que yo experimento.

ROJO

Palabras.

PARABOLANO

Ojalá no fueran otra cosa.

ROJO

Ea, dejemos eso, que quiero decir una, con la cual saldrá de afanes el servidor de un clérigo.

PARABOLANO

¡Ay de mí!

ROJO

Henos aquí en plena cortesanía. Reid ahora un poco, pues de otra suerte voy a arrepentirme de mi propósito. Reís de mala gana. Atendedme. La más gentil, la más rica y la más bella dama de esta tierra, está de tal modo por vos, por su señoría, que para no morir ha descubierto su amor a su nodriza, y ésta, compadecida de ella, a mí.

PARABOLANO

Dime quién es, si me hablas sinceramente

ROJO

Adivinadlo vos.

PARABOLANO

¿Comienza su nombre por A?

ROJO

No, señor.

PARABOLANO

¿Por G?

ROJO

Menos.

PARABOLANO

¿Por N?

ROJO

Que te quemas.

PARABOLANO

¿Por S?

ROJO

Más cerca anda santa Luna.

PARABOLANO

¿Por B?

ROJO

Haced lo que voy a decir.

PARABOLANO

Habla.

ROJO

¿Sabéis el A, B, C?

PARABOLANO

Desde luego, hombre. Sin una falta...

ROJO

Es milagro.

PARABOLANO

¿Por qué?

ROJO

Porque vosotros los señores no acostumbráis a entreteneros en tales pedagogías. Decid, pues, el A, B, C, y cuando pronunciéis la inicial de su nombre, os lo avisaré; de otro modo no acabaremos, nunca. Ea, comenzad.

PARABOLANO

A, B, C, D, E, F, G. ¿Está entre éstas?

ROJO

No os detengáis.

PARABOLANO

¿Dónde estaba?

ROJO

En el A, B, C; volved a comenzar desde el principio

PARABOLANO

A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, K.

ROJO

Despacio, que ahora llega lo bueno. Seguid

PARABOLANO

M, N, O.

ROJO

¿Dónde dejamos la L?

PARABOLANO

¡Ah, Rojo divino, Rojo celeste e inmortal.

ROJO

Eso es: componed ahora un libro en mi alabanza.

PARABOLANO

¡Livia mía!

ROJO

Bien parece que me había enterado.

PARABOLANO

¿Dónde estoy?

ROJO

En Emmaus<sup>[1]</sup>.

PARABOLANO

¿Duermo acaso?

ROJO

Sí: en sacarme al fin del tinelo.

PARABOLANO

Volvamos a casa, Rojo sublime.

ROJO

No ha mucho os parecía un traidor.

PARABOLANO

Eres injusto.

### *Escena XVI*

EL MAESTRO ANDRÉS y ZOPPINO

MAESTRO ANDRÉS

Desde que las bromas se inventaron, nunca se dio otra como ésta.

ZOPPINO

Le diré que soy enviado a él por la señora Camila, y que si no fuera por respeto a don Diego de Lainis, el cual, celoso de su hermosura, tiene puesta guardia a la casa, podría llegar hasta ella, vestido como de ordinario; pero que por tal razón es fuerza venga disfrazado de faquín. Quieto; el muy bobalicón asoma; los locos lograrán dicha.

### *Escena XVII*

ZOPPINO, MICER MACO y MAESTRO ANDRÉS

ZOPPINO

La señora Camila, mi ama, besa la mano a vuestra señoría.

MICER MACO

¿Está prendada de mis hechuras, eh?

ZOPPINO

No es posible ponderarlo como se debe

MICER MACO

Como ella sepa darme un hijo he de pagarle la cuna.

MAESTRO ANDRÉS

¿Qué te parece?

ZOPPINO

Ahora que lo veo de cerca, creo sinceramente que ella diga verdad al decir que muere por él.

MICER MACO

¿Cuántos besos ha dado a mi cartita?

ZOPPINO

¡Oh, más de mil!

MICER MACO

Poca gracia, mala pécora, traidora; y del estrambote, ¿qué ha hecho?

ZOPPINO

Lo ha puesto en canto.

MICER MACO

¿Por mano de quién?

ZOPPINO

De su sastre, que mal año para el archipoeta que almohaza, lleva el heno y da de beber al asno pegaseo, por cuyo motivo logra los derechos sobre su estiércol.

MICER MACO

Hízolo de improviso.

ZOPPINO

¡Oh, qué loca vena!

MICER MACO

Yo, soy yo.

MAESTRO ANDRÉS

Os hacéis todo el honor posible.

MICER MACO

¡Eh, vos... el de la señora!... ¡Oid!

ZOPPINO

Señor, no os molestéis...

MICER MACO

En cuanto mande a Siena por *biricucoli*<sup>[1]</sup> y mazapanes, os daré un par de ellos.

MAESTRO ANDRÉS

¿No te decía que era liberal como un Papa como un Emperador? Vamos ahora a tratar de visita a la señora.

MICER MACO

### *Escena XVIII*

GRILLO (*en la ventana*). MICER MACO, MAESTRO ANDRÉS y ZOPPINO (*por fuera*).

GRILLO

¿Qué mandáis?

MICER MACO

Nada. Sí; espera. ¡Hola, Grillo!

GRILLO

Aquí estoy, ¿Qué mandáis?

MICER MACO

Ya se me ha olvidado.

MAESTRO ANDRÉS

Entrad, señor Zoppino,

ZOPPINO

Antes V. S., maestro Andrés.

MAESTRO ANDRÉS

No; primero V. S.

ZOPPINO

La vuestra.

MICER MACO

Primero lo haré yo; ahora entrad detrás.

### *Escena XIX*

EL ROJO (*solo*).

Todos los títulos que los de Norcia y Todi<sup>[1]</sup> dan a sus embajadores, ha dado su amo al Rojo; tiéndeme la mano y trata de hacerme rico, y concederme grados; quiere que le aconseje, gobierne y mande. Ahora, idos al cuerno, vosotros, los que no sabéis hacer otra cosa que gentiles reverencias con un plato en la mano o con un vaso bien lavado, y hablando sobre la punta de los zuecos, entretenéis a los señores con diarias músicas o componiendo cosas en su alabanza, con todo lo cual creéis entraros por su gracia adelante.

No lo entendéis. Lo importante es ponerles buenas faldas al alcance de la mano; como éstas den en los hocicos a los amos, te llevarán en grupa por Roma, te mimarán, apreciarán y darán cuanto quieras.

Aquí tengo este gorro con la medalla y los herretes de *aurum sitisti*, que puedo llevar gracias al mío. Pero es necesario que vaya a presentarle a Alvigia, y si la tramoya se descubre, poner pies en polvorosa. Sé todos los burdeles de Italia y de fuera de ella; el mismo calendario que halla las fiestas del año, no sabría encontrarme a mí. Presumo con todo que a esta hora va a serme difícil dar con la vieja, pues tiene a su cargo más asuntos que la Lonja.

## ***Escena XX***

EL MAESTRO ANDRÉS y ZOPPINO MAESTRO ANDRÉS

MAESTRO ANDRÉS

Nada mejor que vestir a Grillo con el hábito de micer Maco, y a éste con el hábito bergamasco<sup>[1]</sup>.

ZOPPINO

En cuanto se siente a la puerta de la señora, yo disfrazado, fingiré tomarle por faquín, y le preguntaré si quiere llevar un muerto al camposanto; tú en esto compares animándole a que lo haga, aparentando desconocerlo.

MAESTRO ANDRÉS

Magnífico.

ZOPPINO

Entretanto, diré yo, cómo se ha publicado un edicto contra micer Maco, al cual anda buscando el barrachel. Haz, pues, salir a los amigos; y a mí, (que me dispongo en un periquete déjame hacer el resto.

## ***Escena XXI***

MAESTRO ANDRÉS, GRILLO (*con el traje del ama*), y MICER MACO (*con el de un faquín*).

MAESTRO ANDRÉS  
Salid ya; ja, ja, ja.

GRILLO  
¿Estoy bien con esta ropa de velludo?

MICER MACO  
¿Qué parezco, maestro?

MAESTRO ANDRÉS  
¡Ja, ja, oh, oh! La carta de navegar no os conociera. Ahora tened juicio, y si veis a alguno, haced que aparezca como si quisierais llevar una caja de la señora; y en no viendo a nadie, entrad en la casa con las cárcolas a cuestras, y quitad las telarañas a vuestra imaginación una vez siquiera.

MICER MACO  
Mil años me parece tardar ya; mil años.

MAESTRO ANDRÉS  
Ea, pronto; síguele tranquilamente, Grillo; y si aquel marrano<sup>[1]</sup> lo encuentra, pasa adelante, porque pareciendo ser tú micer Maco, y éste un faquín, nadie sospechará.

MICER MACO  
Venid junto a mí, no sea cosa que el señor español me desbarrigue y me haga pedacitos; ¡ay de mí! ¡Vedlo allá; tengo miedo; estoy temblando!

MAESTRO ANDRÉS  
No temáis; andad. ¡Oh, qué condenado Zoppino! En el gesto, en el andar, en la manera de llevar la capa y la espada parece un «juro a Dios» al natural.

## ***Escena XXII***

ZOPPINO (*disfrazado*), MICER MACO, MAESTRO ANDRÉS y GRILLO

ZOPPINO  
¿Quieres llevar un muerto al camposanto?

MICER MACO  
¡Como si yo hubiera estado nunca allá!

ZOPPINO

Bien se conoce que el pan está barato cuando vosotros, bribonazos, no queréis molestaros en ganarlo.

MICER MACO

No; yo no quiero molestarme sino con la caja de la señora.

MAESTRO ANDRÉS

Este gentil hombre faquín servirá.

MICER MACO

¿No me reconocéis ya, maestro?

MAESTRO ANDRÉS

Mala sarna te coma; ¿quién eres tú?

MICER MACO

¡Oh, Dios; estoy perdido! Me he desfigurado con esto ropa; Grillo, ¿no soy tu amo?

GRILLO

Al cuerpo que *non riniego de tal, pesas Dios, que ti quiero matar.*

ZOPPINO

Dejadme a este asno, que he de hacérselo llevar, aunque reviente. Ha salido un edicto diciendo que quien supiera de un tal micer Maco, senes venido a Roma por espía, sin la cédula, debe presentarlo al gobernador bajo pena de la vida; según parece, quieren castrarlo.

GRILLO

¡Ay de mí!

MAESTRO ANDRÉS

No temáis, que pondremos vuestra ropa a este faquín, y, tomándole el barrachel por micer Maco, le cogerá y castrará en vuestro lugar.

MICER MACO

Yo soy faquín; soy faquín y no micer Maco; socorro, socorro.

ZOPPINO

¡Cogedlo; páralo al espía, al fullero! ¡ja, ja! Corred tras él. Grillo, no vaya a matarse, o resulte luego que es pariente suyo algún banquero y tengamos que sentir. Ya me parece verle, como un mochuelo espantado en medio de los Bancos<sup>[1]</sup>, rodeado de un círculo de gente maleante, holgándose de la burla.



# ACTO TERCERO

## *Escena primera*

PARABOLANO y VALERIO

PARABOLANO

¿Qué me importa que bromeando con Cappa, hablara mal de mí el Rojo?

VALERIO

Aunque por alabarle no he de medrar, ni rebajándole he de perder nada, ciertamente, no puede presentarse al Rojo como modelo en el cual brille la virtud en todo su esplendor.

PARABOLANO

Yo encarezco y estimo al que es esplendor de mi salud, y no al solícito arreglador de mi cama ni al que con diligencia cuida de limpiar mis vestidos o se me presenta como maestro de gentil crianza, ni al que venga a contarme las quejas que contra mí tiene mi servidumbre, ni al que está todo santo día rompiéndome las oraciones con músicas y poesías, invitándome y exhortándome siempre a hacer esto y aquello. ¿Entiendes?

VALERIO

Por lo que a mí hace, siempre he tratado de ser buen servidor y amante de vuestra honra; y tengo en más ser reprendido por tales motivos, que alabado por haber puesto ante vos, cosa indigna de vuestro grado y del mío. Pero es achaque de todos los señores, no querer dar oídos a la verdad ni a cosa buena.

PARABOLANO

¡Calla; calla, te digo!

VALERIO

Soy hombre sincero y digo las cosas como son.

PARABOLANO

Ven, entra y cálmate.

## *Escena II*

EL ROJO y ALVIGIA

ROJO  
Tú te las compondrás.

ALVIGIA  
¿Piensas que es esta la primera?

ROJO  
No tal.

ALVIGIA  
Entonces, déjame a mí trazar el plan.

ROJO  
Ahí tienes al amo; fíjate con qué áspero rostro mira al cielo, cruza los brazos, muérdese el dedo y se rasca la cabeza; cualquiera creyera que está blasfemando de todo corazón.

ALVIGIA  
Señales son esas de enamorado.

ROJO  
¡Oh, qué sandios se me antojan esta gente enamoradiza, que a todas horas están murmurando de las princesas! Y yo, para mí tengo, que debe costar gran trabajo obtener favores de una señora de distinción, acabando, los que se alaban de haber hecho tanto y más cuanto con esta o la otra señora, por enredarse con, cualquier mujerzuela.

ALVIGIA  
Ciertamente cuesta su trabajo; y no porque dejen de ser todas del mismo pelaje, y no les guste a todas lo mismo; pero unas se detienen por miedo, otras por vergüenza, quién por verse guardada y quién por cortedad, no consiguiendo su amor sino cualquier administrador o criado de la casa, sólo por la comodidad.

ROJO  
Y aun los pedantes van logrando alguna; que no bastándoles hijos, hermanos y criadas, de vez en cuando la cargan a los maridos de sus amas.

ALVIGIA  
Ja, ja. Nos ha visto el señor.

### ***Escena III***

PARABOLANO, el ROJO y ALVIGIA

PARABOLANO

Bienvenida sea la pareja.

ROJO

Esta, señor, quiere poner el cielo en las manos.

PARABOLANO

¿Sois vos la nodriza de mi ángel?

ALVIGIA

Servidora vuestra, y la que ha criado a aquella de quien sois vida, alma, corazón y esperanza. Aunque el mucho amor que la tengo ha de dar conmigo en el infierno.

PARABOLANO

¿Por qué, reverenda madre mía?

ALVIGIA

Porque el honor es el mayor tesoro del mundo; pero quiero viva a mi ama e hijita Livia. A su buena fortuna (la llamaré así) le ha placido mandarme a vuestra señoría para rogarle consienta en ser amado por ella. ¿Quién no ha de enamorarse de señor tan gentil?

PARABOLANO

Quiero escucharos de rodillas.

ALVIGIA

¡Oh! es demasiado, señor.

PARABOLANO

Hago lo que debo.

ROJO

Levantaos presto, que no son de este lugar vuestras napolitanerías.

PARABOLANO

Decid, pues, madre honorable.

ALVIGIA

Mucha vergüenza me da hablar a tan gran Maestro, vestida con esta basquiña tan pobre.

PARABOLANO

Sírvaos este collar para renovarla.

ROJO

¿No te dije que tenía traza de dar cien escudos, como la tiene un abogado de robar mil? (Y degollaría a una chinche, para chuparle la sangre).

ALVIGIA

Bien lo demuestra su cara.

ROJO

Al año nos da vestidos en abundancia. (¡Oh, si al menos nos pagara el salario!).

ALVIGIA

¡Hola! ¡qué señor!...

ROJO

Siempre es Carnaval en su tinelo. (Y perecemos de hambre en él).

ALVIGIA

Así se oye por doquier.

ROJO

Nos trata como a compañeros. (¡Tuviera él tantas horas de vida como complacencias con nosotros!).

ALVIGIA

Condición de gran Maestro.

ROJO

Si fuera preciso, hasta al Papa recurriría en obsequio al más insignificante de sus criados. (Aunque nos viera con la soga al cuello, no se dignara salir por nosotros).

ALVIGIA

No, no habéis de jurármelo.

ROJO

Nos quiere con amor de padre. (Antes nos desea a todos la muerte).

ALVIGIA

Lo creo.

PARABOLANO

El Rojo conoce mi natural.

ROJO

Y os lo alabo; bien podéis decir, mi señora Alvigia, que vuestra hijita, al prendarse de él, ha dicho el *Pater noster* de San Julián, y no vayáis a creer se dignara amar a otra que ella no fuera; medio Roma anda tras él.

ALVIGIA

¿Y no quiere consentir, eh?

ROJO

En modo alguno, madre.

PARABOLANO

No hables de eso; que doy fervientes gracias a la benigna fortuna por tener el amor de Livia.

ROJO

Podéis estar orgulloso.

PARABOLANO

Decidme, cara señora, ¿con qué gesto habla de mí?

ALVIGIA

Con gesto imperial.

PARABOLANO

¿Con qué actos?

ALVIGIA

Con actos que harían perder la virtud a un ermitaño.

PARABOLANO

¿Qué promesas me hace?

ALVIGIA

Amplias y magníficas.

PARABOLANO

¿No creéis que finja?

ALVIGIA

¿Fingir ella?

PARABOLANO

¿Ama a otro?

ALVIGIA

¿Amar a otro, decís? Padece por vos cuita tan grande, que si no cura, si no cura de ella...

PARABOLANO

Nunca consentiré sufrir por mí.

ALVIGIA  
Dios lo quiera.

PARABOLANO  
¿Qué está haciendo ahora?

ROJO  
(Mea).

ALVIGIA  
Maldice el día, por lo mucho que tarda en acabarse.

PARABOLANO  
¿Qué le importa sea corto o largo el día?

ROJO  
Impórtale, porque quiere reunirse esta noche con vos, para salir de afanes o morir.

PARABOLANO  
¿Es verdad lo que dice el Rojo?

ALVIGIA  
Así es. Y desea la muerte, caso de que vuestra señoría le niegue tal gracia. Entrad, acabaré de explicaros el negocio; espéranos aquí, Rojo; pronto somos contigo.

PARABOLANO  
No, no lo haré. Entrad vos primero, madre mía.

ALVIGIA  
¡Ay, mi señor! no os burléis de mí, haciéndome tanto honor; entre vuestra señoría.

ROJO  
Contentad al amo, señora vieja.

ALVIGIA  
Como quieras.

#### ***Escena IV***

MICER MACO (*vestido de faquín*) y el ROJO

MICER MACO  
¿Qué me aconsejáis que haga?

ROJO

Anda que te ahorquen, faquín gandul.

MICER MACO

Ya voy respirando.

ROJO

Si reventaras

MICER MACO

El barrachel me persigue injustamente. /

ROJO

Lástima no sea el verdugo quien lo haga, en vez del barrachel.

MICER MACO

¿Conocéis al señor Rapolano?

ROJO

¿Qué Rapolano?

MICER MACO

El señor que me mandó las lampreas; vos no me reconocéis ya.

ROJO

¿Sois vos micer Maco?

MICER MACO

Sí, señora; digo, sí, señor.

ROJO

¿Qué significa venir corriendo, vestido tan indignamente?

MICER MACO

Llevábame, disfrazado, a las putas, el Maestro Andrés.

ROJO

Llevábame y traíame... todos los cerebros seneses tienen, como los de los clérigos y frailes, la misma miga.

### *Escena V*

PARABOLANO, el ROJO, MICER MACO y ALVIGIA

PARABOLANO  
¿Qué dices, Rojo?

ROJO  
Digo, que aquí tenéis a vuestro señor senes, recién salido de manos de ese tunante de Maestro Andrés, en la forma que veis.

PARABOLANO  
¡Cuerpo de Dios!... me las ha de pagar.

MICER MACO  
No le hagáis daño, que el barrachel es un traidor.

PARABOLANO  
Rojo, haz compañía a mi madre. Venid conmigo, micer Maco.

MICER MACO  
Señor Rapolano, me encomiendo a vuestra señoría.

### *Escena VI*

ROJO y ALVIGIA

ROJO  
Y bien...

ALVIGIA  
Valiente fanfarrón...

ROJO  
Ja, ja, ja.

ALVIGIA  
¿Sabes de qué me maravillo?

ROJO  
No.

ALVIGIA  
De que siendo él quien se perece por esa Livia, crea tan cándidamente que ella, que nunca le ha visto, como quien dice, esté a dos dedos de morir por él.

ROJO  
No debe sorprenderte eso, porque un señor como éste, antiguo camarero de diez

canes, desvanecido ahora con tanta grandeza, cree cosa muy natural que todo el mundo le adore; y aun si fuera posible leer en su interior, tal vez halláramos que se reproche a sí mismo haber puesto amor en Livia, dando como lógico que ella vaya tras él, según le damos a entender.

ALVIGIA

Pobrecillo búho. Y ahora, para que sepas, he de decirte cómo, de hoy más, quiero hacer por mi ánima; pues en efecto, soy de las que pueden dejar el mundo en buen hora, tantas voluntades se me han logrado en él. Ni Lorencina, ni Beatricica, ni Angioletta de Nápoles, ni Beatriz, ni Madrema nonvuole, ni la célebre Imperia, hubieran servido para descalzarme en mi tiempo. Las modas más caras, casas bonitas, el matar toros, montar a caballo, las cebellinas con cabeza de oro, papagayos, monos, las camareras y criadas por docenas, eran para mí cosa corriente, y recibía señores, monseñores y embajadores a porrillo, ja, ja.

Me río, recordando que una vez saqué a un obispo la mitra misma, y se la puse en la cabeza a una criada mía, burlándonos las dos del pobre hombre. Cierta mercader de arcas, se dejó en mi casa hasta sus cajas, de donde vino que en ella, por algún tiempo, todo se condimentara con azúcar.

Vime afligida después por una enfermedad, que nunca se supo qué fuera, *tamen* la trataron como mal francés, envejeciéndome a fuerza de tantas medicinas como me hicieron tomar.

Entonces comencé a tener cuartos para alquilar, vendiendo primero anillos, vestidos y todas las demás cosas de la juventud, y luego me reduje a lavar camisas bordadas.

Por fin dime a aconsejar a las jóvenes, no fueran tan tontas que dejaran a la vejez marchitar la carne... ya me entiendes.

Pero ¿qué te iba yo a decir?

ROJO

Ibas sin duda a decirme que yo, por mi parte<sup>^</sup> he sido lego, criado de taberna, judío; que he estado en la gabela, siendo luego mulero, compañero del barrachel, forzado en las galeras, y por cosas de amor, molinero, correo y alcahuete; charlatán, pícaro, criado de estudiantes, servidor de cortesanos; y soy griego: mi parte en el collar, hermana, que por ahí andaba tu plática; no te hagas la inocente.

ALVIGIA

Mi discurso era sin malicia, y quería decirte que llevo ya algunos años a cuestras y nunca tomé a cargo empresa como la presente.

ROJO

Y a pesar de ello, me estas tanto más obligada, cuanto que pienso será la última.

ALVIGIA

¿Por qué la última? ¿Me matarán acaso?

ROJO

Lo digo porque ya apenas se gastan mujeres en la corte; pues no siendo en ella licito tomar mujer, tómase marido; de este modo, unos y otros ven satisfecho su gusto, y no se infringe la ley escrita.

ALVIGIA

Harta desfachatez reina en esta tu corte; y para convencerte, no tienes sino fijarte en que lleva la mitra y no se avergüenza de ello.

ROJO

Deja ir las cosas por donde van; ¿cómo te las componer con mi amo?

ALVIGIA

Van a faltarme expedientes; en verdad que me crees bien simple.

ROJO

Indícame uno.

ALVIGIA

La mujer de Arcolano, el panadero, es una buena hembra, y la tengo siempre a mi disposición. Ordenaré que venga a casa, y les pondremos a los dos en un mismo cuarto, a obscuras.

ROJO

Muy bien.

ALVIGIA

Cuántas damas hay, que pareciendo divinas, gracias a las ropas recamadas y al afeite, son en puridad unos pellejos. Tiene la Toña (mujer del panadero antedicho) tan blancas las carnes, tan firmes, frescas y limpias, que una Reina se honraría con ellas.

ROJO

Y aunque la Toña fuera sucia y no valiera un ardite, había de parecerle un ángel al amo. Porque los señores no tienen más gusto que un muerto; beben los peores vinos; y comen por manjares exquisitos los más infames alimentos que puedan hallarse.

ALVIGIA

Estamos de acuerdo; he aquí mi choza; vuelve al señor y tráeme su resolución, la hora de su llegada y el collar; partiremos como buenos compañeros.

ROJO

Sí, sí; ea, me voy.

## *Escena VII*

VALERIO y FLAMINIO

VALERIO

Extraña obcecación la que te posee de una hora a esta parte; espera sirviendo; que el fruto de la esperanza del cortesano madura cuando menos se piensa.

FLAMINIO

¿Cómo, no teniendo aún flores, puede madurar sus frutos mi esperanza? Vime hace poco en el espejo, blanca ya la barba, y viniéronme las lágrimas a los ojos, compadecido de mí mismo al considerar que no tengo de qué vivir. ¡Ay, mísero de mí! Cuántos bribones, cuántos criados, cuántos ignorantes y glotones conozco ricos, y en cambio yo me veo mendigo.

Deliberado tengo ir a morir fuera de aquí; mas duéleme en el alma haber venido joven y salir viejo: vestido vine, y me voy desnudo; llegué contento, y parto desesperado.

VALERIO

¿Qué conseguirás yéndote? ¿Quieres perder de un golpe todo el tiempo que con tanta fe y solicitud has servido?

FLAMINIO

Eso es lo que me apena.

VALERIO

El amo te quiere; preséntense ocasiones y verás como te tiene presente.

FLAMINIO

¿Que me tendrá presente, dices? Si el Tíber fuera de leche, no me dejara mojar en él un dedo.

VALERIO

Eso es hablar por hablar. Pero, dime, ¿adónde vas a ir? ¿A qué tierra? ¿A qué señor?

FLAMINIO

Grande es el mundo.

VALERIO

Era grande; en nuestros días se ha reducido tanto, que no hay lugar en él donde los virtuosos podamos guarecernos. No niego que nuestra corte sea mala; pero al fin, en ella podemos ir tirando; aquí por mal que dé, se vive.

FLAMINIO

Aunque así sea quiero irme.

VALERIO

Piénsalo bien, y reflexiona que ya no estamos en aquellos tiempos que solían correr de parte a parte de Italia; todas las provincias contaban entonces con puertos de refugio para hombres de corte. En Nápoles, el rey; los barones en Roma, como hoy están los Médicis en Florencia; en Siena, los Petrucci; en Bolonia, los Bentivoglios; y en Módena, los Rangoni, especialmente el conde Guido, que animaba con su cortesía a todo hombre de espíritu a deleitarse en su mucha gentileza, y a donde él faltaba, suplía la magnánima señora Argentina, único rayo de pudicicia en este perverso siglo.

FLAMINIO

Bien la conozco, y aparte su noble virtud, la adoro por la suma afección que tiene puesta en el rey Francisco, a quien pronto espero ver rodeado de la felicidad que a sus méritos auguran señora tan cumplida, y todo el mundo.

VALERIO

Volvamos a nuestro asunto. ¿A dónde irás? ¿A Ferrara? ¿Qué vas a hacer allí? ¿A Mantua? ¿Qué te propones decir? ¿A Milán? ¿Para qué? Sigue el consejo de quien bien te quiere; quédate en Roma, pues con sólo el ejemplo que a nuestra corte da la liberalidad de Hipólito de Médicis, refugio de multitud de virtuosos, es de necesidad que vuelvan los buenos tiempos antiguos.

FLAMINIO

Tal vez me vaya a Venecia, donde he estado ya» y enriqueceré mi pobreza con su libertad, porque al menos allí no está en las manos del primer favorito o favorita el matar a cualquier pobrete; únicamente en Venecia tiene en equilibrio su balanza la justicia; allí el solo temor a la caída de otro, no te induce a adorar a quien el día anterior tenías por un miserable; y el que de su mérito dude, mire de qué manera Dios la exalta. Verdaderamente, Venecia es la ciudad santa, el paraíso terrenal. La dulce comodidad de aquellas góndolas es deleitoso recreo para los ratos de ocio. No se hable allí de cabalgar. ¿Para qué? Cabalgar, es azote de calzas, desesperación de criados y quebradero de cuerpos.

VALERIO

Dices bien, y además la vida está allí más asegurada y en potencia de ser más larga que en ninguna otra parte; pero hallo que los días se hacen pesados é interminables.

FLAMINIO

¿Por qué?

VALERIO

Por faltar la conversación de virtuosos.

FLAMINIO

Estás mal enterado. Los virtuosos y la gentileza de espíritu residen sin duda en Venecia, como la villanía y la envidia en Roma. ¿Dónde se halla otro reverendo Fray Francisco Giorgi, hechura de todas las ciencias? Bendita la corte, si Dios inspira a quien puede, para que se le conceda el grado que a sus méritos corresponde. ¿Y qué te parece del venerable padre Damián que hasta los mármoles del coro quiebra predicando, y es verdadero intérprete de la Sagrada Escritura? ¡No oíste hablar ayer de Gaspar Contanno, sol y vida de la Filosofía, de los estudios griegos y latinos, y espejo de la bondad y de las costumbres?

VALERIO

Conocí a su magnificencia en Bolonia, como embajador cerca del César. La reverencia de los dos padres oí mentar, y he visto aquí en Roma a Giorgi.

FLAMINIO

¿Y quién no debiera hacer el viaje A posta para ver al digno Juan Bautista Memo, redentor de las ciencias matemáticas y sabio sin par?

VALERIO

Lo conozco de fama.

FLAMINIO

También por ella conoces a Bevazzano, lumbrera entre los doctos de Roma, y sé asimismo que has oído sonar el nombre del ilustre Capello. ¿Pero dónde nos dejamos al gran Trifón Gabrielli, cuyo juicio enseña a la naturaleza y al arte? Y entiendo que están entre los demás espíritus cultivados, Girolamo Quirini, todo sentido, y todo gracia, que al mundo causa asombro en el imitar al divino M. Vicenzio, tío suyo, el cual honró la patria en vida, y a Roma después de muerto; y Girolamo Molino favorito de las musas. ¿Quién no ha de solazarse oyendo las placenteras invenciones de Lorenzo Viniero? ¡Qué gentil conversación no tiene Luis Quirini, el cual, tras los honores habidos en las armas, se ha adornado con los de las leyes! Y me han dicho nuestro Eurialo de Ascoli (antes Apolo), y Pero, como está en Venecia Francisco Salamone, que al mismo Orfeo causa envidia cantando con la lira.

VALERIO

Lo he oído decir.

FLAMINIO

El bueno de Molza dícame también que están allí dos jóvenes milagrosos, Luis Priuli y Marco Antonio Soranzo, sin pares en el súpum de lo que se puede, no ya

saber, sino desear saber. ¿Y quién iguala en cortesanía, virtud y juicio a monseñor Valerio, cumplido gentilhomme, y a monseñor Brevio?

VALERIO

Bien conocidos son en Roma.

FLAMINIO

Por lo tanto, en Venecia existen las prácticas virtuosas y gentiles pasatiempos; pásmase la gente oyendo al eximio Andrés Navagiero, cuyas huellas sigue el buen Bernardo; y habíaseme olvidado Maffio León, otro Demóstenes, otro Cicerón, aparte de otros mil nobles ingenios que ilustran nuestro siglo, como lo ilustra hoy Egnazio, único sostén de la latina elocuencia, honrándolo como a tal la historia. No hallarás en Roma un micer Juan de Legge, caballero y conde de Santa Croce, quien, con sabia liberalidad, demostró en Bolonia la generosidad espléndida de su ánimo.

VALERIO

Esto es; que descontada la Academia de los Mediéis estamos conversando aquí con un rebaño de hambrientos y difamadores.

FLAMINIO

Harto más hay de lo que te indico; y para acabar de ilustrar esto, te diré que, según el gentil Firenzuola, un Francisco Bereltai es más valiente en la improvisación que este nuestro aturrido Pasquino en las cosas pensadas. Pero dejemos a un lado a filósofos y poetas. ¿Dónde mora la paz sino en Venecia? ¿Dónde existe el amor sino en Venecia? ¿Dónde la abundancia, dónde sino allí la caridad? Y que la verdad sea dicha, aquel reverso de clérigos al uso, aquel espejo de santidad, aquel padre de la humildad, ejemplo de buenos religiosos, el obispo de Chieti digo, se ha recluido con los suyos para salud de su alma en Veaecia, despreciando con su odio a Roma este nuestro cochino vivir. Una vez estuve allá por Carnavales, y quedé pasmado con el triunfo de las compañías de la calza y con las estupendas fiestas que hicieron los magnánimos *Reales*, los graciosos *Floridos* y los honrados *Cortesés*; y al ver tantos padres de la patria, tantos ilustres senadores, tantos egregios procuradores, tantos doctores y caballeros, tanta nobleza, tanta juventud y riqueza, pensé salir de mí. Un escrito he visto al Cristianísimo, donde dice que, subiendo con la duquesa de Ferrara el por extremo serenísimo príncipe Andrés Gritti con su omnipotente señoría sobre el Bucentauro<sup>[1]</sup> por honrar la sangre real de Francia, faltó poco para que éste se sumergiera; tan excesivamente lo sobrecargó su prudencia y buen sentido. Cuyas proezas continuadas por las armas prudentísimas de su capitán general F. M. duque de Urbino, vivirán eternamente en los escritos del divinísimo monseñor Bembo. Y no vayas a creer que los señores delegados por sus príncipes cerca del óptimo y justo Senado veneciano, sean menos afables y menos cortesés que estos que son acá oradores de su beatitud. Allí está el reverendísimo Nuncio monseñor Alejandro, en

cuya doctrina y religión debieran mirarse los otros prelados para buena reputación del clero.

¿Mas dónde dejó a don Lopes, erario de los secretos y de los negocios del felicísimo César Carlos V, sostén de la cristiana fe?

VALERIO

¿Hablas de don Lopes Soria, en cuya cortés bondad se fundan las esperanzas de Pedro Aretino?

FLAMINIO

Del nuevo Ulises hablo.

VALERIO

Inclinóme al sonido de su nombre, como merece, por ser decidido protector de toda virtud.

FLAMINIO

Habla con el digno y fiel Giangioacchino y con todos los brillantes espíritus que llegan a aquella tierra y oirás el mérito del doctísimo Monseñor de Selva, Obispo de Lavaur, en cuyas costumbres y porte, bien se conoce, es hechura del gran rey Francisco<sup>^</sup> y figurando allí como orador suyo pasma a todos con su prudencia y modestia. Mira después la casta gravedad y gentil crianza del Protonotario, Cásale, ejemplo de verdadera liberalidad, para cuyos méritos con respecto a su rey, sería poco media Inglaterra. Por Dios, Valerio, que el hombre que allí tiene la excelencia del duque de Urbino haciendo sus veces, apto para regir con su saber las cosas de dos mundos, es verdaderamente digno de la gracia de su señor. ¿Qué alta personalidad no es también allí Vesconte para la hacienda de su duque de Milán? Acerca de la bondad de Benedetto Agnello por el gran duque de Mantua, huelga cuanto se diga. Y entre los óptimos, está Juan Jacobo Tebaldo que hace buena a Ferrara con sus bondades; ¡oh, qué dulce viejo! ¡Oh, qué fiel persona! Es primo, según entiendo, de nuestro micer Antonio Tebaldeo, quien, como dice el señor, único espíritu de las Musas, asombrará al universo con sus escritos como Pollio Aretino con sus triunfos sagrados que dará presto al mundo.

VALERIO

Me convences, y mudo de opinión.

FLAMINIO

He omitido la caterva de pintores y escultores que con el buen micer Simón Blanco están allí y la que se ha llevado consigo el singular Luis Caorlini, a Constantinopla, de donde ha vuelto ahora el espléndido Marco de Nicoló, en cuyo ánimo hay tanta magnificencia como en el del rey, y por eso la alteza del afortunado señor Luis Gritte le ha colocado en el seno de su favor y gracia; y —revienten los

plebeyos y los malignos— allí está el glorioso, admirable y gran Tiziano, cuyo colorido respira como las mismas carnes, de las cuales tiene el pulso y la frescura. El estupendo Miguel Ángel, alabó con asombro el retrato del duque de Ferrara, que el emperador quiso tener siempre consigo. Ve también a Pordonone cuyas obras hacen dudar si la naturaleza da relieve al arte o éste se lo comunica a la naturaleza.

No niego que Marco Antonio fuese único en el buril, mas Juan Jacobo Corallo Veronés, su discípulo, aventájale como lo atestiguan sus esculturas en bronce. Sé de cierto, que el famoso Mateo del Nasar, muy querido del rey de Francia y de Juan de Castel, bolones valentísimo, tiene por prodigio las obras en cristal, en piedra y en acero, de Luis Anichini, que prefiere estar en Venecia.

Por ahí andan también el muy virtuoso y florido ingenio Forliveso Francisco Marcolini y el buen Serlio, arquitecto boloñés y M. Francisco Alunno, divino inventor de los caracteres de cuantas lenguas se hablan en el mundo. ¿Qué más? El digno Jacobo Sansovino ha cambiado Roma por Venecia, y muy acertadamente, pues según dice el grande Adriano, padre de la música, es el Arca de Noé.

VALERIO

No lo dudo; y escucha a tu vez lo que voy a decirte.

FLAMINIO

Habla.

VALERIO

Digo, pasando de coles a rábanos, que el no tener tú nada reconoce por causa el poco respeto que siempre has demostrado a la corte. Poner siempre defectos a cuanto piensa y hace, ha debido de perjudicarte y te perjudicará sin duda.

FLAMINIO

Prefiero pasar malos ratos por haber dicho la verdad, a que me luzca el decir mentiras.

VALERIO

El decir la verdad, es precisamente lo desagradable, y no tienen otra cosa ante sus ojos los señores, que tu excesiva franqueza. De los grandes hay que decir que el mal que hagan bien hecho está, siendo tan peligroso y nocivo denigrar sus personas, como seguro y útil alabarles. A ellos les es lícito hacer cuantas cosas quieran, y en cambio a nosotros no lo es el decirlas; a Dios toca corregir sus maldades, que no a nosotros.

Ponte la mano en el pecho y hablemos sin pasión. ¿Te parece haber obrado bien, poniendo en solfa a la corte como lo has hecho?

FLAMINIO

¿Qué he dicho yo de ella?

VALERIO

Te has desatado en contra suya, por herética, falsaria, traidora, descarada y deshonesto, y ha llegado a ser comidilla de la gente del pueblo, gracias a tus habladurías.

FLAMINIO

No; a sus merecimientos.

VALERIO

Quita allá, hombre; y menos mal si a eso te hubieras reducido, pues ya habló de ello Pasquino, y seguirá hablando. Mas después te metiste en el temporal de irregularidades, opiniones y privilegios, y no parece sino que has hecho tú los duques con los pies, de tal manera, que hablando en puridad debiera darte vergüenza decir las cosas que dices.

FLAMINIO

¿Por qué he de avergonzarme diciendo lo que la corte no se avergüenza de hacer?

VALERIO

Porque los señores son los señores.

FLAMINIO

Si los señores son los señores, y los hombres son los hombres, no me explico que encuentren los primeros un placer en ver morir de hambre a quien les sirve, ni que disfruten viendo sufrir a un virtuoso. Y para mayor afrenta, ora acometen a este muchacho, ora a aquel rufián o a aquel cornudo; ¿qué quieres? tengo una satisfacción en propalar su canallería. Callara con gusto si tan sólo dos de ellos imitaran la bondad y liberalidad del rey de Francia. Mas no hay temor a que calle nunca.

VALERIO

Por qué?

FLAMINIO

Porque primero he de ver honesta y discreta la corte, que vea en ella dos tales; y para abrirte enteramente mi pecho, como habituado después de tantos y tantos años a servir, no puedo resolverme a hacer otra cosa, me voy a la corte de su majestad. Porque aunque no hallara otra distracción que la de ver tantos señores capitanes y virtuosos, viviría alegre, porque aquella pompa, aquella alegría y libertad consuelan a cualquiera, así como habían de desesperarle la miseria, estrechez, servilismo de esta corte, y entiendo que la grata bondad del cristianísimo es tanta y tal, que hace que todos le adoren, como la chocante grosería de cualquier otro señor obliga a todos a odiarle.

VALERIO

Hay que conceder que tienes razón; hay un solo rey de Francia en el mundo,

siendo tan excelsa su gracia, que hasta aquellos que nunca le vieron le llaman, celebran, admiran y adoran.

FLAMINIO

No veo ya el momento de salir de aquí para ir a servirle; y sábelo de una vez; tengo cartas de monseñor de Baif, vaso de las buenas letras, embajador suyo en Venecia, en las cuales me da seguridades de ser bien recibido cerca de su majestad; que si así no fuese, iría a Constantinopla para servir al señor Alvigi Gritti, en quien se ha refugiado toda la cortesía huida de plebeyos señores que no tienen de príncipes más que el nombre; hacia él se fuera

Pedro Aretino, si el rey Francisco no le hubiese retenido con áureas cadenas, y sí las copas de oro y las pensiones del magnánimo Antonio de Leva no le enriquecieran.

He oído In del rey, así como el regalo que le ha hecho el señor Antonio, cuya persona es carro de todos los triunfos del César, Pero puesto que estás dispuesto a marchar, espera la partida de Su Santidad para Marsella.

FLAMINIO

Esperaré sentado, entonces.

VALERIO

Qué, ¿no crees tú que vaya?

FLAMINIO

En Cristo creo.

VALERIO

¡Qué cabeza tan dura! Cuando todos se disponen para la partida, tú te ríes de ella.

FLAMINIO

Si el Papa va, comenzaré a creer que el mundo está próximo a su fin, o que vuelve hombre de bien.

VALERIO

¿Por qué dudas?

FLAMINIO

Porque si eso fuera así, sentaba desde ahora y para lo sucesivo mis reales en esta corte, y tendríame por dichoso. Si N. S. se une con el rey, de una vez acabaremos de ser piojosos, aunque ya me parece ver a los nuestros, si vamos a Marsella bajo el mismo pie con que a Bolonia fuimos, sirviendo de solaz y entretenimiento a los cortesanos franceses, que usan tanta grandeza en el vestir y comer como nosotros miseria; y a no ser que la pompa del Cardenal de Médicis la encubra, pareceremos una turba de mercaderes quebrados.

VALERIO

Calla, que sale el amo. Vayamos donde sabes, y allí te contestaré acerca de esta partida de la corte, que tanto honor merece.

### *Escena VIII*

PARABOLANO y el ROJO

PARABOLANO

Te he visto entrar por la puerta del jardín, ¿Qué dice mi señora Alvigia?

ROJO

Está encantada de vuestra buena crianza, liberalidad y gracia; quiéneos poner en los brazos otra bien distinta. V. S. no ha hecho cortesía a persona ingrata.

PARABOLANO

Nada significa eso en comparación con la que pienso hacerle.

ROJO

A las siete y cuarto estará en su casa vuestra amiga. Pero es tanta su vergüenza, que ha pedido como gracia encontrarse con vos en la obscuridad; no debéis curaros de ello, pues presto vendrá el dejarse ver a la luz.

PARABOLANO

Evita sin duda ser vista por mí, considerándome indigno de mirarla.

ROJO

Nada de eso. Todas las mujeres hacen melindres al principio, hasta que orillada su tímida vergüenza vendrían a satisfacer sus deseos en plena plaza de San Pedro.

PARABOLANO

¿Crees tú que lo haga por timidez?

ROJO

Seguramente. ¿Pues qué pensáis vos?

PARABOLANO

Que es dulce cosa amar y ser amado.

ROJO

Dulce cosa es la taberna, dice Cappa.

PARABOLANO

Dulce será sin duda Livia.

ROJO

Fantasías vuestras; de mí sé decir que hago mayor aprecio de un jarro de Greco<sup>[1]</sup> que de Angela Greca.

PARABOLANO

Si tú probaras la ambrosía que destilan las amorosas bocas, pareciéranle amargos los vinos en su comparación.

ROJO

Decidme, si os parece, que soy virgen; he probado ya mi parte y no encuentro la superior delicia que vos halláis.

PARABOLANO

Bien diferentemente saben las señoras.

ROJO

Cierto, porque no mean como las otras.

PARABOLANO

Es una tontería hablar de ello.

ROJO

Y otra mayor responder. Esperad; aquí quiero veros. ¿No soléis decir que la dulzura destilada por lenguas que saben decir bien, supera a la de la uva, a la de los higos y malvasía?

PARABOLANO

Sí, bajo cierto aspecto.

ROJO

¡Oh! ¡Cómo me atormenta la imaginación el recuerdo de aquellos sonetillos de Pasquino!

PARABOLANO

Ignoraba que gustaras de la poesía.

ROJO

¿Cómo no? Sabed que si estudiase llegaría a ser filósofo o birretero.

PARABOLANO

Ja, ja, ja.

ROJO

Cuando estaba con Antonio Lelio Romano moría por leer las cosas que componía

en elogio de los cardenales, y me sé de memoria multitud de ellos. ¡Oh!, son versos, divinos, y me declaro partidario de Barbieraccio, que dice no sería ningún dasatino leer cada mañana dos de ellos entre la Epístola y el Evangelio.

PARABOLANO

¡Oh, qué gracioso lance!

ROJO

¿Qué os parece aquello que dice: *No tiene el papa León tantos parientes?*

PARABOLANO

Es bonito.

ROJO

¿Y aquello otro: *Después que Constantino hizo el presente por quitarse la lepra de la espalda...?*

PARABOLANO

Muy agudo.

ROJO

*Cocinero es San Pedro, si es que es Papa uno de los tres frailes.*

PARABOLANO

Ja, ja, ja.

ROJO

*Pláceos, señora Iglesia, bella y buena, por esposo legítimo el armiño?*

PARABOLANO

¡Oh, muy bien.

ROJO

*¡Cardenales! Si fuérades nosotros, que nosotros por nada fuéramos vosotros.*

PARABOLANO

Excelente.

ROJO

Veré si logro haber aquellos que se hicieron este año al maestro Pasquino, que deben ser graciosos.

PARABOLANO

A fe mía, Rojo, que eres un hombre galante.

ROJO

¿Quién lo duda?

PARABOLANO

Ea, no perdamos tiempo; pronto, a casa; quiero que vayas al punto con la orden a la vieja.

### *Escena IX*

#### EL MAESTRO ANDRÉS y MICER MACO

MAESTRO ANDRÉS

Os echasteis a correr sin motivo, y por causa vuestra, el señor Parabolano después de haceros acompañar a casa, *in visibilium*, me ha echado una filípica soberana.

MICER MACO

Bromas del señor. Decidme ahora, maestro, ¿por dónde se viene al mundo?

MAESTRO ANDRÉS

Por una boca.

MICER MACO

¿Ancha o estrecha?

MAESTRO ANDRÉS

Ancha como un horno.

MICER MACO

¿Qué se viene a hacer en él?

MAESTRO ANDRÉS

Se viene a vivir

MICER MACO

¿Para qué se vive?

MAESTRO ANDRÉS

Para comer y beber.

MICER MACO

Entonces debo yo de vivir sin duda, pues como lo mismo que un lobo, y bebo como un caballo. Sí, a fe, juro a Dios, beso la mano. ¿Pero qué se hace después de haber vivido?

MAESTRO ANDRÉS

Muere uno en su agujero, como las arañas.

MICER MACO

¿No somos todos hijos de Andare y Andera?

MAESTRO ANDRÉS

Todos de Adán y Eva, macarrón mío, sin sal, sin queso y sin fuego.

MICER MACO

Imagino que será bien hacerme cortesano con los moldes. Lo he sonado esta noche, y además, me lo ha dicho Grillo.

MAESTRO ANDRÉS

Mejor habláis que un cangrejo, que tiene dos bocas. Y para que vuestra señoría entienda, también los morteros, campanas, y hasta las torres, se hacen con molde.

MICER MACO

Creía yo que las torres nacían como han nacido en Siena.

MAESTRO ANDRÉS

Disparatabais de temporal pensándolo.

MICER MACO

¿Saldré bien hecho?

MAESTRO ANDRÉS

Mejor que bien.

MICER MACO

¿Por qué?

MAESTRO ANDRÉS

Porque cuesta menos hacer un hombre que un mortero; pero ya que habéis adoptado tan óptimo expediente, despachemos cuanto antes.

MICER MACO

Id ya, que hoy me pongo en los moldes o reviento.

### ***Escena X***

ALVIGIA (*sola*).

Más que hacer tengo que cuatro recién casados. Uno me pide ungüentos; otro polvos para abortar; quién me da cartas, quién embajadas, quién hechizos, quién esto,

lo otro y lo de más allá. El Rojo debe de andar buscándome; ¿no lo dije yo?

### ***Escena XI***

ROJO y ALVIGIA

ROJO  
¡Qué fortuna encontrarte aquí!

ALVIGIA  
Soy la burra del vecindario.

ROJO  
Deja a un lado cosas sin importancia, y compóntelas de manera que el amo juegue de verga esta noche.

ALVIGIA  
En cuanto haya dicho cien palabras a mi confesor espiritual soy contigo al momento; te hallaré aquí a mi vuelta, ¿no?

ROJO  
Aquí o alrededor del palacio de mi amo; ¿qué fraile es aquel?

ALVIGIA  
El que busco; vete.

### ***Escena XII***

GUARDIÁN DE ARACELI y ALVIGIA

GUARDIÁN  
*Ores et boves universas insuper, et pecora campi.*

ALVIGIA  
Siempre os hallo absorto en vuestras oraciones.

GUARDIÁN  
No me mato, sin embargo, pues no soy de aquellos que se apuran por ir al Paraíso cuanto antes; si no voy hoy iré mañana; es tan grande que todos hemos de caber en él, a Dios gracias.

ALVIGIA

Lo creo; con todo, me hace sospechar no sea así el pensar la mucha gente que ha ido, y la que trata de ir aún; apenas si encuentro sitio en el Coliseo cuando hacen la Pasión, y, sin embargo, no va allá toda la gente que hay en el mundo.

GUARDIÁN

No te maravilles de eso. Porque las ánimas, que son, digámoslo así, como lucecitas, no ocupan lugar.

ALVIGIA

No entiendo.

GUARDIÁN

*Exempli gratia*. Imagina que te hallas en un pequeño aposento bien cerrado, y que dices que el Alifante hizo testamento antes de morir. ¿No sería esta una mentira excomulgada?

ALVIGIA

Sí, padre.

GUARDIÁN

Y sin embargo el aposento no aparece embarazado por ella, ni por otras mil que se dijeran en él del mismo modo, las almas en el Paraíso no ocupan lugar, como *etiam* las luces carecen de cuerpo. En suma; en el Paraíso cabrían dos mundos como el nuestro.

ALVIGIA

Gran cosa es conocer la Escritura. Pues bien, yo, padre mío espiritual, quisiera saber de vuestra paternidad dos cosas: la primera, si mi maestra está en vías de salvación; y la otra, si el Turco viene o no.

GUARDIAN

En cuanto a la primera, tu maestra ha de estar veinticinco días en el purgatorio, *circum circa*, irá luego por cinco o seis días al limbo, y después *dextram patris celi celorum*.

ALVIGIA

Se ha dicho, sin embargo, que no, y que está perdida.

GUARDIÁN

¿No lo sabría yo?

ALVIGIA

¡Ah! ¡Lenguas serpentinadas!

GUARDIÁN

Eh cuanto a la venida del Turco, nada de lo que se dice es cierto, Y aunque viniera, ¿a ti qué te importa?

ALVIGIA

¿Qué me importa, eh? Aquella costumbre suya de empalar a la gente, no me cabe en la cabeza de ningún modo: tratar así a las pobres mujercitas, ¿os parece cosa de broma? Desesperóme al ver que estos nuestros sacerdotes tienen por don precioso ser empalados.

GUARDIÁN

¿Qué lamentas?

ALVIGIA

Que no se haga provisión de ellos cuando grite la gente «ahí está, ahí está»,

GUARDIÁN

Cuentos y patrañas. Ea, ve con Dios; presto voy a tomar la posta con motivo de una práctica que ordeno en Verucchio, para \ne se corte en pedazos la parte del conde Juan María Judío, músico; y por una confesión que revelé, he de hacer que se vea cara a cara con la muerte: ¡la paz sea contigo!

### ***Escena XIII***

ALVIGIA (*sola*).

Dios os acompañe: Estos frailes, son perejil de todas las salsas; con la cabeza baja y el cuello inclinado, parecen santos. ¿Quién por tales no los tomara al ver sus pies desnudos y la cuerda que llevan ceñida? ¿Quién no da fe a sus dulces palabras? Pero tiene que practicar necesariamente virtud, el que quiera salvarse, como mi maestra; cuando bien lo pienso, me alegro de que haya sido quemada. De esta manera podrá servirme allá, de excelente medianera como aquí lo hizo. Veamos ahora; este es el lugar indicado por el Rojo.

### ***Escena XIV***

GRILLO (*solo*).

Necesito encontrar al maestro Mercurio, el mejor compañero y más solemne socarrón de Roma; pues el maestro Andrés ha hecho creer a micer Maco, que era el médico indispensable en el asunto de moldear cortesanos: mas helo aquí, por mi fe.

## *Escena XV*

### MAESTRO MERCURIO y GRILLO

MAESTRO MERCURIO

¿Qué hay?

GRILLO

Graciosos sucesos; ha comparecido un pajarraco-senes, con el propósito de hacerse cardenal, y el maestro Andrés, le hace creer que sois vos el médico más entendido en cuestión de modelos y formas a que ajustarse.

MAESTRO MERCURIO

No digas más; un criado suyo que anda buscando amo por haberse querellado con él, refiriómelo todo no ha mucho.

GRILLO

Ja, ja, ja.

MAESTRO MERCURIO

Le meteremos en una de aquellas calderas grandes para agua; mas he de hacerle tomar primeramente unas cuantas píldoras.

GRILLO

Ja, ja, ja. Pronto, entonces, pues micer Priamo y el maestro Andrés os esperan.



# ACTO CUARTO

## *Escena primera*

EL MAESTRO ANDRÉS, MICER MACO, MAESTRO MERCURIO (*médico*) y  
GRILLO

MAESTRO ANDRÉS

Estamos de acuerdo en el precio, y el señor, con ánimo senes, va a arriesgarse a tomar las píldoras.

MICER MACO

Me dan mucho que pensar; mucho.

MAESTRO MERCURIO

*Pilularum Romanae Curiae sunt dulciora.*

GRILLO

Pocas bromas con los santos.

MICER MACO

¿Por qué dices esto?

GRILLO

¿No oís al médico blasfemar como un jugador.

MICER MACO

Habla técnicamente, bestia. Curaos sólo de mí, señor.

MAESTRO MERCURIO

*Dico vobis, dulciora sunt Curiae Romanoae pilularum.*

MICER MACO

*Nego istam.*

MAESTRO MERCURIO

*Aprogresus herbis, et in verbis sic inquit totiens quotiens aliquo cortigianos diventare volunt pilularum accipere necessitatis est.*

MICER MACO

*Cortigianos* no lo dice el Petrarca.

MAESTRO ANDRÉS

Lo dice en mil lugares.

MICER MACO

Es verdad; en aquel soneto: *É si debile il filo.*

MAESTRO ANDRÉS

Más docto sois que Orlando.

MAESTRO MERCURIO

En conclusión: ¿conoce vuestra señoría los nísperos?

MICER MACO

Sí, señor.

MAESTRO MERCURIO

Los nísperos de Siena son las píldoras de Roma.

MICER MACO

Si las píldoras de Roma son los nísperos de Siena, tomaré de ellas a manta.

GRILLO

Que toda la noche canta.

MICER MACO

¿Qué dices?

GRILLO

Digo que será cosa santa que vaya, si os plací a ver qué hacemos con los moldes.

MICER MACO

Sí, ve y escoge los más cómodos.

GRILLO

Voy allá.

MICER MACO

Oye, y que sean los más hermosos.

GRILLO

Entendido.

MICER MACO

¿Sabes, Grillo? Cuida que nadie se haga cortesano antes que yo.

GRILLO

Así se hará.

MAESTRO ANDRÉS

No te olvides de la balanza, pues cuando lo hayamos formado, será menester

pesarlo y pagar a tanto por libra, según la orden del Armiño.

GRILLO

Nada faltará.

MAESTRO ANDRÉS

No resta ya sino que juréis no olvidarme cuanto os veáis hecho cortesano y cardenal, porque, apenas entrado en la corte, suele el hombre variar de condición; y de docto, sabio y bueno, se convierte en ignorante, malo y tonto; en cuanto siente sobre sí el camelote, mira a todos por encima del hombro, y se hace enemigo mortal de quien le hizo bien, pues le avergüenza confesar que estado en la miseria. Así, que jurad ya.

MICER MACO

Os tocaré bajo la barba.

MAESTRO ANDRÉS

Esos son juegos de chicos; jurad aquí.

MICER MACO

Por la cruz bendita.

MAESTRO

Juramentos de mujeres.

MICER MACO

Por el santo Evangelio; por los Evangelios.

MAESTRO ANDRÉS

Así juran los lugareños.

MICER MACO

A fe de Dios.

MAESTRO ANDRÉS

Palabras de faquines.

MICER MACO

Por mi ánima.

MAESTRO ANDRÉS

Escrúpulos de hipócrita.

MICER MACO

Por el cuerpo... del mundo.

MAESTRO ANDRÉS  
Boberías de los tontos.

MICER MACO  
¿Digo de Dios?

MAESTRO MERCURIO  
Pocas bromas con los santos —dijo hace poco Grillo.

MICER MACO  
Quiero dar gusto al maestro; lo quiero.

MAESTRO ANDRÉS  
¿No os dije que la blasfemia era indispensable al cortesano?

MICER MACO  
Habíalo olvidado.

MAESTRO MERCURIO  
No perdamos tiempo, que los moldes se enfriarán, y la leña en Roma vale un ojo de la cara.

MICER MACO  
Si queréis aguardar un momento, enviaré por una poca a Siena.

MAESTRO ANDRÉS  
¡Ja, ja, ja! ¡Qué tonto pluscuamperfecto!

MICER MACO  
¿Qué decís?

MAESTRO MERCURIO  
Que seréis cortesano pluscuamperfecto.

MICER MACO  
Gracias mil, médico.

GRILLO  
Las píldoras, los moldes y todos nosotros os esperamos.

MICER MACO  
¿Dónde está ahora la luna?

MAESTRO MERCURIO  
En Colocut.

MICER MACO

Conque no se halle en el plenilunio, basta.

MAESTRO MERCURIO

Casi hace un año que salió de él.

MICER MACO

Puedo por tanto tomar los nísperos sin temor a malos influjos.

MAESTRO MERCURIO

Si así os place...

MAESTRO ANDRÉS

Entrad, señor.

MICER MACO

Voy; ya entro.

## *Escena II*

ALVIGIA y el ROJO

ALVIGIA

¿Qué hay, Rojo mal pelo?

ROJO

Ya creí que te habías perdido.

ALVIGIA

Estoy cansada; hablé con mi confesor y por él he sabido cuándo llega nuestra señora del quince de Agosto.

ROJO

¿Qué te importa saberlo?

ALVIGIA

Me importa, porque tengo hecho voto de ayunar su vigilia. Después me hice explicar un suefio, y dispuse se pusieran por encima de todo encomio los milagros de mi maestra. Pasé luego por la calle de la Piamontesa; ha abortado; no lo digas. Después fui a echar una ojeada a la pierna mala de Beatriz; ¡está arreglada la pobre!; luego a pedir en el convento de Arrepentidas una plaza para la Pagnina, dejando de ir a San Juan a visitar la Ordega española que está murada por haber disgustado a don Diego,

ROJO

Tengo oído ese chisme.

ALVIGIA

Hecho todo eso, me bebí un jarro de vino corso en la *Liebre*, de prisa y corriendo, y aquí me tienes.

ROJO

Alvigia, aunque somos, dos, es como si uno solo fuéramos; y en cuanto me prestes de palabra un servicio que quiero de ti... al cuerpo... a la sangre de la intemerata y del bendito y sacrosanto, que me he de entregar a vos, en cuerpo y alma.

ALVIGIA

Si de palabras sólo depende, vuestra es la partida.

ROJO

Palabras y un tantico de otra cosa.

ALVIGIA

Habla, pues, no te dé vergüenza.

ROJO

¿Vergüenza en la corte? ¡Oh!

ALVIGIA

Di lo que sea.

ROJO

El no haberte obsequiado nunca hace pensar en ofrecerte como reg el collar. Acepto y no acepto. Acepto caso de que te s va; en caso contrario no lo quiero.

ROJO

Hablas como una Sibila. ¿Sabes de qué se trata? Yo quiero mal a Valerio. Si él cayera en desgracia con el amo, sería yo lo que se me antojara. ¿Para qué querías tu más entonces?

ALVIGIA

Ya entiendo... a mi con esas... ¡Oh!, descuida; ya tengo manera de perderlo.

ROJO

¿Cómo?

ALVIGIA

Espera que lo piense un poco.

ROJO

Medítalo bien, porque destronado él seré yo *dominus dominantium*.

ALVIGIA

He aquí mi idea.

ROJO

El corazón va a saltárseme del pecho.

ALVIGIA

Ya la tengo.

ROJO

Respiro.

ALVIGIA

Le diré que su Valerio ha revelado a Liello de Rienzo Mazzienzzo, cabeza de Vaca, hermano de Livia, que yo le seduzco la hermana; le diré, además, que no hay hombre tan temible como éste en toda Roma, y hasta pienso que tu amo debe conocerle, por aquello que hizo, cuando quemó la puerta a Madremanonvuole.

ROJO

¡Oh, qué ingenio; qué perspicacia! Es una felonía que no seas tú princesa de Corneto, de Palo, de la Magliana, etc. Aquí está el amo; *in te domine speravi*, Alvigia, que yo no he de quedarme mudo en hacer bueno lo que digas.

### ***Escena III***

PARABOLANO, ALVIGIA y el ROJO

PARABOLANO

¿Qué hace mi diosa?

ALVIGIA

No merecían este pago mis buenos deseos

PARABOLANO

Dios nos asista.

ROJO

Ha sido un acto bien villano.

PARABOLANO

¿Qué es ello?

ALVIGIA

Anda, intérsate, intérsate.

ROJO

Por lo que a mí toca, me importa un comino; pero lo siento por esta pobrecilla.

PARABOLANO

No me tengáis suspenso por más tiempo.

ROJO

Vuestro Valerio...

PARABOLANO

¿Qué ha hecho mi Valerio?

ROJO

Nada.

ALVIGIA

¿Sabéis, señor? Ha ido a decir al hermano de Livia, que el Rojo y yo le seducíamos la hermana.

PARABOLANO

¡Oh, Dios! ¿Qué oigo?

ROJO

Al bravo más fiero de Trastevere, al que ha muerto cuatro docenas de esbirros y cinco o seis barracheles: ayer apaleó a dos de la guardia; lleva armas a despecho del gobernador, y tiene una cuestión pendiente con aquel Rienzo que hizo trocitos con su espadón los rosarios al peregrino; Dios quiera que vuestra señoría salga con bien de este asunto.

PARABOLANO

Lo mato; dejadme, que voy ahora mismo a hundirle este puñal en el corazón; dejadme.

ALVIGIA

Calma, tranquilidad, disimulo; venganza sin enfurecerse.

PARABOLANO

Traidor.

ROJO

Aquietáos, que pueden oíros y habrá mayor escándalo.

PARABOLANO

Asesino.

ALVIGIA

No me comprometáis; os recomiendo, sobre todo, el honor de Livia.

PARABOLANO

Lo recogí del fango, dándole quinientos escudos de entrada.

ROJO

Es una entrada de señor.

PARABOLANO

Decidme, ¿habrá modo aún de lograr a Livia? ¿Calláis?

ROJO

Calla, sin duda, porque le parte el alma no poder serviros.

PARABOLANO

Suplícala tú, Rojo querido; conjúrala: de otro modo yo muero.

ROJO

Hervidme y asadme, señor, si queréis; vuestro esclavo soy; mas no habéis de conseguir que haga fuerza a Alvigia, pues hallo preferible ser asno vivo, que obispo muerto.

ALVIGIA

No os apenéis más, que estoy resuelta a meterme en la hoguera por dar satisfacción a vuestra señoría.

¿Qué puede resultar? Si el hermano me mata, saldré de penas y no me acabarán ya rigores de la miseria; pues si al menos hallara yo qué hilar, seguramente no me muriera de hambre como ahora me ocurre.

PARABOLANO

Comeos este diamante.

ROJO

No, diablo, que son venenosos.

ALVIGIA

¿Qué sabes tú?

ROJO

Me lo ha dicho Mainoldo Montavo, caballero católico, joyero apostólico y tonto diabólico, amo mío que fue. ¡Oh! ¡Buen pez está hecho!

PARABOLANO  
Tomadlo, madre mía.

ALVIGIA  
Gracias sean dadas a vuestra señoría; venid a casa. Espéranos aquí, Rojo.

ROJO  
Esperaré.

### *Escena IV*

EL ROJO (*solo*).

«Quien no es sino asno y se cree ciervo, pierde el amigo y no logra ver el dinero»<sup>[1]</sup>; dice Mescolino de Siena. Te he vuelto ya las tornas, seor tonto; puedes irte a hacer el señor a Tígoli, buey revestido y mal oliente. A todos ha de injuriar y tener por bestias, hablando siempre con altivo tono como si fuera el señor Juan de Médicis. Si alguien le replica, al punto sale con el «no seas asno»; «¡si no fueras tan estúpido! ...». El maestro de ceremonias no hace junto al Papa tantas en la capilla como gestos él con la cabeza cuando habla o escucha; odia a muerte a quien no le quita la gorra, y deja de darle el *sí, señor; no, señor*. Además, se las echa de imperial, como si el Rey de Francia parara mientes en estos belitres. Ruines, que no merecíais almohazar los perros de su majestad. Hablo de nuestro señor Valerio, que ha tratado de perder a Disitte, y ha reñido con su hermano porque no le dio el *reverendo* en los sobrescritos de las cartas. Ya saldrás de esa menguada señoría, por más rico que seas; ¡gandul!

### *Escena V*

ALVIGIA y el ROJO

ALVIGIA  
¿Con quién murmuras?

ROJO  
Conmigo mismo: ¿cómo van nuestros proyectos?

ALVIGIA  
A maravilla; coces, puñadas, peladura de barba el mismo diablo, y peor aún.

ROJO  
¿Qué decía?

ALVIGIA

¿Por qué esto a mí, señor? ¿Qué he hecho yo, mi amo?

ROJO

Y el señor, ¿qué respondía?

ALVIGIA

Demasiado lo sabes, traidor.

ROJO

Ja, ja, ja.

ALVIGIA

¿Qué te parece, merezco ahora el collar?

ROJO

Y el diamante también.

ALVIGIA

Haríasele creer que el cielo es de cebolla; en resumen, que un enamorado vuelve a ser niño desde el primer día que cae en la red. La hora se ha fijado en las siete y cuarto. Necesito darme prisa, pues no tengo tiempo que perder. Con salud quedes.

ROJO

¡Oh qué caza-diablos, encanta-demonios! ¡Cómo sería la maestra cuando la discípula es así!

## *Escena VI*

PARABOLANO y el ROJO

PARABOLANO

De modo que Valerio me gasta esas mañas.

ROJO

Peores aún; pero no me gusta llevar y traer.

PARABOLANO

Nada; a galeras; ya lo tengo decidido.

ROJO

Venenos... y otras cosas.

PARABOLANO

¿Cómo venenos y otras cosas?

ROJO

Venenos que compró... etc.

PARABOLANO

Entonces hay que dar cuenta al barrachel.

ROJO

Rameras, muchachos, juegos...

PARABOLANO

¿Qué te parece?

ROJO

Conoce historias de vuestra parentela y de vuestra tía.

PARABOLANO

¿Esto más?

ROJO

Y dice que le hacéis penar.

PARABOLANO

Tantos servidores, tantos enemigos.

ROJO

Añade que sois ignorante, ingrato y envidioso.

PARABOLANO

Miente como un bellaco. Tomarás a tu cargo el cuidado de todas mis cosas.

ROJO

No me creo con suficiencia bastante para ello; seré fiel; lo demás a nadie se lo envidia. Si ha faltado castigadlo y basta. Alviaja hará lo debido. Mas ¿qué diréis a la señora en la primera entrevista?

PARABOLANO

¿Qué le dirías tú?

ROJO

Hablaría con las manos.

PARABOLANO

Ja, ja, ja.

ROJO

Es una desdicha que no os contemple en plena luz.

PARABOLANO

¿Por qué?

ROJO

Porque a decir verdad, ¿dónde se encuentra otro como vos? ¡Qué ojos, qué cejas atractivas, qué labios, qué dientes y qué aliento! Vuestra señoría tiene una gracia admirable y no digo esto por adularos, juro a Dios; que cuando pasáis por la ralle, las mujeres están por tirarse de las ventanas. ¿Por qué no seré yo mujer?

PARABOLANO

¿Qué harías, si fueses mujer?

ROJO

Echarme sobre vos o morir.

PARABOLANO

Ja, ja, ja.

ROJO

Si vuestra señoría desea montar, la mula debe estar dispuesta.

PARABOLANO

Quiero hacer un poco de ejercicio.

ROJO

No vayáis a fatigaros; que es fuerza recordéis cómo las justas de amor quieren a los hombres fuertes y gallardos.

PARABOLANO

¿Me has creído débil?

ROJO

No; pero querría hallaros de refresco para Livia.

PARABOLANO

Vayamos hasta la calle de la Paz.

ROJO

Como plazca a vuestra señoría.

## *Escena VII*

VALERIO (*solo*).

Una paja me ha hecho tropezar, y por ella puede decirse que me he roto el bautismo. Con palabras y hechos me asaltó mi señor, y no puedo imaginar por qué. Seguramente alguna mala lengua, envidiosa de mi bien, le habrá soplado algo al oído.

¿Es posible que sean los señores tan fáciles en dar crédito a cualquier chisme? Sin tratar de inquirir la verdad, pasan a materia de hechos y a decir lo que les parece, sin respeto, motivo ni consejo, con una ligereza...

¡Qué natural el de ellos, qué vida la de los servidores, y qué costumbres las de la corte!

Los señores en todas sus cosas proceden con arrebato; los servidores tienen siempre su destino pendiente de la volubilidad de otro, y la corte no disfruta mayor deleite que el de desesperar a éste o aquél con los mordiscos de la envidia, que nació al nacer la corte, y morirá cuando la corte muera. En cuanto a mí, no anhele más que retirarme y descansar; sólo me aflige el partir en desgracia con el que me ha hecho lo que soy, circunstancia que ha de valerme el nombre de ingrato. No faltará quien diga por ahí: «En cuanto el buen Valerio vio llena su bolsa, volvió la espalda al amo.

Esto me tiene fuera de mí, no por la injuria recibida sin culpa, pues quien sirve obligado está a sufrir la ira y el enojo del amo, como los del propio padre, sino pensando en cuál sea la razón que contra mí le ha vuelto. Tal vez ciego por no poder satisfacer la pasión amorosa que ahora sufre, se haya visto arrastrado a desahogar su ira conmigo. Sin duda de ahí viene todo; aguardaré a ver por dónde sale todo esto, no perdonando humildad para con él por mi parte; después Dios dirá; espiaré en tanto lo que pasa entre los de casa.

### *Escena VIII*

ALVIGIA y TOÑA

ALVIGIA  
Tic tac.

TOSA  
¿Quién va?

ALVIGIA  
Soy yo.

TOÑA  
¿Quién sois vos?

ALVIGIA  
Alvigia, hija.

TOÑA

Esperad; ahora vengo.

ALVIGIA

Bien hallada, hija querida.— *Ave María*.

TOÑA

¿Qué milagro es éste de dejaros ver por aquí?

ALVIGIA

El adviento y las tómporas con sus malditos ayunos me han destemplado de modo que no soy ya la misma. *Gratia plena, Dominus tecum*.

TOÑA

Vos siempre rezando las oraciones; yo ni voy al Santo ni hago ya cosa buena.

ALVIGIA

*Benedicta tu*. —Más pecadora soy que las demás— *in mulieribus* —; ¿sabes lo que quería decirte?

TOÑA

No, señora.

Ven a las cinco a mi casa que quiero meterte en señorío hasta media pierna —*et benedidus ventris tui*— y con harto más provecho que no lo hice el otro día— *in hunc et in hora*— confía en mí— *mortis nostræ*— y no hablemos más de ello.— *Amén*.

TOÑA

Al cabo y al fin haré lo que os venga en gana; pues bien merecido tiene el borrachón cualquier mal que le suceda.

ALVIGIA

Eres cuerda— *Pater noster*— vendrás vestida de hombre, porque estos palafreneros— *qui es in celis*— gustan de hacer locuras y chanzas por la noche— *santificetur nomen tuum*— y no quisiera que te ocurriese percance alguno— *adveniat regnum tenun*— como a Angela del moro— *in celo et in terra*.

TOÑA

¡Ay de mí! He aquí a mi marido.

ALVIGIA

No te alarmes, tonta —*panem nostrum quotidianum da nobis hodie*—. No hay otra fiesta que yo sepa esta semana, hija, sino la estación a San Lorenzo, extra.

### ***Escena IX***

ARCOLANO, TOÑA y ALVIGIA

ARCOLANO

¿Qué chismorreáis ahí:

ALVIGIA

*Debita nostra debitoribus*, —La señora Antonia que me preguntaba cuándo es la estación a San Lorenzo, extramuros— *sic nos dimittimus*.

ARCOLANO

No me placen esas pláticas.

ALVIGIA

*Et ne nos inducas*. Buen hombre, hay que pensar, sin embargo, alguna vez en el alma; *in tentatione*.

ARCOLANO

¡Oh, qué escrúpulos!

TOÑA

¿Crees que todos han de ser como tú, que nunca oyes misa ni maitines?

ARCOLANO

Calla, puerca.

TOÑA

Tienes mas negra el alma...

ARCOLANO

Si cojo una pala...

ALVIGIA

No encolerizarse; *sed libera nos a malo*.

ARCOLANO

¿Sabes lo que te digo, vieja?

ALVIGIA

*Vita dulcedo*, ¿qué decís?

ARCOLANO

Que si vuelvo a encontrarte hablando con esta atrevidilla de mierda, me obligarás a que haga cualquier locura.

ALVIGIA

*Lacrimarum valle* —no te veré aunque me cubrieras de oro—; *a te suspiramus*.

Dios sabe mi bondad y mi buena voluntad. Señora Antonia, no dejéis de venir a la estación, como os he dicho; el diablo ha cogido por los cabellos a vuestro marido; *clementes et flentes*<sup>[1]</sup>.

TOÑA

Es el vino el que lo tiene cogido; ya veré de ir.

ARCOLANO

¿A dónde?

TOÑA

A la estación a hacer buenas obras; ¿no lo oyes?

ARCOLANO

Pronto a casa; despacha.

TOÑA

Voy; ¿qué vendrá después?

### ***Escena X***

ARCOLANO (*solo*).

Quien tiene cabras tiene cuernos; todos los adverbios son verdaderos. Mi mujer no tiene fundamento; he reparado que busca quien la consuele, y esta vieja me hace pensar en mi hacienda; bueno será que esta noche me finja borracho, cosa que me costará poco trabajo, y tal vez, tal vez, logre descubrir dónde se halla la estación que dice. ¿No oyes, Toña?

### ***Escena XI***

TOÑA y ARCOLANO

TOÑA

¿Qué te ocurre?

ARCOLANO

Baja.

TOÑA

Aquí estoy.

ARCOLANO

No me esperes a cenar.

TOÑA

Nunca lo hice.

ARCOLANO

Calla.

TOÑA

Mejor hicieras en quedarte en casa y dejar de correr las tabernas y las putas.

ARCOLANO

No me rompas la cabeza.

TOÑA

El diablo te evitó el trabajo de tener que habértelas con una que te hubiese dado lo que mereces.

ARCOLANO

Calla, deslenguada.

TOÑA

Mi bondad me perjudica.

ARCOLANO

No me estés en la ventana coqueteando

TOÑA

¿Te parece que soy yo de aquéllas, podrido?

ARCOLANO

Me voy.

TOÑA

En buen hora vayas, aunque no con buena suerte, a hacer proezas por ahí<sup>[1]</sup>; tú con las amigas y yo con los amigos; tú con el vino y yo con el amor. Aunque reventaras te la había de pegar; vete, vete, borrachón, celoso.

## ***Escena XII***

EL ROJO y PARABOLANO

ROJO

Gran miedo tenéis a que el sol y la luna se enamoren de ella.

PARABOLANO

¿Quién sabe?

ROJO

Yo lo sé; ¿puede hacer la naturaleza que la luna se enamore de una hembra como ella?

PARABOLANO

Demos que no. Pero ¿y el sol?

ROJO

El sol menos.

PARABOLANO

¿Por qué?

ROJO

Porque está ocupado en enjugarle la camisa a Venus, en la cual se ha meado Mercurio, digo, Marte.

PARABOLANO

Charla tú, mientras yo temo que el lecho donde duerme y la casa que la alberga gocen de su amor.

ROJO

Diabólicos celos los vuestros. Según vos, la casa y el lecho tienen —hablando con reverencia— el mismo celo que vos tenéis.

PARABOLANO

Vamos a casa.

ROJO

Vuestra señoría tiene sin duda azogue; no paráis un momento.

### ***Escena XIII***

GRILLO (*solo*).

Ja, ja, ja. Micer Maco ha estado en la caldera para cambiar, de forma, devolviendo las tripas falto de estómago para aguantar semejante calor. Luego le han perfumado, afeitado y vestido de nuevo; de tal modo, que parece ser otro. Salta, baila, canta y dice cosas y vocablos tan peregrinos, que parece de Bérgamo más bien que de

Siena. Y el maestro Andrés, fingiendo pasmarse a cada palabra que sale de su boca, le hace creer, con juramentos inauditos, que es el más bello cortesano que nunca se ha visto. Micer Maco, con aquella fantasía que tiene, créese más acabado todavía de lo que le dicen: Ja, ja, ja. A todo trance quiere romper la caldera, para que en ella no se haga ningún otro cortesano tan gentil como él. Mándame por los mazapanes de Siena, y me ha dicho que si no vuelvo al punto, va a descalabrarme; que me espere sentado. Lo más gracioso es que quieren hacerle mirar en un espejo cóncavo, de esos que presentan la cara deformada; ¡qué lindo pasatiempo! Si no tuviera que ir al jardín del señor Agustín Chisi, me quedaría a presenciar la fiesta; pero no puedo. Adiós, Rojo; no había reparado en ti.

#### ***Escena XIV***

EL ROJO (*solo*).

Adiós, Grillo; hasta la vista. Malditos sean los amores, quien les va delante y quien les va detrás. Heme aquí convertido en correo, convocador de alcahuetas ante mi amo, que quiere hacerme su mayordomo. Prefiriera no ser nada en mi vida, a hacer oficio de mayordomo, que son gentes que engordan, así como sus concubinas y *concupinos*, con lo que roban a nuestros amos; uno conozco yo, tan canalla, que presta con usura a su Monseñor el dinero que le roba en el gobierno de su casa. ¡Ah, bribones, asnos... qué infame resulta vuestra conductal Alumbráis vuestros pasos con blancas antorchas, mientras nosotros tenemos que acostarnos a tientas en la obscuridad; bebéis vinos superiores, y nosotros, tumbados, enmohecidos, avinagrados; para vosotros son las carnes castradas; para nosotros, los peores bueyes de los establos.

Pero, dónde estará esa fantasma de Alvigia? ¿Qué diablos grita este judío?

#### ***Escena XV***

EL JUDÍO, ROMANELLO y el ROJO.

JUDÍO

Hierros viejos, hierros viejos.

ROJO

No será malo que le trate como al pescador.

JUDÍO

Hierros viejos, hierros viejos.

ROJO  
Ven aquí, judío.

JUDÍO  
¿Qué mandáis?

ROJO  
¿Qué sayo es este?

JUDÍO  
Fue del caballero Brandino. ¡Y qué raso!

ROJO  
¿Cuánto vale?

JUDÍO  
Probáoslo y después hablaremos del precio.

ROJO  
Dices bien.

JUDÍO  
Poneos primeramente la capa. Meted por aquí el brazo; nunca vea al Mesías, si no parece cortado para vuestra espalda; hermosa caída de sayo.

ROJO  
Di la verdad.

JUDÍO  
No me conduzca Dios el sábado a la sinagoga si no os está pintiparado sobre el cuerpo.

ROJO  
Vengamos ahora al precio, y si me tratas con consideración, compraré también esta capa de clérigo, para un hermano mío que tengo en Araceli.

JUDÍO  
Si lleváis también la capa, grande será la consideración con que os trate; y sabed que fue del reverendísimo Araceli *in minoribus*.

ROJO  
Tanto mejor. Pero como mi hermano es más bien delgado de cuerpo, quiero vértela sobre los hombros, y después haremos mercado.

JUDÍO  
Me parece bien, y así gastaréis más sobre seguro vuestro dinero.

ROJO

Se te ha caído el cordón... Ponte ahora el escapulario. A fe, sí; buena es en efecto.

JUDÍO

¡Y qué paño!

ROJO

Bueno debe de ser, cuando tú pareces hombre de bien con él. Una cosa he pensado, que te conviene.

JUDÍO

Malditas sean las faltas<sup>[1]</sup>.

ROJO

Has de hacerte cristiano.

JUDÍO

Tenéis ganas de hablar, por lo visto. Vos creéis en Dios, y yo también. Si queréis comprar, bueno; si tratáis de hablar sólo, es otra cosa.

ROJO

Es un pecado tratar de haceros bien. ¿Quién te habla del alma? Eso es lo de menos.

JUDÍO

Quitaos mi sayo.

ROJO

Escúchame; por tres razones quiero que te hagas cristiano.

JUDÍO

Quitáoslo, digo.

ROJO

Escucha, bruto. Si te haces cristiano, en primer término, el día de tu bautizo lograrás un buen porqué de dinero, y además toda Roma ha de correr a verte coronado de olivo, que es de un gran efecto.

JUDÍO

Estáis de buen humor, sin duda.

ROJO

Además, comerás carne de cerdo.

JUDÍO

Cosa es esa que me tiene bien sin cuidado.

ROJO

Sí, ¿eh? Con sólo que probaras el pan untado con él, habías de renegar cien Mesías. ¡Qué dulce regalo para el gusto, untar el pan después de tostarlo al fuego; y teniendo el jarro entre las piernas, untar, comer y beber alternativamente!

JUDÍO

Ea, dadme mi sayo, que tengo que hacer.

ROJO

Si te hicieras cristiano, en fin, no llevarías la señal roja en el pecho.

JUDÍO

¿Qué importa esto?

ROJO

Importa mucho; los españoles quieren crucificaros por sólo eso.

JUDÍO

¿Por qué, crucificamos?

ROJO

Porque con ella parecéis de los suyos.

JUDÍO

Hay, sin embargo, diferencia entre los españoles y nosotros.

ROJO

Al contrario; con esa señal, no existe ninguna. Además, que no llevándola, los chiquillos no te importunarán todo el santo día, con limones, con cortezas de melón y calabazas. Así que, hazte cristiano, hazte cristiano, hazte cristiano. Ya ves que te lo digo tres veces.

JUDÍO

No quiero, no quiero y no quiero. Ved ahí, cómo a mi vez, sé decirlo también por partida triple.

ROJO

Yo, señor judío, como hombre de bien que soy, he hecho lo que debía, y descargado mi conciencia. Ahora, allá tú; que yo no he de volver a mentarte eso del alma. En resumen, ¿cuánto quieres por todo?

JUDÍO

Doce ducados.

ROJO

¿De oro, o en carlinos?

JUDÍO  
A la usanza romana.

ROJO  
Volveos un poco, para que vea cómo cae por detrás.

JUDÍO  
Ya estoy.

ROJO  
Bueno... ¡Calla!... La polilla...

JUDÍO  
No es nada.

ROJO  
Espera; no te muevas.

JUDÍO  
No me muevo; miradla bien.  
(El Rojo huye con el sayo, y el judío Romanello corre tras él, vestido de clérigo).

ROJO  
¡Al ladrón, al ladrón...; cogedlo, cogedlo!

### *Escena XVI*

BARRACHEL, ESBIRROS, el ROJO y el JUDÍO

BARRACHEL  
Alto a la corte. ¿Qué rumor es ese?

ROJO  
Señor capitán; sabed como este clérigo, saliendo de casa de una puta, o de una taberna borracho, ha dado en venir tras mi; y yo, por no meterme con religiosos, eché a correr. Pero que no me cargue mucho, porque al cabo no miraré ni a sacerdote, ni a San Francisco que fuera.

JUDÍO  
Yo no soy clérigo, sino el judío Romanello, y quiero el sayo que ese hombre lleva.

BARRACHEL

¡Ah, puerco, perro hediondo! ¿Tú, tú escarneces nuestra religión? Cogedle, atádmelo, y a la prisión con él.

JUDIO

Señor barrachel; ese hombre es un fullero.

ESBIRRO

Calla, perro judío.

BARRACHEL

Al cepo, a la cadena; ponedle las esposas.

ESBIRRO

Se hará.

BARRACHEL

Y esta noche, diez vueltas de cuerda en el tormento.

ROJO

Castíguelo V. S. Temo no coger frío y constiparme, tanto he corrido.

BARRACHEL

Ja, ja.

ROJO

Estoy sudando a mares, clérigo canalla.

BARRACHEL

Vete en buena hora, que tienes cara de hombre de bien.

ROJO

Para servir a V. S.

### ***Escena XVII***

EL ROJO (*solo*).

¿Qué te parece? ¿Entenderá éste de caras de hombres?

¡Oh, qué barracheles! Lo único que saben hacer es poner en el tormento al primero que cogen, por el delito de llevar el arma más insignificante, y ensalzar a los ladrones, como he sido ensalzado yo por haberle dado en cabeza al capitán con aquel buena pieza.

Ahora a buscar a la vieja, y la haré creer que el señor me ha regalado el sayo; al señor le diré que me hizo Livia el presente.

## *Escena XVIII*

EL MAESTRO ANDRÉS, MICER MACO y el MAESTRO MERCURIO (*con un espejo que presenta la cara contrahecha*).

MAESTRO ANDRÉS

*Ventura Dio che poco senno basta*: dice el mote que tiene escrito Todeschino en su rodela.

MICER MACO

¡Oh, qué bello, qué divino cortesano me creo ser ya!...

MAESTRO MERCURIO

En mil años no ha de lograrse hacer otro semejante.

MICER MACO

Quiero hacer honor a mi nuevo estado; lo quiero, pues me siento hecho cortesano.

MAESTRO ANDRÉS

Miraos un poco al espejo; mas no vayáis a repetir las locuras que hizo seor Narciso.

MICER MACO

Me veré la cara; dádmelo acá; ¡cuánto he sufrido! Preferiría parir, a ponerme de nuevo en los moldes.

MAESTRO ANDRÉS

Miráos ya.

MICER MACO

¡Oh, Dios, Dios mío; estoy perdido! ¡Ah, ladrones; volvedme mi cara; volvedme mi cabeza, mis cabellos, mi nariz! ¡Oh, qué boca! ¡Ay de mí, qué ojos! *Commendo spiritum meum*.

MAESTRO MERCURIO

Volved en vos, que son delirios y nebulosidades que ofuscan el cerebro.

MAESTRO ANDRÉS

Miráos al espejo y veréis como todo ha sido un accidente.

MICER MACO

Me miraré.

(Micer Maco con el espejo verdadero en la mano).

Ya he vuelto del otro mundo; el espejo me presenta tal como soy realmente.

MAESTRO ANDRÉS

Vuestra señoría ha mentido diciendo que le habíamos echado a perder.

MICER MACO

Ya me recobré; estoy vivo; yo soy yo; y quiero ser Roma entera; he de desollar al gobernador, que rae hacía buscar por el barrachel. Quiero blasfemar, llevar armas, cortejar a todas las señoras en general; id pronto, médico; ¡oh, puta, puta; prepárate ya, maestro; que por el cuerpo... tú no me conoces, desde que soy cortesano!

MAESTRO MERCURIO

Encomiéndeme a V. S. Hasta otra vista.

MAESTRO ANDRÉS

Ja, ja, ja.

MICER MACO

Hoy mismo he de ser Obispo, y mañana Cardenal, y esta noche Papa. Ve a casa de Camila; llama fuerte.

### *Escena XIX*

BLASITA, MAESTRO ANDRÉS y MICER MACO

BLASITA

¿Quién llama?

MAESTRO ANDRÉS

Abre al señor.

BLASITA

¿Quién es ese señor?

MICER MACO

El señor Maco.

BLASITA

¿Qué señor Maco?

MICER MACO

El que... mala te la dé Dios; puerca, picarona.

BLASITA

La señora está acompañada.

MICER MACO  
Despídelo pronto.

BLASITA  
¿Cómo pronto a los amigos de mi ama?

MICER MACO  
Pronto sí; si no quieres que te dé una procesión de azotes, y a ella un millar de lavativas de agua fría.

MAESTRO ANDRÉS  
Abre al cortesano nuevo.

BLASITA  
Siempre serán cosas vuestras, Maestro Andrés.

MAESTRO ANDRÉS  
Tira de la cuerda.

BLASITA  
Ahora.

MICER MACO  
¿Qué dice?

MAESTRO ANDRÉS  
Que os adora.

BLASITA  
¡Oh, qué atolondrado!

MICER MACO  
¿Qué murmuras?

MAESTRO ANDRÉS  
Acúsase de no haberos conocido.

MICER MACO  
Quiero ser conocido; lo quiero.

MAESTRO ANDRÉS  
Entre V. S.

MICER MACO  
Entro; y por la sangre de... que he de clavaros a todos en el aposento.

## *Escena XX*

### El ROJO y ALVIGIA

ROJO

Tic, tac, toc; toc, tac, tic.

ALVIGIA

O es tonto el que llama o es un conocido.

ROJO

Tac, tic, toc.

ALVIGIA

¿Te has propuesto echarme abajo la casa?

ROJO

Abre, que soy el Rojo.

ALVIGIA

Creí que ibas a hundirme la puerta.

ROJO

¿Qué estás haciendo, algún sortilegio?

ALVIGIA

Secaba a la sombra ciertas raíces, cuyo nombre no se puede decir, y tenía los alambiques en el hornillo para hacer aguardiente.

ROJO

¿La habéis hablado?

ALVIGIA

Sí; pero...

ROJO

¿Qué quiere decir ese pero?

ALVIGIA

Su marido, que es un cabrón celoso...

ROJO

¿Se ha enterado?

ALVIGIA

Se ha enterado y no se ha enterado; al tandem, ella vendrá.

ROJO

Dilo en términos vulgares, porque tus *tanem*, tus verbigracia, tus *altandem*, no los entendiera un maestro de cifra.

ALVIGIA

Por fuerza ha de hablar así la que no quiere pasar por una bribona. Vuelve al señor, y dile que venga a las siete y cuarto.

ROJO

Un beso, reina de las emperatrices, corona de las coronas; Roma sin ti sería peor que un pozo sin cubo; harélo venir, *cito omnino* e infaliblemente; ¿crees que no sé yo también expresarme?

ALVIGIA

¡Ah, loco!

ROJO

Vuelve a tus destilaciones, que yo, entretanto, veré de dar con el amo, que tan pronto está arriba como abajo, dentro como fuera; aquel bribonzuelo de Amor le hace dar más vueltas que a un tomo<sup>[1]</sup>.

ALVIGIA

Entendido.

### ***Escena XXI***

El ROJO y PARABOLANO

ROJO

El mismo es; salve.

PARABOLANO

¿Qué nuevas traes?

ROJO

Bellas y buenas: las siete y cuarto os esperan en casa de nuestra bendita señora Alvigia

PARABOLANO

Os doy las gracias a ti, a ella, y a la benigna Fortuna. Calla: una, dos, tres, cuatro...

ROJO

Ja, ja, ja. Suenan las campanillas y se os antojan horas.

PARABOLANO

No va a serme posible vivir hasta esa hora.

ROJO

Ni a mí, que estoy en ayunas.

PARABOLANO

¡Vaya unos deseos!

ROJO

Pensad que quisiera hacer colación, y no quedarme en ayunas.

PARABOLANO

A ti te toca mandar; yo me sustento de recuerdos.

ROJO

También me sustentara yo de ellos si vuestros recuerdos fueran buenos de comer.

PARABOLANO

Vamos.



# ACTO V

## *Escena primera*

VALERIO (*solo*).

De gran error acabo de salir. Porque siempre pensé que la cara y la lengua de todos estuvieran acordes con el corazón y el ánimo; fundaba esta creencia, no sólo en considerar que yo lo podía todo, sino asimismo en mi costumbre de ejercer paternalmente ese poder sobre todos; por uno y otro motivo, imaginábame más que amado, adorado. ¡Cómo se han venido abajo estas ilusiones! Perversa, ingrata y envidiosa naturaleza de la corte. ¿Pueden darse en el mundo malignidad, crueldad y engaño que en ti no reinen? Desde el punto en que el Señor me retiró su confianza, clamor, la fe, la disposición y maneras de toda su gente para conmigo cambiaron, echando abajo la máscara que tanto tiempo me había tenido oculta la verdad. Como a sierpe venenosa me aborrecen aun los más viles siervos, y así como antes hasta las paredes de casa parecían inclinarse ante mí, ellas también parecen huirme ahora. Los que adulaban, poniéndome a fuerza de elogios en el quinto cielo, me abisman hoy con sus reproches. Todos a cual más se empujan ante el amo, mostrándole en su semblante aquella particular benignidad que suele aparecer en las frentes de quienes sin pedir suplican, y sin abrir la boca hablan; todos con gestos y palabras tratan de hacer ver que son dignos de mi grado, y se hacen cábalas y consultas sobre ello. Alguno, temiendo no vaya yo a volver a mi primer estado, se encoge de hombros y ni me ofende ni defiende; otros que tienen ya por logrado su deseo, me ofenden sin ningún respeto. Y es lo bueno que la envidia, madre e hija de la corte, ha comenzado a indisponerles entre sí con mortal odio, viéndose el que más próximo se halla al grado de que he caído, hecho blanco de la mala voluntad de cuantos podían concebir alguna esperanza. Otros, en fin, creciéndose con mi caída, me detractan, poniéndose a sí mismos en los cuernos de la luna. Parézcome a un río con el que compitieran los pequeños riachuelos cuando, hinchados por las lluvias, abarcan sus aguas girando grande extensión de terreno que forma su nuevo lecho. Pero confío en que mi inocencia ha de aniquilar la fiera maldad suya, como ocurre con los débiles miserables arroyos, ensoberbecidos por el favor que el sol, derritiendo las nieves y hielos de los montes, les presta; pues son engullidos por los llanos cuando con mayor ímpetu presumen dominarlos. Y como a la envidia se la vence con las armas de la paciencia, con ellas cortaré los lazos que me ha tendido —hay que decir, mi suerte, pues todo provecho y daño van a cuenta de la suerte—; volveré a casa, y para sufrir con mayor paciencia, imaginaré que soy como se debe ser en la corte, mudo, sordo y ciego.

## ***Escena II***

TOÑA (*sola*).

Esperaré a ver si aquel borracho vuelve; así se quiebre una pierna. No hiciera el diablo gran perjuicio con llevárselo, mientras dormita amodorrado por esas tabernas. Quiá; no piensa venir.

De mala muerte muera quien me lo dio, si antes que dárselo yo a un malandrín como ese, no pretería arrancármelo. ¿Seré, acaso, la primera que se la pegue a su marido? Aquí está el puercazo; bueno viene; va marchando a ondas.

## ***Escena III***

ARCOLANO ( *fingiéndose borracho*) y TOÑA

ARCOLANO

¿Don... dónde está la p... la puerta de ca... casa?; las ven... ventanas dan... danzan; voy a ca... caerme al río.

TOÑA

Dios lo hiciera; así aguarías el vino que bebiste.

ARCOLANO

El cu... culo. Ja, ja, ja. Mil bom... bombas; traeme el perro, que quie... quiero te sal... salte.

TOÑA

Saltado te veas tú por la justicia; no sé como me contengo; debía ahogarte.

ARCOLANO

Oooh, oooh... ¡qué calor tengo!

## ***Escena IV***

PARABOLANO y EL ROJO

PARABOLANO

Duro como la muerte es el esperar.

ROJO

¿La cena?

PARABOLANO

Hablo de la cosa amada.

ROJO

Creía no lo dijerais por la cena; vuesa señoría me perdone.

PARABOLANO

No, no hay de qué perdonarte; calla: una, dos, tres...

ROJO

Estáis delirando; es el cocinero que maneja la sartén, y tomáis sus golpes por los del reloj. Malhayan las mujeres; mujeres malditas, asesinas... Calcúlese cómo deben poner al que retienen junto a sí años y años, cuando uno que no ha conocido todavía a la suya, enloquece por ella de ese modo.

PARABOLANO

Volvamos a casa; he salido creyendo que era la hora.

ROJO

Nos vamos pareciendo ya a los balones, que tienen el cerebro de viento.

### *Escena V*

TOÑA (*con las ropas de su marido*).

¡Oh, Dios! ¿Por qué no seré hombre? ¿Qué debo parecer con esta ropa? Gran desgracia le cae encima a la que nace mujer, por el solo hecho de serlo; ¿para qué servimos nosotras? Para coser, hilar, y estar metidas en casa años enteros. ¿Qué conseguimos con esto? Ser apaleadas e injuriadas de la mañana a la noche: ¿por quién? Por un borrachón, por un holgazán como el mío, para quien todos los días son fiestas de guardar. ¡Menguadas de nosotras, qué grande es nuestra desdicha! Si juega tu hombre y pierde, tú eres la mal hallada; si no tiene dinero, natural es que desahogue su cólera sobre ti; si le saca de quicio el vino, tú padeces las consecuencias; y para mayor desventura son tan celosos, que una mosca que pasa volando, se les antoja ya uno que os está haciendo y diciendo. Si no fuera porque nosotras tenemos cabeza para buscar nuestro gusto, podríamos ir a tirarnos al río; gran injusticia es, por cierto, que el predicador no interceda por nosotras con micer Dios, pues no es justo que una mujer como yo vaya al infierno teniendo un marido como el que Dios me ha dado. Si me echa el confesor penitencia por lo que hago, que me maten si la cumplo: ¡dar penitencia a una infeliz que tiene el marido extraño, jugador, tabernario, celoso y perro del hortelano! No faltaba más; estaríamos frescas. Pero Alvigia debe estar esperándome; déjame ir derechamente a buscarle ¡ay! ¿qué hombre es aquél?

## *Escena VI*

EL MAESTRO ANDRÉS (*solo*),

Micer Cagaespinas se ha echado sobre Camila, como el milano sobre la presa, contándola su amor con tantos «juro a Dios» y «beso las manos», que no hiciera más un amarteladísimo Don Sancho; miente a la napolitana, suspira a la española, ríe a lo senes y ruega a lo cortesano, haciendo los imposibles por copularla a todo trance; tales cosas hace, que la señora está perecida de risa. Pero he aquí a Zoppino. Habías desaparecido como la carne en el tinelo.

## *Escena VII*

ZOPPINO y el MAESTRO ANDRÉS

ZOPPINO

Me fui, porque las sandeces de tu senés eran tantas y tales, que me hacían poca gracia.

MAESTRO ANDRÉS

Por Dios, que dices verdad; a mí mismo han venido ya a causarme enfado.

ZOPPINO

¿Y sabes tú lo que va a resultar de todo ello?

MAESTRO ANDRÉS

¿Qué?

Que no yéndole a la mano en sus cosas, llegaremos a ser tan sandios como él. Así, que cambiemos las capas y las gorras y asaltemos la casa de la señora con voces e injurias, hasta hacerle saltar por las ventanas, que son bajas y no podrá hacerse daño ninguno.

MAESTRO ANDRÉS

Dices bien; toma mi capa y venga la tuya.

ZOPPINO

Dame la gorra; aquí tienes la mía.

MAESTRO ANDRÉS

No es necesario el disfraz para que deje de conocernos; no se fija él en tanto.

ZOPPINO

Fuerza la puerta; grita, injuria, amenaza.

MAESTRO ANDRÉS  
Ah del villaco, higio di puta, traidor.

ZOPPINO  
Ti quiero hombre civil tomar la capeza.

MAESTRO ANDRÉS  
Ahorca, ahorca.

### ***Escena VIII***

MICER MACO (*salta por la ventana en jubón*).  
Soy muerto: Socorro, socorro: los españoles me han hecho un agujero detrás con la espada. ¿Dónde voy ahora? ¿A dónde huyo? ¿Dónde me escondo?

### ***Escena IX***

PARABOLANO y el ROJO (*que acuden al rumor*).

PARABOLANO  
¿Qué es eso, Rojo? ¿Qué rumor es ese?

ROJO  
A V. S. iba yo a preguntárselo.

PARABOLANO  
A nadie veo.

ROJO  
Volvámonos presto. Gracias de desocupados, que hacen ver que se acuchillan tirando tajos a las paredes.

PARABOLANO  
Bestias.

### ***Escena X***

ARCOLANO (*con las ropas de su mujer*).

¡Ah puta, vaca, puerca! Te devolveré a tus hermanos; a tus hermanos te he de volver. ¡Oh, oh, oh! Mira la puercaza, anda, para que te fíes de mujeres; bien tramada la tenía por lo visto; apenas cerré los ojos, que vestida con mis ropas huyó, dejándome junto al lecho las suyas, que me he puesto por no ir desnudo tras ella. Decidido estoy a encontrarla, y hallada que la tenga, he de comérmela viva, viva. Buscaré por una y otra parte, aunque mejor será ir al puente, y esperar allí hasta que pase. ;A mí con esas, infame?

### ***Escena XI***

PARABOLANO y el ROJO

PARABOLANO  
¿Cuántas fueron?

ROJO  
No os sabré decir, porque no llevé la cuenta.

PARABOLANO  
Escucha, ya suenan de nuevo; una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete.

ROJO  
Poco tardaréis en hacer parejas de *tarocchi*<sup>[1]</sup> con Livia.

PARABOLANO  
Me haces reír.

ROJO  
Aquí viene no sé quién, con una linterna en la mano; es Alvigia, la conozco en la manera de andar; ¿no lo dije?

### ***Escena XII***

ALVIGIA, el ROJO y PARABOLANO

ALVIGIA  
Por mi gracia y la suya, la amiga está ya en la casa; propiamente parece una paloma que teme la llegada del halcón. V. S. no falte, acerca de tocar la a la luz. Además, la circunstancia de haber venido vestida de hombre, para no ser descubierta, me hace recelar no salga de esto escándalo.

PARABOLANO

¿Cómo escándalo? Primero me abriría las venas que intentar desagradarla.

ALVIGIA

Todos los señores habláis así, y luego hacéis lo que no debierais con las pobres mujeres.

PARABOLANO

No entiendo.

ALVIGIA.

Bien me entiende el Rojo.

ROJO

No, por Dios.

PARABOLANO

¿Qué escándalo puede resultar de venir vestida de hombre?

ALVIGIA

El diablo es sutil, y los grandes maestros andan siempre demasiado despiertos.

ROJO

¡Ah, ya entiendo! Señor, quiere decir que teme por el honor trasero.

PARABOLANO

Fuego del cielo venga que consuma a quien con tal vicio se deleita.

ROJO

No blasfeméis de ese modo.

PARABOLANO

¿Por qué no?

ROJO

Porque el mundo quedaría bien pronto vacío de señores y grandes hombres.

PARABOLANO

Allá ellos.

ALVIGIA

Fióme de vuestra señoría; esperadme aquí que vuelvo al punto.

### *Escena XIII*

EL ROJO y PARABOLANO

ROJO  
Estáis demudado.

PARABOLANO  
¿Yo?

ROJO  
Vos.

PARABOLANO  
Me temo que vencido del demasiado amor...

ROJO  
¿Qué?

PARABOLANO  
No pueda decirla una palabra.

ROJO  
Bien tonto es el hombre que se emociona al hablar con una mujer. Vuestra señoría tiene el rostro más blanco que los que resucitan en Venecia de muerte a vida las excelencias de los ilustres médicos Carlos de Fano, Polo Romano y Dionisio Capucci di Cittá di Castello.

PARABOLANO  
Quien ama teme.

ROJO  
Quien ama tiene excelente humor, como lo tendréis vos dentro de poco.

PARABOLANO  
¡Oh, benditísima noche, más cara para mí que cuantos felices días gozan los amigos de la cortés fortuna! No me trocara por las almas que arriba en el cielo gozan con la contemplación del admirable Dios. ¡Oh, serena frente, sacro pecho, áureos cabellos, preciosas manos, tesoro de mi único Fénix! ¿Es, pues, cierto que me creéis digno de miraros, de besaros y tocaros? ¡Oh, suave boca, adornada de perlas sin defectos, por entre las cuales se exhala nectáreo olor! ¿Has de consentir que yo, que soy todo fuego, moje mis secos labios en la celeste ambrosía que dulcemente destilas? ¡Oh, divinos ojos que habéis prestado tantas veces la luz al sol que viene a ocultarse en vuestro rostro, cuando abandona el día! ¿No iluminaréis con vuestros benignos rayos el aposento, para que, desvanecidas las enemigas tinieblas que han de ocultarme el angélico rostro, pueda yo contemplar éste, ya que de él depende mi dicha?

ROJO

Vuestra señoría ha hecho un gran proemio.

PARABOLANO

Más bien junté grandes cosas en pequeño espacio<sup>[1]</sup>.

### *Escena XIV*

ALVIGIA ROJO y PARABOLANO

ALVIGIA

Quietos; despacio, por el amor de Dios; no hagáis ruido.

ROJO

Dime, Alvigia.

ALVIGIA

¡Chits!; van a enterarse los vecinos; ved quién pasa; sin rumor; ¡ay de mi, qué peligros estos!

ROJO

No abriguéis temor.

ALVIGIA

Quieto, quieto. Dadme la mano, señor.

PARABOLANO

Dichoso yo.

ALVIGIA

Despacio, mi señor.

ROJO

Olvidábaseme una cosa.

ALVIGIA

Tú quieres perdernos; que nos van a oír... maldita puerta; ¡no rechina ahora!

ROJO (*solo*).

Anda, ve y revienta; si murieras, habían de hacerte comer en el otro mundo la vaca que das en el tinelo a los pobres servidores. Una cosa siento, y es que Alvigia no tenga consigo a Sgozza, Roina, Squartapoggio o cualquier otro rufián por el estilo, que le derribaran, degollaran e hicieran luego cuartos, ¿Qué hay, Alvigia, de qué ríes?

Habla, di; ¿está ya en coloquios con la señora panadera?

### *Escena XV*

ALVIGIA y EL ROJO

ALVIGIA

Sí; y tiembla como un caballo padre cuando ve a la yegua. Suspira, la embauca y promete hacerla papisa.

ROJO

Va sacando el natural napolitano si la embauca.

ALVIGIA

¿Es napolitano ese bobalicón?

ROJO

¿No lo has conocido?

ALVIGIA

No.

ROJO

Es pariente de Juan Agnese.

ALVIGIA

¿De aquel cabrón chismoso?

ROJO

De aquel estafador; de aquel ladrón y traidor cuyo menor defecto era el de ser infame y pescador<sup>[1]</sup>.

ALVIGIA

¡Qué zorrastrón, bribonazo! Ea, no hablemos más de él; vergüenza da mentar a tal cobarde, bellaco y rufián, salvo sea mi honor. Pero ¿en qué piensas?

ROJO

Estoy pensando en que debía de tratar al amo como a gran maestro.

ALVIGIA

¿De qué modo:

ROJO

Probando yo primero a Toña.

ALVIGIA

Ja, ja, ja.

ROJO

Imagino, después de todo esto, salir ya del tinelo, aunque tiemblo pensando en la discreción de la moza; temo más al tinelo que a mil amos.

ALVIGIA

Y si el enredo se descubre, ¿no tienes miedo de él?

ROJO

Mi miedo será poner pies en polvorosa.

ALVIGIA

Dime; ¿tan terrible cosa es el tinelo, que hace temblar a un Rojo?

ROJO

Es tan terrible, que espantaría a Morgante y Margutte, no ya a Catellaccio, cuya menor prueba era la de engullir un carnero, dos pares de capones y cien huevos, en una sola comida.

ALVIGIA

Es de los míos el señor Catellaccio.

Alvigia, mientras el buitre se satisface con la carroña, te diré dos palabritas de esta gentil criatura llamada tinelo.

ALVIGIA

Dímelas.

ROJO

Como la mala ventura te fuerce a ir al tinelo, tan pronto como entras en él, se te representa ante los ojos una como tumba, tan húmeda, tan oscura, tan horrible, que los sepulcros tienen aspecto cien veces más alegre. Si has visto la prisión de corte Savella, cuando está llena de presos, hazte cuenta que es el tinelo lleno de servidores, a la hora de la comida; porque éstos semejan prisioneros, así como el tinelo tiene todas las apariencias de una prisión, aunque éstas resultan todavía más agradables; pues, en invierno como en verano, están templadas, y los tinelos hierven durante el estío, siendo en invierno tan fríos, que las palabras se hielan en la boca: el mismo hedor de las cárceles es menos desagradable que la hediondez del tinelo, porque el uno proviene de hombres que viven en prisión, y la otra de hombres que mueren en el tinelo.

ALVIGIA

Motivos tienes para temblarle.

ROJO

Escucha. Además se come sobre un mantel de más colores que delantal de pintor, y si no resultase poco decente, diría que tiene más manchas que los paños que pintan las mujeres cuando tienen el mal que Dios diera a los tinelos.

ALVIGIA

Ehu eh, ohe, ohe.

ROJO

Haz cuantos ascos quieras, pero es la verdad. ¿Sabes dónde se lava dicho mantel al cabo del mes?

ALVIGIA

¿Dónde?

ROJO

En el sebo de puerco, de la candela que por la noche nos dan; bien es verdad, que frecuentemente comemos sin luz, y es dicha nuestra, porque a obscuras no nos estomaga el ver el triste rancho que nos ponen delante, el cual repugna cuando estamos hambrientos, y nos desespera si estamos satisfechos.

ALVIGIA

Castigue Dios a quien tenga la culpa de lo que allí ocurre.

ROJO

Ni Dios ni el diablo podrían hacérmolas perder. Puede suceder que nunca en el tinelo se conozcan Carnaval ni Pascuas; pero, en cambio, durante todo el año, tenemos que aguantar, madre de San Lucas, a todo trance.

ALVIGIA

¿Qué? ¿Coméis carne de santos?

ROJO

Y aun de crucificados; bien que no lo digo por esto; lo digo porque pintan a San Lucas buey; y la madre del buey...

ALVIGIA

Es la vaca. Ja, ja.

ROJO

Vienen las frutas; y cuando los melones, alcachofas, higos, uvas y limas andan tirados, para nosotros como si costaran un Estado. Algo de ello se nos da, sin embargo, y son cuatro tajadas, tan áridas y duras, que se nos hace una cola en el estómago, capaz de matar a un Morforio; y si alguna vez necesitamos una taza de

caldo, tras mil súplicas, te da la cocina una taza de lejía.

ALVIGIA

¿No dan buena menestra?

ROJO

Tal la tuvieran los frailes; pues estoy seguro que los que a diario abandonan la orden frailuna, no lo hacen por otra cosa sino por no tener buen caldo.

ALVIGIA

Te diré... según cuáles.

ROJO

Refiérome a aquellos que se sorben las menestras, como la corte sorbe la fe de los criados. Mas ¿quién podría contarte las traiciones que el tinelo nos hace durante la Cuaresma, con aquello de ayunarla toda, con el fin de beneficiarse los que a su cargo lo tienen, y no por tratar de hacer bien a nuestra ánima? El alma como si no; tiene el saúco. La Cuaresma viene por la posta; óyeme la comida que nos darán: dos anchoas para tres personas, como entrada; comparecerán después algunas contadas sardinas que el fuego quemó sin cocerlas enteramente, con el acompañamiento de una cierta menestra de habas, sin sal ni aceite, que os hace renegar del cielo. Luego, a la noche, hacemos colación; diez hojas de ortigas para ensalada, un panecillo y el buen provecho os haga.

ALVIGIA

¡Qué poca honradez!

ROJO

Todo esto fuera nada, si el tinelo tuviese un poco de moderación en los calores que allí se pasan; aparte el horrible perfume que despiden las osamentas cubiertas de porquerías jamás barridas, y frecuentadas por las moscas ciudadanas del tinelo, te dan a beber el vino bautizado con agua tibia, después de haber estado cuatro horas en movimiento en un vaso de cobre, y bebemos todos en una taza de estaño, que no la limpiara toda el agua del Tíber; siendo muy grato ver mientras se come, a uno que se limpia las manos en las calzas, otro en la capa, otros en el sayo, y algunos las restriegan contra la pared.

ALVIGIA

Fuerte mala ventura es. ¿Y así se hace en todas partes?

ROJO

Por doquiera. Y para más tormento, aquello poco y mezquino que se nos da hay que engullirlo por la posta, a usanza de milanos.

ALVIGIA

¿Quién os veda el comer con tranquilidad?

ROJO

El mayordomo reverendo, respetable varón, con la música de la baqueta, que en sonando dos veces, *letamus genua levate*. Y es bien triste cosa no poderse uno llenar el buche de palabras, ya que no podemos llenarlo de viandas.

ALVIGIA

Bribón de mayordomo.

ROJO

Acaecerá una vez en la vida darse un banquete. Si vieras entonces la fila de cabezas, pies, cuellos, huesos y esqueletos, creerías presenciar la procesión que va a San Marcos el día del maestro Pasquino. Y así como en tal día llueven arciprestes, canónigos y gente por el estilo, llevando en la mano reliquias de mártires y confesores, así porteros, mayordomos, marmitones y otros leprosos y tiñosos oficiales, se llevan las primicias de este capón y de aquella perdiz; y escogiendo primero de todo ello para sí y para sus putas, nos arrojan el resto.

ALVIGIA

Anda, vive, vive en la corte...

ROJO

Alvigia, vi ayer a uno que, sintiendo sonar las campanillas embajadoras del hambre, comenzó a llorar como si tocaran a muerto por su padre. Tanto que yo le pregunté: «¿Por qué lloráis?». Y él me respondió: «Lloro porque el sonido de esas campanas nos convoca a comer el pan del dolor, a beber nuestra sangre, a cebarnos con nuestra carne desmembrada por la propia vida y cocida con nuestro sudor». Y era mi prelado el que lo decía, al cual, cuando se ayuna, se da por la noche cuatro nueces; a los escuderos dos, y a mí una.

ALVIGIA

¿Comen en el tinelo los prelados?

ROJO

¡Si hubiera tantos tinelos como prelados comen en ellos!... ¡Y aún habrá quien quiera estar fuera de Roma!... Hola; venid, venid presto, que aquí se atan los perros con salchichas.

ALVIGIA

Dios bendiga sus manos a los españoles.

ROJO

Ciertamente. Si hubieran castigado a los miserables, a los soberbios, en vez de castigar a los buenos; porque, a todo esto, el prelado que te dije, de las cuatro nueces, jura que los señores están más ricos que nunca; y cuando son reprendidos por no tener servidumbre o por matar de hambre a la que tienen, discúlpense con el saqueo y no confiesan su bellaquería.

ALVIGIA

Tú lo sabes todo, a lo que veo. Mas ¿qué oigo? rumor en casa; ¡ay, triste, cuitada! ¡Miserable de mí! Calla. ¡Ay, Dios! El Señor alza la voz; estamos descubiertos; cualquier daño merezco, pues me he dejado enredar por ti en este negocio.

ROJO

Está quieta, que voy a oír lo que dice.

ALVIGIA

Pon la oreja a la puerta.

ROJO

Ya estoy.

ALVIGIA

¿Qué dice?

ROJO

Vaca, puerca, cobarde, traidor, alcahueta, ladrona.

ALVIGIA

¿A quién dice eso?

ROJO

Vaca y puerca llama a la Toña. Cobarde, traidor, se entiende por el Rojo. Y alcahueta y ladrona, es Algivia.

ALVIGIA

Maldito sea el día en que te conocí.

ROJO

Dice que quiere hacerla azotar, quemarte a ti y ahorcarme a mí. Hasta la vista.

### ***Escena XVI***

ALVIGIA (*sola*).

¡Huyes, bribón! Bien empleado me está lo que me pasa, y peor que fuera. Si salgo

de ésta, hago voto de ayunar todos los viernes de Marzo, hacer las siete iglesias diez veces al mes, e ir al pueblo descalza. Prometo hacer aguas cocidas a los miserables; dar un año las lavativas a los enfermos de San Juan. Haré los servicios a las arrepentidas, lavaré las ropas en el hospital de la Consolación ocho días, de balde. Y si se me vuelven los santos de espaldas, no hay nada de lo dicho. Bendito Ángel Rafael, te ruego por tus alas que me ayudes; micer San Tobías, te ruego por tu pez que me guardes del fuego; micer San Julián, salva a la devota de tu Padrenuestro, la cual va ahora a esconderse en su casa.

### ***Escena XVII***

PARABOLANO (*solo*).

Me di en prenda a un criado y a una vieja alcahueta, y he llegado adonde merecía. Ahora veo con claridad toda la simpleza de un acto como el mío; por ser quienes somos nos creemos ya dignos de obtener todo lo del mundo, y obcecados por la grandeza, no queremos dar oídos a cosa buena ni verdadera. Con esto y con no pensar en otra cosa sino en lascivias nos tienen en un puño los que tratan de satisfacer nuestros deseos. Odiamos de muerte y arrojamos de nosotros a los que cuidan de ponernos delante lo que más conviene a nuestro grado. De esto podrá dar fe mi Valerio. Véome engañado y ya me parece oír esta historia por Roma, comentándose en alta voz mi estupidez.

He aquí a Valerio todo afligido.

### ***Escena XVIII***

VALERIO y PARABOLANO

VALERIO

Señor mío, después que la envidia de mis enemigos ha vencido vuestra bondad, necesito vuestra licencia para irme a punto en que no sepáis ya de mí.

PARABOLANO

No afligirse, hermano. Amor y mi temeraria voluntad y sencillez, te han ofendido; en tales condiciones, prudencia mayor que la mía se sale de quicio. Te contaré una de las más nuevas burlas que han podido oírse de mil años a esta parte; burla que haría honor a mil comedias. Alguna vez me he reído de micer Felipe Adimari, a quien estando en la cámara de León, le hicieron creer que habían sido encontradas por los que cavaban los cimientos de su casa de Trastevere, no sé cuántas estatuas de bronce, por lo cual fue él solo, a pie y en sotana corriendo para verlas, cayendo en la burla

como he caído yo en la que me ha jugado el Rojo.

VALERIO

El Rojo, ¿eh? Nunca me engañó a mí.

PARABOLANO

¡Cuánto hube de disfrutar, con ocasión de aquella imagen de cera que micer Marcos Bracci encontró bajo su almohada, haciendo por causa de ella, que prendiera el barrachel a la señora Marticca, con quien había dormido, por donde vino el creer que le había hecho algún maleficio!

VALERIO

Ja, ja, ja.

PARABOLANO

¡Cuántas veces he enfadado a micer Francisco Tornabuoni, recordándole que en cierta ocasión tomó jarabes y medicinas sin padecer mal ninguno, aunque él creía tener el morbo gálico!

VALERIO

Sé bien cuanto V. S. cuenta.

PARABOLANO

¿Qué me aconsejarías tú que hiciera?

VALERIO

Reíríame del bromazo y contaría yo mismo la burla de cualquier género que fuere, pues de este modo será menos reída y divulgada.

PARABOLANO

Hablas como discreto; espérame aquí, que voy a ver aquella a quien he tomado por gentil dama romana.

### ***Escena XIX***

VALERIO (*solo*).

Cosa sabida es de todos, que sólo es amo de su señor el que tiene las llaves de sus placeres y apetitos; quien lo dude pare las mientes en lo que ha hecho el Rojo conmigo. Y no es que haya sabido conducir bien al señor, sino sencillamente por prometer hacerlo. En suma, los grandes maestros estiman más los placeres que toda la gloria del mundo, y entiendo que todos los que llegan a su grado hacen lo mismo.

## *Escena XX*

PARABOLANO, ALVIGIA, TOÑA y VALERIO

PARABOLANO

¿Creías que no iba a encontrarte?

ALVIGIA

Misericordia y no justicia.

PARABOLANO

¿Cómo diablo en sueños al Rojo?

ALVIGIA

En sueños le descubristeis al Rojo que amabais a Livia.

PARABOLANO

Ja, ja, ja.

ALVIGIA

Por ser yo demasiado compasiva he caído en esta desgracia.

PARABOLANO

Demasiado compasiva, ¿eh?

ALVIGIA

Sí, señor; jurándome el Rojo que estabais por Livia próximo a la muerte, para que un señor tan joven y tan cumplido no muriera, he hecho lo que he hecho.

PARABOLANO

Te estoy, pues, obligado. ¡Ja, ja, ja! Ea, acercaos; decidme, señora hilandera; pero... no lo había advertido; vais vestida de panadero. Menos mal que al fin no me he metido con carne del Puente de Sixto.

TOÑA

Señor, esta bruja vieja me ha arrastrado a su casa por los cabellos, dándome una *agromancia*.

ALVIGIA

No es verdad, pingo, puerca.

TOÑA

Lo es.

ALVIGIA

No...

PARABOLANO

Estad tranquilas; dejad el gritar y aun el reír para mí.

VALERIO

Siempre en toda ocasión os he conocido sabio, y ahora os reputo sapientísimo; comprendo lo ocurrido, y es verdaderamente digno de risa. ¿Pero quién es este barbudo vestido de mujer?

### *Escena XXI*

ARCOLANO, PARABOLANO, VALERIO, TOÑA y ALVIGIA

ARCOLANO

Ya te tengo; al fin te he encontrado. Y tú, vieja traidora, ¿estás aquí? A las dos os mato; dejadme, hombre de bien.

PARABOLANO

No te muevas.

ARCOLANO

Dejadme castigar a mi mujer y a esta alcahueta.

VALERIO

Quieto; ¡ja, ja, ja!

ARCOLANO

¿Esas a mí, puta? ¿A mí, bruja?

VALERIO

¡Ja, ja, ja!

TOÑA

Mientes, vago.

ALVIGIA

Señor Arcolano, hablad con mesura.

PARABOLANO

¿Esa es tu mujer?

ARCOLANO

Sí, señor.

PARABOLANO

Ahí tiemnes a tu marido; ¡ja, ja, ja! Deja tú ese cuchillo, que sería gran lástima acabara tan linda comedia en tragedia.

### *Escena XXII*

MICER MACO (en jubón), PARABOLANO, VALERIO, ARCOLANO, TOÑA Y  
ALVIGIA

MICER MACO

Los españoles, los españoles.

PARABOLANO

He ahí a micer Maco.

MICER MACO

Los españoles me han hecho pedazos.

PARABOLANO

¿Qué tenéis que hacer vos con los españoles?

MICER MACO

Dejadme tomar aliento; yo, yo, yo...

PARABOLANO

Decid.

MICER MACO

Iba... iba...

VALERIO

¿A dónde?

MICER MACO

Iba, iba, antes fui, antes fui; iba antes a la... a la señora Ca... Camila; no puedo cobrar aliento. Esperad, si queréis que os lo cuente. El maestro Andrés me había hecho cortesano con los moldes, y el demonio me desfiguró; luego volví a ser como antes; deterióreme de nuevo; otra vez me volvió a componer el maestro Andrés, y rehecho que fui, bello y galante como me veis, pasé a casa de la señora Camila, porque podía ir; podía, pues.

PARABOLANO

¿También hoy andabais en estos laberintos?... Mas, cierto, Dios ayuda a los niños y a los locos.

MICER MACO  
¿De qué modo?

PARABOLANO

Como os ha ayudado a vos, que estabais descompuesto y habéis ^ido recompuesto. Cuántos vienen a Roma acordadamente, que deshechos se vuelven a sus casas sin encontrar quien tome cuidado, no ya de rehacerles, sino de hacer que no fracasen del todo y en todo. No se mira en esto a nobleza, prudencia, ni a virtud ninguna.

### *Escena XXIII*

MICER MACO, MAESTRO ANDRÉS (*con la capa y la gorra de micer Maco*),  
PARABOLANO y VALERIO

MICER MACO

He aquí uno de aquellos españoles; ¡ah, cabrón, cobarde, dame mi capa; dejadme!

PARABOLANO

¡Ja, ja, ja! Cosas tuyas, maestro Andrés.

MAESTRO ANDRÉS

No os encolericéis, micer Maco.

MICER MACO

Español, ladrón.

MAESTRO ANDRÉS

Soy el maestro Andrés; he dado muerte a aquel que os quito la capa y la gorra, y os las traigo.

MICER MACO

¿Qué, maestro Andrés? Tú eres el español; dame tu vida y despachamos.

VALERIO

¡Ja, ja, ja! Tened juicio, y envainad vuestro enojo.

### *Escena XXIV*

PESCADOR, EL ROJO, PARABOLANO, VALERIO, ALVIGIA y JUDÍO

PESCADOR

¿Huir, fullero? ¿Creías que por ser de noche podrías pasear seguro? Creíste pegársela a un florentino y salir libre y sin costas, ¿eh?

ROJO

Al fin caí. Vos me habéis tomado por otro.

PESCADOR

Ya te tengo; mis lampreas, traidor, bribón.

VALERIO

Nuestro Rojo...

PARABOLANO

Haceos unos pasos atrás; quietos todos; no vayamos ahora a matar nuestra comedia.

PESCADOR

Dejadme ahogar a este ladrón, que me ha estafado diez lampreas so pretexto de ser dispensero del Papa; y por causa de otro, que me hizo creer era el mayordomo, hube de estar dos horas en la columna por endemoniado.

PARABOLANO

¡Ja, ja, ja!, Rojo galante.

ROJO

Señor mío, perdón; no me castigéis; esclavo de vuestra señoría y de micer Valerio: sabed que este buen hombre me ha tomado por otro.

PARABOLANO

Levantaos presto; ¡ja, ja, ja!

ROJO

Vuestro diamante y vuestro collar los tiene aquí Alvigia.

VALERIO

¡Ja, ja, ja! Ya estáis devolviéndolos.

ALVIGIA

Yo los devolveré; el Rojo bribón me ha metido en el ajo.

ROJO

Tú, condenada, fuiste la que metió en él al Rojo y me he de cobrar por ello.

PARABOLANO

Atrás digo. Ja, ja, ja. Lo dicho; se han propuesto hacerla acabar en tragedia.

JUDÍO

Mi sayo; buena es ésta. Así se engaña a los pobres hebreos; ¡ay de mí y de mis brazos! Las cuerdas, en vez de pagarme. ¡Oh, Roma puerca, sólo buenas palabras tienes! No quiere el diablo que comparezca el Mesías, pues si viniera, no pasaría lo que pasa.

PARABOLANO

Quieto, Isaac, Jacob o como quiera que sea tu nombre. Y no te parezca pequeña merced dejarte con vida a ti que eres de los que crucificaron a Cristo.

JUDÍO

Paciencia<sup>[1]</sup>.

### *Escena XXV*

PARABOLANO, MICER MACO, ARCOLANO, TOÑA, ALVIGIA,  
VALERIO, MAESTRO ANDRÉS, el ROJO, PESCADOR y JUDÍO.

PARABOLANO

Haceos adelante todos; hablaré primero a micer Maco.

MICER MACO

Es justo, pues soy cortesano; lo soy.

PARABOLANO

Ja, ja, ja. Haréis aquí las paces con el maestro Andrés, bien sea tal maestro, o español como vos decís. Si le tenéis por lo primero, debéis hacer las paces con él en atención a haberos deshecho, y rehecho luego; y porque se la pegaría a su mismo padre, si su padre quisiera hacerse cortesano por el procedimiento que ha empleado con vos; y si seguís creyéndole español, debéis hacerlas asimismo, que en otra ocasión os diré las razones por las cuales debéis perdonarle.

MICER MACO

Haya, pues, paz.

PARABOLANO

Dale la capa y la gorra, maestro Andrés.

MAESTRO ANDRÉS

Servidor de V. S.

MICER MACO

Tan amigos como antes.

PARABOLANO

Tú, panadero, vuelve a tomar a tu mujer por santa y buena; que las mujeres de hoy día en tanto más castas son tenidas cuanto más putas son. Y acontece que quien mejor la cree tener, pero la tiene.

ARCOLANO

Haré lo que V. S. me aconseja.

VALERIO

Eres sensato.

PARABOLANO

A ti, Alvigia, te perdono; porque culpa mía fue creerte, y porque hiciste lo que dado tu oficio no podías menos de hacer.

ALVIGIA

Dios os lo premie.

VALERIO

Ja, ja.

PARABOLANO

También a ti te perdono, Rojo; pues eres griego, y ha sido el tuyo un rasgo de griego, llevado a cabo con astucia del mismo género. Tú, Valerio, ve de conformarte reconciliándote con el Rojo; pues yo le perdono, ya que ha tenido ingenio para llevarme cogido de las narices, según luego te contaré.

VALERIO

Soy todo suyo.

ROJO

Bien sabéis, micer Valerio, que el Rojo se dejaría hacer cuartos por vos.

VALERIO

Ja, ja, ja.

PESCADOR

¿Y yo, dónde me quedo, sin el dinero de mis lampreas?

PARABOLANO

Tú, pescador, perdona al Rojo, ya que has sido tan menguado florentino que te has dejado estafar, según dices; vienes luego con este animal de judío, que Valerio te pagará; y a él le hará recobrar o pagar su sayo.

PESCADOR

Doy las gracias a V. S.

JUDÍO

Servidor vuestro.

PESCADOR

Perdono al Rojo, mas no a los clérigos traidores que me pelaron.

PARABOLANO

Con respecto a los que cardaron la lana a tu sayo en la columna, allá tú. Ahora, Valerio, admite todas mis excusas y perdóname cuanto mi locura amorosa me dictó y me forzó a hacer contigo; y sírvate de reparación, el considerar que un hombre de mi grado se rebaja hasta confesar a un inferior, que ha obrado mal. Y en cuanto a ti, buen panadero, quien tiene a sus pies los cuernos y no se los pone en la frente, es un burro.

ARCOLANO

Es un diablo.

PARABOLANO

Cierto, porque los cuernos son cosa antigua, y vinieron de lo alto; creo que Dios se los puso a Moisés<sup>[1]</sup> de su propia mano y asimismo a la luna; y porque uno y otra los tengan, no son lo que a ti te parece que debían ser; antes la Luna honra el cielo con sus cuernos, y Moisés el Viejo Testamento.

ARCOLANO

¿Trataréis de hacerme creer que es un mal que me conviene?

PARABOLANO

¿Cómo? Cuantas buenas cosas existen, tienen cuernos. Los bueyes, los caracoles... y ¿qué te parece del Unicornio, cuyo cuerno vale un mundo, y es además contraveneno? Piensa en lo que valdrá el cuerno de un hombre, cuando el de un animal vale tanto y tiene tanta virtud. Los cuernos del hombre son buenos contra la pobreza, etc., y muchos señores los tienen por armas.

ARCOLANO

Sea como quiera; que aquí donde me veis, no he confiado mis cosas a persona que luego no la creyera siempre; y lo dicho, dicho está.

PARABOLANO

Ea, pues, señora Remilgos; besad a vuestro marido.

ARCOLANO

Bésame ya.

TOÑA

Quita, podrido; no me toques.

ARCOLANO

¡Ah, traidora! ¿Por qué me has faltado?

TOÑA

¿Qué quieres que haga yo de lo que tengo delante; quieres que lo tire a los puercos?<sup>[1]</sup>

VALERIO

Tiene razón; ja, ja, ja.

ALVIGIA

Señor; ya que sois tan gentil persona, he de proporcionaros mujer mejor que Livia, pues si a ésta se le quita su poquito de cara<sup>[1]</sup>, en lo demás nada tiene de particular.

PARABOLANO

No me la darás ya; no, por Dios. Ja, ja, ja. A ésta le sobran ánimos para hacerme otra. Valerio, vayamos a casa todos, pues quiero que esta comedia cene conmigo, y has de oírmela de cabo a rabo, para reírnos juntos toda la noche; hoy será Carnaval en casa.

VALERIO

Hela aquí; maestro Andrés, lleva adentro esta turba. Micer Maco, entre primero vuestra señoría.

MICER MACO

No; muchas gracias: el señor Rapolano entrará primero la suya.

PARABOLANO

Vamos, vamos a cenar, y riamos hasta el día.

ROJO

Asamblea; quien critique la longitud de esta comedia está poco hecho a la corte; porque si estuviera habituado a ver que en Roma todas las cosas van a la larga, excepto el arruinarse, aplaudiría nuestra larga parla aunque su curso no se interrumpiera *persæcula sæculorum*.



# Notas

[1] Se refiere a Agustín Ricchi; era de Luca, y autor de la comedia *Los tres tiranos*. Escribióla a los dieciocho años; después se dio a la Medicina, y fue protomédico pontificio. <<

[1] Juego especial. <<

[1] Moneda napolitana de oro o de plata; 10 formaban un *ducado* (4,25 pesetas). <<

[2] *Poltrone*. El sentido que da aquí el Aretino a la palabra, no es posible comunicárselo en castellano. <<

[1] *Vaivoda* era una categoría de jefe o soberano en algunas comarcas, como Polonia y aun Rusia; en Valaquia y Moldavia, los príncipes tenían el título de Vaivodas antes de adoptar el de *Hospodar*. —(N. del T.). <<

[1] El joven. <<

[7] *Fare la credenza*. Designábase con esto el acto de mayordomos y coperos que en las casas de los grandes probaban los manjares y vinos antes de darlos a sus señores. Aretino saca partido de la frase para ridiculizar con su terrible sátira las exigencias de los señores de su época con los criados. —(N, del T.). <<

[1] Partidario de los Colonnas o de los Orsinos, dos familias italianas de la época.  
—(N. del T.). <<

[2] Partidario de los Médicis, en cuyas armas estaban representadas unas bolas o esferas. —(N. del T.) <<

[1] *Julio*, moneda con valor de diez sueldos: unos cincuenta céntimos. —(N. del T.).

<<

[1] Sobrenombre de un caballo de Berbería, que costaba seiscientos florines de oro. Significábase con esa palabra la expresiva presunción y petulancia. <<

[1] Bocaccio, G. IX, N. 5. *Io la fregherei a Cristo di cosi fatte cose, non che a Filippo.*

<<

[1] Por abrenuncio. <<

[1] *Petrarchino*. Librito de las poesías del Petrarca. —(N. del T.). <<

[1] Hospital de Roma; está sobre el río. —(N. del T.). <<

[1] Moneda cuyo valor es algo superior a cinco céntimos. —(*N. del T.*). <<

[1] Papel que se hacía con pieles de animales nonatos. —(N. del T.). <<

[1] Así se llamaba el mismo Aretino. —(N. del T.). <<

[1] Lugar adonde Jesús después de resucitar llevó a sus discípulos, no dándose a conocer hasta el acto de la Cena. —(N. del T.). <<

[1] Cierta pasta amasada con miel. —(*N. del T.*). <<

[1] Dos villas de Italia; ambas con sede episcopal. —(N. del T.). <<

[1] Todo lo de Bergamo, tenía en el resto de Italia una significación particular, grotesca. De Bergamo eran Arlequín y su traje, hecho de trozos de distintas telas, tal como figuraron uno y otro desde su aparición en la escena italiana. —(N. del T.). <<

[1] Se refiere a D. Diego de Lainis, cuya figura y porte remedará Zoppino. <<

[1] Lugar picaresco de Roma. <<

[1] Barco desde el cual celebraba el Dux los desposorios de Venecia con el mar. De Chesnel dice que era «un galeón largo como una galera, sin velas, que llevaba en la popa la figura de un bucentauro», especie de centauro con forma de toro. —(*N. del T.*). <<

[1] Cierta clase de vino. <<

[1] Con la misma terminación de éste, hay otro refrán en italiano, que dice: *Chi da a credenza spaccia assai, perde 'amico e i danar non ha mai.* —(N. del T.). <<

[1] Esta mezcla de devoción y alcahuetería aparece también en las celestinas españolas, desde la *Trotaconventos*, del Arcipreste de Hita, hasta los más conspicuos ejemplares del género descritos por nuestros autores de principios de siglo. —(N. del T.). <<

[1] *A fare à far vaglia; ti venderò la pariglia*; frase de Boccaccio. <<

[1] Expresión frecuente en los cómicos. Véase J. Berni, *Le Opere*; edición Sonzogno, página 99. —Núm. 4. <<

[1] *S'aggira come un torno*, lo dice el Ariosto. (*Orlando furioso*, XIX). <<

[1] Un juego de naipes, en que se dan catorce cartas a cada uno de cuatro individuos, y hay una llamada *tonto* que es la clave del juego. —(N. del T.). <<

[1] Petrarca, *Trionfo de la fama*, cap. II, *Molte gran cose in picciol fascio stringo*. <<

[1] Por este pasaje podrá darse cuenta el lector de cómo escribía el Aretino cuando se desataba contra alguno, sin que esto quiera decir que sostuviera luego frente a su adversario los canallescos y repugnantes dicterios que con tanta facilidad brotaban de su pluma. —(*N. del T.*). <<

[1] El *Judío* falta en la edición de 1535. <<

[1] Quien dudara de la cínica impiedad del Aretino, se convencerá leyendo este pasaje; otras veces sentíase catequista, hasta el punto de realizar verdaderas conversiones. —(*N. del T.*) <<

[1] Boccaccio, Dec. VI, 7. <<

[1] Ídem, Dec. VIII, 7, *Cotesto luo pochetto di viso.* <<